

PILAR GONZÁLEZ ÁLVAREZ

SILENCIOS DE NIEBLA

LA DETECTIVE



Lectulandia

Tras el éxito de *Miradas de humo* vuelve la detective más admirada: Julia Soler.

En esta ocasión, con la ayuda de Diego Jiménez, investiga el suicidio del duque Christofer Wharton o... el posible crimen. Y se encuentra con múltiples dificultades.

Secretos e intrigas se van desvelando a lo largo de la obra. Pasado y presente se entrelazan para conformar un gran rompecabezas.

¿Logrará Julia resolver el puzle?

Un *thriller* vertiginoso de la famosa detective Julia Soler, que volverá a atraparte y a mantenerte en vilo.

Pilar González Álvarez

Silencios de niebla

La detective - 2

ePub r1.0

Titivillus 18-11-2023

Título original: *Silencios de niebla*
Pilar González Álvarez, 2022
Diseño de cubierta: Catalina Molina y Pilar González

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



1

La muerte del duque

Sevilla, martes 14 de febrero de 2012

La nota hallada en el despacho del duque Christofer Wharton decía:

«Esta es mi voluntad. No culpen a nadie. La vida sin mi esposa no tiene sentido y quiero reunirme con ella.

Ariadna, perdóname.
Tu padre que te quiere».

Era un folio blanco, sin firma, colocado sobre la boca de la impresora a la vista de cualquiera que entrase en la habitación.

El duque se encontraba en un sillón con el cuerpo y la cabeza apoyados en el respaldo, detrás de la mesa de nogal donde trabajaba. Encima de ella reposaban varios documentos, un retrato de familia y un ordenador portátil. Sus ojos claros permanecían abiertos, con la mirada deshabitada, y sus facciones mostraban signos de rigidez. El impacto de un proyectil le había horadado la sien derecha, y un rastro de sangre seca asomaba a los bordes del hueco y se deslizaba en un fino hilo por la mejilla. El pelo cano también presentaba salpicaduras en la zona cercana a la frente. En el suelo, debajo de su mano diestra que colgaba como una sogá, brillaba una pistola tipo Reina Ana del siglo XVIII; una verdadera joya digna de un gran coleccionista.

Christofer Wharton iba enfundado en un traje gris oscuro, camisa blanca y corbata celeste. Incluso en su vivienda vestía con elegancia, como si fuese a asistir a alguna gala, pues decía que un hombre no se atavía para los demás sino para sí mismo. Los cordones de los zapatos que usaba con frecuencia estaban como siempre, atados con una pulcra perfección.

El radiador de aceite, adosado a la pared y programado a veinte grados, mantenía el calor de la estancia y contrastaba con la frialdad del cadáver. Un olor a nardos envolvía la atmósfera, procedente de la vara que adornaba un jarrón de cristal y que cada día era sustituida en recuerdo de su esposa. La luz

se introducía en tromba por los cristales de la ventana, donde posaba una cortina descorrida, y pintaba el rostro del fallecido de un dorado mate; resaltaba la escena de igual modo que el foco de un teatro otorga protagonismo al intérprete de turno. El fondo del cuarto se sumía en una penumbra de vapor. Una lujosa librería ocultaba la pared y aparecía desdibujada por el contraste de claroscuros reinantes en la sala: de la máxima luminosidad al contrapunto de las sombras, pasando por toda la gama de matices intermedios.

Había sido una jornada matinal como cualquier otra hasta el momento de su muerte. El duque desayunó en el gran salón de la mansión con la hija y el sobrino. Tostadas con mantequilla y finas lonchas de pechuga de pavo, un café bien cargado con unas gotas de leche desnatada y un zumo de naranja recién exprimido, constituían su primera comida del día desde hacía años. Luego se retiró al despacho donde habló por teléfono con varios clientes y con un par de empleados. Leyó la prensa y examinó unos informes, que recibió minutos antes por correo electrónico, relativos al balance de las ganancias del último mes.

Una de las mujeres del servicio lo descubrió a las trece y treinta horas de la mañana. Dio un grito tan intenso que retumbó la casa y Ariadna Wharton, que se hallaba en el estudio del ala norte de la mansión y en ese momento abría la puerta para dirigirse al baño, lo escuchó y se sobresaltó. Preguntó varias veces interesada en lo que ocurría, pero la única respuesta que obtuvo fueron los alaridos que seguía dando la limpiadora desde el otro lado de la vivienda. La joven cruzó el largo pasillo apresurada, encaminándose hacia el estridente sonido que martilleaba sus oídos y entró en la habitación de la que procedía.

La imagen de su padre muerto la dejó paralizada. Un leve mareo se apoderó de ella. Sintió que las piernas no la sostenían, que le faltaba la respiración y un nudo le apretaba la garganta. El estómago se le encogía. La sangre se detenía en sus venas y el mundo se desmoronaba. La vida parecía escapársele al igual que a su ascendiente. Tuvo que apoyar la espalda en la pared. Fue resbalando por ella hasta quedar sentada en el suelo con las rodillas flexionadas. Se llevó las manos a la cara y se la tapó. No deseaba ver aquello. No quería aceptar la dura realidad. Si la aceptaba, una náusea profunda le ascendía a la boca como la lava de un volcán. Si la admitía, una punzada afilada y traicionera la atravesaba de pies a cabeza. Si se rendía a la evidencia, el desamparo le taladraba los huesos, se aferraba a su médula y la envenenaba; se apoderaba de ella la misma angustia que experimentó cuando

murió la pequeña Cintia, su querida prima. Emergía el tormento que desde entonces se escondía en alguna parte de su ser y, de vez en cuando, afloraba con toda su crudeza.

El resto del servicio y Thomas Wharton llegaron unos minutos después. El alboroto de la sirvienta que corría por la casa como una demente reclamando ayuda los alertó. Thomas Wharton se aproximó a su tío y le tomó el pulso en el cuello. Luego descubrió la nota y la leyó en voz alta. Su voz sonaba conmovida.

—¡No es posible! —exclamó—. Ariadna, Ariadna. ¡Dios mío! —Se acercó a la prima y la abrazó. Ambos sollozaron juntos.

Ella agarró su brazo como si temiese que la abandonara en medio de aquel dolor enorme, como si intuyera que la soledad fuese a convertirse en perpetua compañera. Una amalgama de sentimientos la sacudían: confusión, miedo y dolor, desgarramiento, honda tristeza, desesperanza... Y en medio de aquella turbulenta sucesión de emociones, una única idea le azotaba la mente.

—Lo han matado, Thomas, lo han matado. Sabes que él... nunca se habría suicidado. Ha sido... esta maldita casa —susurró Ariadna Wharton con una voz que apenas le salía de los labios y temblando como la luz de una candelilla.

—Hay que llamar a la policía.

—No, por favor, espera un poco. Deja que me quede un rato más a su lado. Quiero tener el valor de abrazarlo —confesó la duquesa, pues la visión de la muerte la aterraba. Y por desgracia para ella, demasiadas y dolorosas muertes se habían sucedido en aquella familia.

—Es mejor que no te acerques ni toques nada —le recomendó el primo que mantenía la cabeza fría a pesar de la conmoción—. No vayan a decir luego que hemos alterado las pruebas.

—¿Qué haré sin él, Thomas? No soportaré... su ausencia —admitió Ariadna Wharton, con palabras entrecortadas por los gemidos.

—Me tienes a mí, nunca te abandonaré —prometió el primo.

—¿Nos iremos a vivir a otro sitio? Aquí estamos en peligro —continuó ella haciendo alusión a la idea delirante de que la vivienda estaba embrujada.

Thomas Wharton no respondió, la miró con ternura, la cogió de la mano y la sacó de allí. Luego telefoneó a emergencias e informó del suceso.

2

Resultados de la autopsia

Sevilla, miércoles 15 de febrero de 2012

Finalizada la autopsia, el inspector Molina, al cargo de la investigación, citó a los familiares en las dependencias de la Jefatura Superior de Policía de Sevilla. Thomas y Ariadna Wharton llegaron puntuales, pero su estancia en la sala de espera se dilató bastante rato. Al llegar al despacho, el inspector se disculpó por la tardanza y los invitó a tomar asiento delante de la mesa de trabajo donde acumulaba diferentes carpetas y documentos. Después de consultar unos informes, se dirigió a ellos.

—Debo comunicarles que la autopsia ha corroborado lo que ya sabíamos. Murió de un disparo en la cabeza. No hay indicios de que haya sido asesinado y aunque la nota que dejó el difunto no estaba firmada, nada nos hace sospechar que sea falsa, por lo que la hipótesis que barajábamos del suicidio ha sido confirmada. Todavía no han llegado los resultados de los análisis de fluidos y tejidos, pero a no ser que estos arrojen algún dato nuevo la investigación se da por cerrada.

—Mi padre no ha podido matarse. Se lo aseguro. Tienen que investigar más a fondo —replicó Ariadna Wharton con evidentes signos de malestar.

—Estoy de acuerdo con mi prima —la apoyó Thomas Wharton—. Mi tío era un hombre muy religioso. Oraba cada día en la capilla de nuestra vivienda y la Biblia era su libro de cabecera. Cumplía los mandamientos a rajatabla y nunca hubiese actuado en contra de ellos. Jamás hubiera contemplado el suicidio como solución a sus problemas, si es que los tenía, porque no había dado muestras de que tuviese alguno. Ni sus principios ni su carácter le habrían permitido cometer tal acto. Estuvimos desayunando ayer con él y no manifestó ningún signo de tristeza o de preocupación. Se hallaba normal, incluso un tanto risueño diría yo.

—El duque tenía restos de pólvora en la mano y en la pistola solo aparecen sus huellas dactilares, al igual que en la nota que dejó. Estaba escrita

en su ordenador y colocada al filo de la impresora de su despacho. Y hemos comprobado que salió de ella. Como ya les he dicho, la autopsia hasta el momento no ha revelado ningún dato que nos haga pensar que no fue un suicidio. En su cuerpo no hallamos señales de violencia ni de forcejeo. Además, como saben, inspeccionamos a fondo el escenario. No había ventanas ni puertas forzadas. Todo estaba ordenado. Nadie fue visto entrar ni salir. Hemos interrogado y procesado a los que residen en la vivienda, o al menos a los que estaban allí cuando ocurrió el suceso. Confirmamos que ninguno de ellos disparó el arma y todos excepto usted, duquesa, tienen coartadas. Así que el asunto es obvio. En fin, no hay nada que indique que ha sido un crimen. Como comprenderán no podemos hacer mucho más.

—Pero cualquiera ha podido contratar a un asesino para que lo matara. ¿No han pensado en ello? —sugirió la duquesa.

—Por supuesto, pero créame, eso sucede mucho más en las películas que en la realidad. Además, como le acabo de anunciar, nada argumenta tal hipótesis. De todos modos pedimos permiso al juez para comprobar las llamadas telefónicas y las cuentas bancarias de los allegados, puro trámite ya que contratar a un sicario no suele dejar rastro, por lo general el pago se efectúa con dinero negro y el que trata con ellos se cuida mucho de que las llamadas telefónicas queden registradas. Las hemos revisado y tampoco hemos hallado en ellas evidencias de delito. Tenga en cuenta que nuestra diligencia ha sido extrema, incluso la autopsia se ha realizado a contrarreloj, se le ha dado prioridad absoluta, por lo general tardamos varios días en conseguir esos datos, pero había mucho interés en esclarecer el asunto lo antes posible. No todos los días me llama el alcalde para pedirme presteza, y no ha sido el único. Es obvio que la posición de su padre y su influencia traspasan los límites de esta vida —declaró el inspector con visibles signos de incomodidad; era evidente que no le habían gustado las presiones que había recibido y que le molestaban los enchufismos.

—Habrà algo más que puedan hacer, más pruebas, más análisis, más indagaciones, una nueva autopsia... —insistió Ariadna.

—Esto no funciona así, señorita. Si al menos hubiese un indicio, por pequeño que fuese, que apuntase a un posible homicidio, no dude que lo rastrearíamos —argumentó el inspector Molina, aunque no estaba siendo sincero del todo, era cierto que había recibido presiones de importantes autoridades para que investigase el asunto con celeridad y rigor, pero también mantenía un resquicio de dudas, así que eran dos los motivos por los que había pedido permiso al juez para acceder al registro de llamadas telefónicas

de la familia y de los empleados del fallecido, necesitaba descartar de modo definitivo que ninguno estaba implicado, en especial ella. Pero desde luego, todo apuntaba al suicidio.

—¡No quieren! ¡Diga mejor que no quieren! —gritó Ariadna casi con violencia y la mirada incendiada. Se levantó como impulsada por un resorte automático, dio varios golpes en la mesa del policía y luego se tapó la cara con las manos y comenzó a llorar de igual modo que una demente.

—Cálmate, Ariadna. El inspector solo hace su trabajo. —Trató de sosegarla el primo—. Si no hay otras pruebas, tal vez tengamos que aceptar lo que nos parece increíble. Ellos son los expertos en esta materia. Debemos agradecer la rapidez con la que han actuado. —Se levantó también Thomas Wharton y le rodeó los hombros para ver si de ese modo se tranquilizaba.

—Lo lamento de veras. A veces no conocemos bien a aquellos que tenemos más cerca. Sé que es difícil encajar algo así, pero no puedo seguir investigando sin justificación y le garantizo que en este caso no la hay —alegó el inspector Molina.

—Yo lo conocía de sobra. Mejor que a mí misma. Aunque no tenga pruebas sé que lo han matado. Es una certeza inmensa. E incluso sin su ayuda descubriré quién ha sido. Puede estar seguro —rebató Ariadna Wharton con rotundidad.

—Discúlpela, señor inspector. Como ve está muy afectada —intervino el primo con temor a que Ariadna Wharton perdiese el control por completo y montase uno de los números que a veces exhibía.

—Comprendo su dolor, y su rabia, y hasta la impotencia que debe sentir, pero de verdad que me he visto obligado a cerrar el caso.

—Está claro que para usted solo se trata de eso, de un caso, pero es mi padre y nadie lo conocía mejor que yo. Se lo repito, atraparé al asesino y luego vendré a refregarle en la cara la ineptitud de la que hace gala —sentenció Ariadna Wharton, finalizó la conversación y salió muy airada del despacho del inspector.

3

La incineración

Sevilla, jueves 16 de febrero de 2012

Después de la misa celebrada en la imponente catedral de Sevilla y oficiada por el Excelentísimo y Reverendísimo Señor Arzobispo don Santiago Belmonte, con el que el duque tenía una estrecha amistad, una ingente cantidad de personas y personalidades de las finanzas y de todos los ámbitos dieron el pésame a Thomas y a Ariadna Wharton con el protocolo requerido para la ocasión. Luego la comitiva mortuoria se dirigió hacia el cementerio de la capital hispalense con la solemnidad propia de la nobleza. Un carruaje fúnebre del siglo XIX tirado por dos caballos negros y un palafrenero acompañando al chófer, la presidía.

En la puerta del crematorio se congregaban unos trescientos asistentes. Además de los familiares del duque, las personas del servicio y bastantes empleados, habían acudido a la incineración muchos amigos y clientes, celebridades del mundo de los negocios e incluso algunos políticos: alcaldes, presidentes autonómicos y altos cargos de la Administración del Estado español, así como de distintos países. Un hombre de tanto poder e influencia se codeaba con la élite de los gobiernos, con los miembros de los consejos de algunas multinacionales, con espías del servicio secreto e incluso con dirigentes de la mafia rusa, china, italiana...

La bruma de la mañana caía sobre los jardines y la humedad se respiraba en la atmósfera. El vaho de los cuerpos ascendía como una neblina. Los abrigo y bufandas resaltaban en la imagen de ese retrato frío de febrero entre los cipreses del camposanto. Apenas eran las diez cuando el ataúd penetró en la boca del edificio. Ariadna Wharton y el primo iban detrás del féretro, vestidos de riguroso negro. Ella se agarraba al brazo de Thomas Wharton, sentía las piernas débiles y temía que le fallaran. Llevaba la cara casi tapada entre las grandes gafas de sol oscuras, que ocultaban sus ojos aturquesados, y el sombrero de ala corta enfundado hasta las cejas. De vez en cuando gemía y

se le escapaban las lágrimas, entonces apoyaba la cabeza en el hombro de Thomas y la mujer vulnerable le arrebatava la entereza que se desdibujaba como vapor de agua. Pero en un segundo se recomponía y volvía a adoptar esa postura hierática que aparentaba la dignidad propia de una duquesa.

Ambos se acomodaron en uno de los muchos bancos que ocupaban la sala de espera del recinto mortuorio. Frederick Wharton, el hermano de Ariadna, llegó un poco más tarde y ni siquiera se acercó a ellos. Se miraron de reojo y actuaron como si no se hubiesen visto o de nada se conocieran. En realidad la joven contuvo las ganas de ir hacia él y acusarlo de la muerte del progenitor. Era uno de sus principales sospechosos. Claro que tenía dudas más que razonables, por eso reprimió las ganas de inculparlo, algo raro en ella que actuaba con frecuencia sin pensar, impulsada por las vísceras o más bien por capricho.

Muchos de los que se acercaban a dar el pésame no eran conocidos. Ariadna Wharton los miraba a todos con aire de desconfianza, como si intuyese que entre ellos se escondía el asesino y tratando de descubrir alguna señal que lo delatase. No advirtió que se le acercaba Elián Mansilla, un amigo del padre, hasta que lo tuvo encima. A su memoria se le escapaba el nombre, pero recordaba que en un par de ocasiones los había visitado, que le llamó la atención la estafalaria indumentaria en la que se enfundaba y que el duque lo presentó como protector. Antes de que pudiese reaccionar, él se sentó al lado y le cogió la mano, que apretó con un sincero gesto de afecto.

—Querida Ariadna, estoy tan afligido como tú. Ya sabes que me unía a Christofer, que en paz descanse, una gran amistad cultivada desde tiempos inmemoriales. Y la pena de su ausencia me escoltará por el resto de mis días. Te acompaño en tu dolor que también es el mío.

—Sí, lo sé —se limitó a responder ella sin prestarle demasiada atención.

—Tengo que parlamentar sobre algo importante que cambiará tu destino y el de la humanidad, pero no he querido molestarte antes. No es el mejor momento y tampoco hallaré ninguno adecuado en las próximas semanas. El desconsuelo y la congoja por esta pérdida serán perennes. Si me sigues un minuto...

—¿Seguirlo? ¿Adónde? ¿Para qué?

—Te aguarda un mensaje personal e intransferible.

Fue entonces cuando Ariadna Wharton se apartó el flequillo de los ojos y miró al hombre de frente, porque antes no lo había hecho.

—Puede hablar aquí.

—El peligro acecha por todos los rincones. Ven conmigo, solo te robaré unos segundos —pidió Elián Mansilla.

—Ahora no puedo, debo atender a los demás asistentes —se excusó Ariadna por no decir que no tenía fuerzas ni para levantarse, que con la cabeza embotada apenas lograba entender lo que él le decía y que le quemaba el dolor en los ojos y en el alma.

—Te aseguro que es urgente.

—Ya nada devolverá la vida a mi papá —respondió Ariadna Wharton casi distraída, con esa actitud de niña indefensa que a veces adoptaba.

En ese instante entró al recinto Bruno Arjona, el administrador de la familia, y al verlo la duquesa de pie junto al jardín principal, se levantó y fue hacia él como si de pronto se hubiese desvanecido su debilidad. Elián Mansilla se acercó a León Bermejo, otro amigo de Christofer Wharton, que lo había acompañado y lo esperaba en una de las puertas laterales, y ambos se marcharon de forma discreta al comprender que no era ni el lugar ni el momento idóneo para entregar a Ariadna Wharton la carta que, dirigida a ella, dejó el duque al amigo.

—Necesito de tus servicios. La policía no va a hacer nada. Quiero contratar a alguien que investigue la muerte de mi padre y te encargarás de ello —ordenó Ariadna al empleado, con una energía que ni ella misma sabía de dónde procedía.

—Habrà tiempo de hablar sobre ese tema. No se preocupe.

—No, no lo hay. Cuando termine la incineración te vas para mi casa, allí te daré detalles.

—No se precipite, señorita. Creo que ahora está un poco confundida —aconsejó el administrador.

—¡Confundida! Mira alrededor. Sé que el asesino anda por aquí, riéndose de nosotros en nuestra cara —afirmó la joven con un temblor exagerado en las manos y los ojos desencajados.

—La policía ha sido concluyente, tiene argumentos sobrados...

—No te pago para que decidas por mí —lo interrumpió Ariadna Wharton de forma tajante.

—Lo sé, pero tenga en cuenta que solo deseo protegerla. Me preocupa usted. Sabe que siempre me he ocupado de su familia con diligencia —alegó el administrador un tanto contrariado.

—Pues no hay más que hablar. Contratarás a un detective. En cuanto realice unas gestiones, te diré a quién. No quiero que este asunto se demore. Considéralo prioritario.

—Como mande, señorita Ariadna —asintió Bruno Arjona con evidentes signos de desgana y molesto por la actitud de la duquesa. No creía merecerse ese trato, aunque la disculpó porque sabía que la pérdida del padre había sido un duro golpe para ella.

4

El testamento

Sevilla, viernes 17 de febrero de 2012

El abogado de la familia citó a las cinco de la tarde en la oficina del notario a Thomas, a Frederick, a Ariadna Wharton y a Bruno Arjona.

—Como supongo que imaginan, los he convocado porque figuran en el testamento del duque. Antes de leerlo quiero expresarles mis condolencias. Christofer ha sido un excelente cliente. Durante muchos años confió a nuestro bufete todas las cuestiones legales de sus empresas. En realidad podría decir que, más que un cliente, fue casi un amigo.

Era evidente que el notario sentía afecto por Christofer, su voz sonaba emocionada, pero se recompuso y comenzó la lectura del documento que especificaba con detalle la herencia que cada uno recibiría.

«A mi hija Ariadna Wharton lego la vivienda de Sevilla, los inmuebles localizados en Cádiz, Barcelona y Milán, la fábrica de corcho de Aracena, las acciones de la compañía marítima Golden Vacations y las de la petrolera Aurum Otones, así como todos los títulos que poseo y el sesenta por ciento de mis bienes pecuniarios».

Apenas terminó de leer la parte que le correspondía a la duquesa, el hermano, Frederick Wharton, se quejó.

—Te ha sido útil manipular a papá. Ahí tienes tu recompensa.

—No te consiento que me hables así. Tú, farsante, que solo lo has querido por el dinero —le reprochó Ariadna Wharton.

—Conmigo no hace falta que finjas, te conozco demasiado bien. Estarás trastornada, pobrecita, pero ello no te ha impedido hacer tu excelente jugada. ¡Y vaya, ha sido magnífica, magistral!

—¿Fingir?, ¿cuándo he fingido yo? ¿Y de qué jugada hablas? Aquí el único ludópata eres tú, y bien que has dilapidado en apuestas todo lo que papá te ha dado. ¡Cállate si no quieres salir mal parado! —gritó la duquesa

haciendo aspavientos con las manos en dirección a la cara de Frederick Wharton.

—Por favor, compórtense —pidió el notario.

—¿Tú me vas a cerrar la boca? El día que yo largue vas a temblar —continuó Frederick increpando a la hermana e ignorando la petición del letrado.

—¡Uy! ¡Qué miedo! Mira cómo tiemblo. —Extendió la mano la duquesa—. Yo sí que puedo ponerte en jaque cuando me dé la gana.

—¿Crees que me importa lo que diga una loca de atar? Ten cuidado porque cualquier día de estos haré que te encierren los loqueros.

—Ya está bien de discutir, no sois dos niños pequeños. Y dejad que este hombre termine el trabajo, tendrá otras muchas labores que hacer —intervino Thomas Wharton que hasta entonces había permanecido callado.

—No puedo ignorar semejantes insultos. ¿Es que no ves su estrategia? Él ha atacado primero —replicó Ariadna muy enfadada, dirigiéndose a Thomas con la misma actitud de una niña pequeña—. No sé cómo no le da vergüenza presentarse así, con barba de seis días y esa coleta en el pelo. Parece un *hippie* o un mendigo en vez del hijo de un duque.

—Y él siempre tan comprensivo. El bueno de mi primo, el ladrón de padres, ahora quiere darme consejos. ¡Ja, ja, ja...! —Rio con histerismo Frederick Wharton.

—Señores, guarden silencio. ¡Esto es una vergüenza! —intervino otra vez el notario.

—Dejadlo ya, por favor —rogó de nuevo Thomas Wharton bastante azorado.

—Él no ha matado a nadie, pero tú, no sabemos. Serías capaz de eso y mucho más con tal de conseguir unos míseros euros. ¡Egoísta! ¡Envidioso! —acusó Ariadna Wharton al hermano.

Frederick Wharton se levantó con furia en los ojos, dispuesto a abalanzarse sobre la duquesa, pero el escribano cortó la discusión en seco.

—¡O se callan ahora mismo o doy por terminada la reunión y se quedan con las ganas de saber qué les ha legado el duque! ¡Jamás he visto algo igual! Pobre Señor Wharton. No quiero ni imaginar cómo se sentiría si pudiese ver este lamentable espectáculo.

La amenaza del fedatario surtió efecto. Frederick Wharton volvió a sentarse y apretó las mandíbulas para contener las palabras que todavía le hubiese gustado pronunciar. Todo su cuerpo, rollizo y fofo por lo general, estaba tenso. Ariadna Wharton apartó la mirada de él, levantó la barbilla en

actitud altiva y lo ignoró por completo el resto del tiempo que permanecieron juntos en aquella habitación. La sospecha de que podía haber matado al padre no dejó de rondarle la cabeza, pero trató de arrinconarla y centrarse en lo que decía el notario. Este continuó la lectura del testamento sin más interrupciones.

«A mi hijo Frederick Wharton le cedo la propiedad de Wharton Hall en la Cumbria, Inglaterra, y el veinte por ciento del dinero en metálico que a mi muerte posea. A este legado añado una condición, que no se podrá vender la residencia, pues deberá permanecer en la familia para que, cuando corresponda, pueda ser heredada por sus hijos, en caso de que los tuviera, y en otro caso por los sucesores legales.

A mi sobrino Thomas Wharton lo hago heredero de las acciones de mi agencia White Rose y le dejo al frente de la misma, así como de una cantidad que asciende al quince por ciento de mis bienes monetarios.

A mi amigo Bruno Arjona le regalo el estuche de plumas estilográficas que siempre ha admirado, pues, además del valor económico, sé que para él tendrá especial valor simbólico.

A la Orden de la Rosa Roja, dono el cinco por ciento de mis bienes mobiliarios, el edificio de Las Tres Flores de Lis, ubicado en el número 17 de la calle Ancha de San Bernardo de Madrid, y el antiguo monasterio agustino Healaugh Park Priory».

—¿La Orden de la Rosa Roja? ¿Qué coño es eso? ¿Cómo es posible que mi padre les deje tal herencia? —preguntó Frederick sorprendido del montante que su padre dejaba a aquella desconocida organización.

—Esta es la voluntad del duque y mi tarea solo consiste en transmitirla. Lo demás es cosa de ustedes —expuso el notario que seguía molesto. Los demás callaron, pero también se hacían las mismas preguntas y estaban igual de asombrados.

A pesar de que los familiares heredaron un buen legado, ninguno quedó complacido. Ariadna Wharton porque esperaba que el padre no dejara nada al hermano. Thomas Wharton porque se sintió relegado por el tío al no obtener ninguna propiedad y ser el que menos porcentaje de dinero en metálico lograba. Frederick Wharton porque nunca hubiera estado satisfecho. Sin embargo Bruno Arjona, al contrario, parecía jubiloso, y eso que solo recibió por parte del duque un regalo simbólico.

Al terminar, Frederick Wharton salió el primero con grandes prisas. Era evidente que no quería tener más encontronazos ni con el primo ni con la hermana. Luego se marchó Bruno Arjona, pero antes la duquesa le recordó la encomienda que le había hecho la tarde anterior.

—No te olvides de llamar a la detective. Quiero que se encargue de la investigación cuanto antes. Me la han recomendado, así que tengo esperanzas

de que pronto lo aclare todo y el asesino pague por el crimen.

—Quédese tranquila, ya la he llamado y la he citado mañana.

Por último salieron juntos Ariadna y Thomas Wharton, después de que este pidiera disculpas al abogado por lo sucedido.

—El letrado tiene razón, en verdad ha sido lamentable. Habéis dado un triste espectáculo —comentó Thomas Wharton a la prima en cuanto estuvieron en la puerta del edificio.

—No me hagas reproches tú también. Ahora eres la única persona en la que puedo apoyarme.

—Lo siento, Ariadna, pero pensaba en tu padre y en lo duro que habría sido para él ver ese comportamiento en sus hijos. Te aseguro que no quiero hacerte sentir desamparada.

—Él ya no está, Thomas. Eso sí que es duro. No puedo hacerme a la idea de vivir sin su presencia. Y si pienso en su muerte... ¿Cómo crees que habrá sido para él ver a su propio hijo con una pistola en la mano apuntándole la cabeza? No quiero ni imaginarlo.

—No digas eso, prima. Hay que demostrarlo con pruebas y que yo sepa aún no tienes ninguna.

—Las encontraré, te lo aseguro.

—Puede que estés equivocada.

—¿Es que tú sabes algo que yo no sepa?

—¡Claro que no! ¡Qué ocurrencias! Sobra esa pregunta.

—Entonces no entiendo a qué vienen tus dudas.

—Lo que ocurre es que no debes afirmarlo con esa contundencia, podrías llevarte una sorpresa. Sé que te cuesta aceptarlo, pero... Tampoco hay que desechar del todo la hipótesis del inspector, por increíble que nos parezca cabe la posibilidad de que se haya suicidado.

—Nunca, ¿me oyes?, nunca vuelvas a repetirme tamaña barbaridad. Jamás aceptaré ese supuesto —sentenció Ariadna.

—No quiero que sufras en vano. A veces la realidad no nos gusta, pero es mejor admitirla que vivir engañados.

—Si de verdad me quieres, dame tu apoyo incondicional —pidió la duquesa a Thomas Wharton y se refugió en sus brazos—. No me traiciones.

A la memoria le vino aquel recuerdo lacerante que pretendía olvidar. La imagen de la prima Cintia rodando escaleras abajo era algo constante en sus frecuentes pesadillas. Continuaban grabados en sus neuronas, el momento en que la empujó, invadida por aquella rabieta descontrolada de niña mimada, y el impacto que sintió en el estómago cuando vio su rostro exánime y la sangre

manando a borbotones, extendiéndose por la moqueta al igual que un río rojo desbordado. Ariadna Wharton apretó los ojos en un intento de borrar de la mente cualquier vestigio de lo ocurrido, como si ese gesto fuese mágico y tuviese el poder de lograrlo. Lo que nunca olvidaría era la defensa que Thomas Wharton hizo de su comportamiento ni la alianza que desde aquel instante tejió con ella. En especial cuando perdió el cariño de los tíos y del hermano, y percibió el distanciamiento de la madre que desde aquel suceso la trató de forma diferente, con una frialdad que le rasgaba el alma, con desprecio y acusación en la mirada. Siempre sentiría gratitud hacia Thomas por ello. Y de algún modo, ese vínculo basado en una eterna deuda la mantenía atada al primo. Podía ser voluble, y caprichosa, y contradictoria, pero lo que jamás se permitía era ser desagradecida.

—¿Has oído hablar de la Rosa Roja?

—No —se limitó a decir Thomas Wharton, para evitar que la prima se diese cuenta de que mentía. En una ocasión oyó que su tío se la mencionaba a Elián Mansilla y realizó algunas indagaciones. No le gustó lo que halló y prefirió proteger a Ariadna Wharton de lo que, pensaba, podría causarla un disgusto más.

—¡Es increíble! Jamás me habló de ella.

—Ni a mí.

—Procura informarte. Quiero saberlo todo.

—¡Qué más da! Es la voluntad de tu padre y nada puede hacerse contra eso.

—Aun así, por favor, dime que harás averiguaciones.

—Creo que mi tío escondía demasiados secretos.

—Eso me está pareciendo, pero no comprendo por qué les ha dejado esa suma de dinero y dos de las mejores propiedades. ¡Es inaudito!

—Hay muchas cosas que yo tampoco entiendo, prima —confesó Thomas Wharton bastante decepcionado, refiriéndose al chasco que se había llevado con la herencia, pero sin mencionarlo.

5 Primeras indagaciones

Sevilla, sábado 18 de febrero de 2012

La detective Julia Soler le dio la dirección al taxista: calle Mateos Gagos. Evitaba coger el vehículo propio porque en el centro de Sevilla era imposible aparcar y no soportaba dar vueltas como una peonza en busca de un estacionamiento. Pensó ir caminando o en bicicleta, ya que la ciudad tenía una gran red de carril para bicis y un servicio de alquiler inmejorable, y era un medio de transporte que utilizaba con frecuencia, pero quería llegar cuanto antes. Durante el trayecto consultó los mensajes de *wasap* y las publicaciones de las redes sociales.

Todavía se preguntaba cómo era posible que la familia Wharton la hubiese elegido para investigar la muerte del duque. No era una detective famosa y se había mantenido en el anonimato, a pesar de que el anterior caso que resolvió junto al comisario Diego Jiménez, en aquel entonces inspector, fue muy importante y bastante difundido por los medios de información. Si algo le molestaba era ser el centro de atención. Esperaba que en esta ocasión su nombre tampoco saliera a relucir, pero temía que al tratarse de alguien de tanta relevancia ese deseo no se cumpliera.

Al llegar a la vivienda observó impresionada la formidable fachada y, a través de las rejas de hierro de la portada, el atrio central rodeado de columnas de mármol blanco de Carrara, que sostenían numerosos arcos de medio punto peraltados sobre anchos cimacios. Los dibujos florales de estilo árabe, tallados en la yesería que los decoraba, eran de una finísima armonía. El espacio se hallaba repleto de macetas rebosantes de aspidistras, que parecían custodiar la original fuente de estilo sarraceno de la que brotaba un agua cantarina. Le recordó al Patio de los Leones de la Alhambra de Granada. A Julia Soler le llegó el sonido de la melodía acuosa y un agradable olor a rosas y a hierba cortada, aunque el suelo del pórtico era de baldosas de barro con dibujos geométricos. Respiró hondo y disfrutó unos segundos de la música

líquida y de la fragancia. No sabía que el aroma procedía de un extenso jardín posterior decorado con un espléndido muro de rosales y tapizado de césped.

Luego llamó al timbre que emitió un tañido metálico emulando las campanas de una gran catedral. Le abrió una mujer joven de rasgos tiernos y voz dulce con uniforme de empleada de hogar: un vestido gris oscuro con puños blancos y cuello redondo del mismo color. Julia se presentó y preguntó por la señora duquesa. La chica la invitó a pasar, la acompañó hasta una pequeña salita de la planta baja y le pidió que esperase. Ya había sido informada de que estaba citada, de otro modo no la habría dejado entrar.

La detective, en cuanto atravesó el arco de la puerta, sintió que se trasladaba a un tiempo pasado en el que la ciudad destilaba esencia mora, a la época de plata de Sevilla, cuando los mercaderes hacían negocios en las calles y el metal procedente de las Indias desembarcaba en el puerto, allá por el siglo XVI. Una Sevilla mítica se abrió ante ella y, al igual que una flor, desgranó sus leyendas. La preciosa arquitectura de aquel recinto sublimaba el espíritu del Renacimiento que, mezclado con elementos peculiares del arte gótico y mudéjar, recreaba un equilibrio único e inigualable de estilos.

Al poco rato apareció ante ella Bruno Arjona, el administrador de la familia. Era un hombre corpulento, de aspecto recio, de piel morena, abundante cabello oscuro que le nacía casi en la frente, cejas pobladas y un gran mostacho. Al verla, la miró con sorpresa. El pelo corto y alborotado de Julia Soler que parecía no haberse peinado en varios días, su juventud, la indumentaria informal y el aspecto ambiguo que la caracterizaban, lo desconcertaron; quizá esperaba a alguien algo mayor o al menos de porte más distinguido. Extendió su enorme mano, le dio un fuerte apretón a la de Julia Soler y le ofreció sentarse en uno de los espaciosos sillones que decoraban la estancia; él también lo hizo. Eran tan amplios que la holgura de los asientos quedaba en evidencia y la pequeña habitación parecía aún más angosta.

—Señorita Soler, antes de ponerla al tanto de los acontecimientos, necesito que me repita lo que me dijo al teléfono, que guardará absoluta discreción.

—No se preocupe, los detectives somos como los curas, lo que me diga y lo que yo averigüe se irá conmigo a la tumba, a excepción de lo que tenga que comunicar a la policía, que se limitará a entregar el nombre del asesino, en caso de que así sea, y las pruebas pertinentes —argumentó la investigadora mientras sacaba de su bolso una pequeña libreta y un bolígrafo. Por lo general usaba grabadora, pero ante la actitud desconfiada del administrador prefirió tomar notas.

—Ya le expliqué que la señorita Ariadna tiene interés en investigar la muerte del padre. Ocurrió hace cuatro días. Todo apunta a que ha sido un suicidio y así lo ha confirmado la policía, mas ella no está conforme. No puede asumirlo.

—Lo comprendo, señor Arjona. ¿Usted qué cree?

—Yo, la verdad, además de un empleado soy buen amigo de la familia. Me cuesta aceptar el suicidio casi tanto como a ella, pero la alegría desapareció del rostro del duque desde que murió la esposa y el abatimiento que intentaba disimular a mí no me pasó desapercibido.

—Por tanto está de acuerdo con la policía.

—Sí, pero quiero que Ariadna se quede tranquila. Es una persona muy especial, débil de carácter, asustadiza, dubitativa, a veces parece estar en otro mundo y la fantasía se le dispara con frecuencia, en otras ocasiones se muestra agresiva, decidida, incluso resolutiva. Esa inestabilidad emocional no solo la padece ella sino también los que estamos a su alrededor. Me da la impresión de que trata de aparentar que es una mujer fuerte, pero no lo consigue porque el disfraz tras el que se esconde pronto cae por su propio peso, o tal vez son figuraciones mías. Pienso que la madre la protegió demasiado, al menos... hasta que cumplió los diez años.

Julia se sentía algo tensa, lo notaba en la tirantez de las mandíbulas. La pequeña sala en la que se entrevistaba con Bruno Arjona le parecía fría y el hombre, a pesar de la amabilidad que mostraba, le generaba cierta inquietud. Le hubiese gustado hablar directamente con la afectada. Prefería conocer en persona a aquellos que la contrataban.

—¿Qué piensa ella?

—Lo que acabo de decirle, cree que lo han matado, a pesar de que no hay la más mínima prueba de ello. Pero cuando la señorita Ariadna se empeña en algo...

—¿Y sospecha de alguien?

—Desconfía de Frederick, el hermano. Bueno... en verdad el día del testamento lo acusó de frente. Aunque no deja de repetir que esta casa está maldita y la culpa de tanta desgracia.

—Supongo que al difunto le habrán hecho la autopsia —conjeturó Julia Soler mientras seguía tomando notas.

—Por supuesto, nos dieron una copia del informe. Gracias a su condición de duque se aceleró todo el procedimiento, según me dijo Thomas. Ya sabe, en este país hasta para morir hay que tener buenos contactos, sin enchufes

estás acabado —afirmó el administrador mientras se inclinó un poco hacia adelante, como si fuese a contarle algún secreto, pero no dijo nada más.

—Necesitaré ver los documentos, conocer los detalles y entrevistar a cada una de las personas que tuvieron relación con la víctima —prosiguió la detective que fue al grano y obvió el comentario del administrador.

—Claro, le facilitaré todo lo que me pida.

—¿Quiénes estaban en la casa cuando ocurrió el suceso?

—Ariadna, Thomas y el personal de servicio: Fidel Cazorla, el mayordomo, Roberta y Pepa, las dos chicas de la limpieza. Lo encontró esta última. Juana, la cocinera, no se hallaba aquí en ese momento porque fue al mercado a comprar.

—Lléveme con ellos, quiero interrogarlos y si puedo empezar ahora, mejor.

—No será posible, la señorita Ariadna está indispuesta. En el crematorio lo pasó muy mal. Thomas, el primo, ha salido y no volverá hasta la noche. Hoy libra la chica que lo encontró y el resto del personal no creo que pueda ayudarla, pero a mí me tiene a su entera disposición.

—¿Y Frederick Wharton?

—El señorito no reside aquí. Hace mucho tiempo que no pone los pies en esta casa —respondió el administrador con evidentes signos de disgusto en el rostro.

—Según me dijo por teléfono, el duque murió a las diez de la mañana y no fue descubierto hasta medio día. Es raro que nadie oyera el disparo.

—La vivienda es muy grande, de gruesos muros y techos altos como puede comprobar. —Bruno Arjona miró hacia arriba, indicando con la mirada la distancia a la que quedaba el techo artesanado. Julia Soler lo imitó y descubrió los excelentes azulejos que lo decoraban—. El despacho del duque está en el ala sur. El forense dató la hora de la muerte a las diez en punto, tal vez cuando el reloj renacentista del comedor dio las campanadas, y puede estar segura de que el portentoso sonido que emite habría solapado hasta un trueno.

»A esa hora la señorita trabajaba en la sala de música, en la otra punta de la mansión. Toca el piano y el estudio está insonorizado así que su aislamiento es completo porque, según dice, una artista necesita concentración sobre todo cuando se dedica a componer. Debo reconocer que tiene unas manos maravillosas, parece un ángel al piano. Thomas nadaba en la piscina, suele usar tapones para que no se le introduzca el agua en los oídos. El mayordomo atendía en la puerta al cartero y las limpiadoras

acicalaban la planta baja. Una de ellas subió sobre la una y media para adecentar la parte de arriba y, al entrar en el despacho de Christofer, quedó impactada por la escena. El duque era una persona un poco maniática. Solo permitía limpiar el despacho si él estaba dentro. Cuando se iba, cerraba con llave y nadie podía acceder, parecía que guardase un tesoro incalculable.

—¿Sabe quién fue la última persona que lo vio con vida?

—La hija y el sobrino. Desayunaron con él esa mañana, como casi siempre. El señor era un hombre de costumbres. En esta casa se desayuna a las ocho en punto, luego Ariadna se encierra en el estudio, compone y ensaya sin descanso; Thomas entrena un par de horas en la piscina, como ya le he dicho, y el duque cuando no salía de viaje ni iba a la agencia de inversiones, trabajaba en el despacho principal de la casa.

—¿Y usted dónde se encontraba?

—En mi oficina.

—¿Alguien puede confirmarlo?

—Señorita Soler, no me gusta el tono que emplea ni la pregunta. Recuerde que he sido yo quien la ha llamado.

—Incuestionable, señor Arjona. Hago mi trabajo. Tendrá que responder si quiere que me encargue de la investigación —aclaró ella en un tono muy seco.

—Es la señorita Ariadna la que quiere que se ocupe de esta investigación, pero no seré yo el que ponga trabas. Ya me preguntó lo mismo la policía y comprobaron que no mentía. Tengo videovigilancia en mi empresa, les facilité una copia de la grabación de ese día y si quiere, le entregaré a usted otra y confirmará que estuve toda la mañana en mi despacho, verá la hora a la que entré y también a la que salí. —La cara de Bruno Arjona parecía un pomelo agrio. Era evidente que estaba molesto, que la sospecha de la detective lo fastidiaba. Se mesó el mostacho con reiteración y de nuevo adelantó un poco el cuerpo.

—¿Encontraron alguna puerta o ventana forzada? —continuó la detective después de anotar lo concerniente a la grabación que poseía el administrador y le servía de coartada.

—La policía analizó la vivienda a fondo, no hallaron indicios de que hubiese entrado nadie —Bruno Arjona negaba con la cabeza a la vez que lo hacía de forma verbal.

—¿Quién tiene llave de la casa?

—Pues todos los familiares y... de los empleados, solo el mayordomo y yo.

—¿Cómo es que vive aquí el sobrino pero no el hijo? —preguntó la investigadora y frunció el entrecejo con aire de extrañamiento.

—Todas las familias tienen disputas. Prométame que lo que voy a contarle quedará en secreto.

—Soy una profesional, no voy a repetirlo más. O confía en mí o no aceptaré el trabajo —replicó la detective con enojo mientras giraba con la mano derecha el anillo que ceñía el dedo corazón de su mano izquierda; se levantó y cogió el bolso manifestando la intención de marcharse.

—No se ofenda, señorita Soler. Comprenda mi desvelo por mantener a salvo el prestigio de la familia. —Se levantó el administrador y le pidió que volviera a sentarse—. El señorito Frederick fue siempre muy rebelde y bastante crápula; su mayor problema ha sido el juego, y lo sigue siendo. Discutía a menudo con el duque y lo decepcionó por completo. En cambio Thomas, que siempre ha residido con los padres en la vivienda de Christofer, era el hijo soñado para él, responsable, educado y cariñoso. Los celos de Frederick le llevaron a darle un mal día una paliza al primo. Fue la gota que colmó el vaso, como suele decirse, porque el señor lo echó de casa sin más contemplaciones. Desde que el hijo se fue, el duque se ha ahorrado bastantes sofocones, no todos por desgracia, y además ha seguido manteniéndolo. Llevo las cuentas de la familia y más de una vez le recomendé que cortara el grifo. Ni se imagina la cantidad de dinero que necesita ese joven. Pero Christofer Wharton, aunque redujo la asignación no dejó de costearle los vicios. No me extrañaría que cualquier día... Una verdadera pena.

—¿Que cualquier día qué?

—También aparezca muerto. Se relaciona con una gentuza... Más de una vez ha estado amenazado y me ha tocado a mí lidiar con esa chusma y saldar las deudas. En una ocasión pasé bastante miedo porque...

—Entonces los padres de Thomas también residen aquí —afirmó Julia que se había sentado de nuevo y cortó el hilo de la conversación ya que no le interesaba demasiado lo que Bruno Arjona hubiese podido sentir en aquellos lances.

—Ya murieron. La madre falleció a las pocas semanas de morir la pequeña Cintia, creo que la mató la pena de perder a la hija. Esta murió después de trasladarse la familia a Sevilla, no llevaban aquí ni nueve meses, y el hermano del señor, Kendal Wharton, hará unos ocho años que falta. El duque ha sido un hombre muy generoso acogiendo a la familia del hermano menor. Y creo que tantas muertes son la base de que la duquesa piense que la vivienda está maldita.

—¿Sabe si el duque tenía algún enemigo?
—No creo, ya le digo que no podía ser mejor persona.
—Nunca se fíe de las apariencias. Necesito ver la habitación donde falleció el duque.
—Prefiero que se la enseñe la señorita.
—Entonces seguiremos cuando ella decida hablar conmigo —sentenció Julia Soler y guardó la pequeña libreta.
—Si desea saber algo más yo...
—Por ahora he terminado —agregó la detective poniéndose de pie.
—¿Ya tiene lo que necesita para empezar a investigar?
—Es la primera vez que hallo tantas dificultades. No puedo ver la escena del crimen ni entrevistar a la persona que me contrata, ni a nadie de la familia o del servicio. La verdad, parece que esconden algo —lanzó Julia como una saeta envenenada, dio la espalda a Bruno Arjona y salió de la casa sin darle tiempo a responder.

6

El misterioso hombre del sombrero

Sevilla, sábado 18 de febrero de 2012

Después de salir Julia Soler de la vivienda de los Wharton, al llegar a la plaza del Triunfo se le acercó un hombre extraño, parecía salido de otra época por el sombrero negro tipo hongo que abrigaba su cabeza, la capa del mismo color que le cubría los hombros y los guantes que ocultaban sus manos algo torcidas. Los ojos pequeños y un tanto achinados del desconocido le clavaron una mirada incisiva mientras se dirigió a ella.

—Discúlpeme, señorita Soler. Sé que no tenemos el placer de conocernos, pero hemos de parlamentar con urgencia. Espero me conceda unos minutos de su preciado tiempo —la abordó el peculiar individuo sin preámbulos y con ansia.

—¿Cómo sabe mi nombre? —preguntó la detective asombrada ante la indumentaria, el comportamiento y la forma de hablar del hombre.

—Eso no importa ahora. El destino ha querido que nuestros caminos se crucen y se entrelacen en la desgracia. Lo inevitable no puede evitarse.

—Incuestionable. ¿De qué quiere hablar conmigo y quién es usted?

—Aquí corremos peligro, pero le diré que fui nombrado protector de la duquesa. Uno de los mayores honores que me ha otorgado el duque. Venga conmigo a un sitio más discreto y le explicaré.

—Comprenderá que desconfíe —confesó Julia Soler con sinceridad.

El hombre miró hacia todos lados con aire de sospecha. Comprobó que nadie les vigilaba y prosiguió la conversación.

—Yo también me arriesgo, pero mis principios y la palabra dada a mi amigo Christofer, en paz descansa el buen hombre e inigualable líder, me obligan a confiar en usted.

—¡Pues diga lo que tenga que decir y no de más rodeos! —vociferó la investigadora que ya estaba un poco harta de tanto misterio.

—Esta plaza no es el lugar idóneo. Aunque no se lo parezca hay ojos ocultos que todo lo ven y oídos que captan como antenas parabólicas el más mínimo rumor. Tengo información sobre el duque. El asunto de su muerte es mucho más escabroso de lo que pueda imaginar. Sé que es detective y ¿a quién mejor puedo acudir? La policía está descartada por el trasfondo de nuestra misión.

—¿Qué sabe de ello?

—Como le digo, parlamentar aquí es arriesgado. Hay mucha gente implicada, personas poderosas y sin escrúpulos, capaces de cualquier cosa. La discreción además de una virtud es lo que ahora conviene porque yo también estoy en el punto de mira, y usted, y la señorita Ariadna, y con probabilidad más personas que interfieren en sus planes. Toda precaución es poca. Si le interesa seguir viva, sígame.

No esperó a que Julia Soler respondiera, le dio la espalda y dirigió los pasos hacia la calle Joaquín Moreno Murube. Iba rápido, como si llegar a su destino fuese objeto de vida o muerte, sorteando con habilidad a los turistas que a esas horas merodeaban por los alrededores del Real Alcázar, uno de los más bellos conjuntos palaciegos de la ciudad, con espléndidos jardines y aroma a historia.

Julia casi no pudo reaccionar. La sorpresa causada por la presencia del misterioso hombre, el modo en que este la abordó, las inquietantes palabras que pronunció y el ultimátum que le lanzó, la dejaron paralizada durante unos segundos. Por un instante se le cruzó por la mente la idea de que fuese el asesino, de que aquello no fuera más que una encerrona. Luego lo siguió apresurada intentando no perderlo de vista, intrigada y deseosa de conocer la información que poseía. La detective también entraba en la calle Joaquín Moreno Murube cuando un joven en bicicleta, que transitaba por la acera de forma acelerada, se le echó encima y la tiró de lado sobre el adoquinado.

—Perdone, ¿se encuentra bien? —El ciclista se acercó de inmediato a Julia, le tendió la mano y le dedicó una de esas miradas que hacen perdonar hasta a un delincuente—. No sabe cuánto lo siento. De verdad que lo lamento. —Se deshacía en disculpas el muchacho—. ¿Puede levantarse? Deje que la ayude. ¿Se ha hecho daño?

—Incuestionable, joven. El tobillo y la rodilla me duelen un poco —se quejó la investigadora que se tocaba con una mano las articulaciones de la pierna y del pie derecho, y se las frotaba.

Varias personas se aproximaron para prestar ayuda y formaron un corro alrededor de Julia Soler, interesándose por su estado y recriminando al chico

por la infracción que acababa de cometer y las consecuencias de no respetar las normas de tráfico. Él, azorado, bajó la cabeza y se mantuvo en silencio. Ella agradeció el interés y le quitó importancia al hecho. Deseaba que se dispersaran porque verse rodeada de gente y sentirse el centro de atención era algo que la angustiaba.

Desde que las monjas del orfanato en el que creció la humillaron delante de las compañeras, rapándole el pelo y obligándola a ingerir aceite de resino, sentía la necesidad imperiosa de pasar desapercibida. Pocas veces lo conseguía, porque su carácter visceral y su temperamento rebelde le jugaban malas pasadas, pero en otras ocasiones, las menos, lograba controlarse. Resistirse a respetar las normas de la institución o negarse a aprender los preceptos cristianos, le costó más de un castigo. Aquella etapa la marcó y le dejó heridas y cicatrices invisibles. Sí, impalpables, aunque de una influencia descomunal. De hecho le habían condicionado la vida y la personalidad. Crecer sin sus padres, a los que adoraba, y a los que siempre echaría de menos, fue demasiado doloroso. Al igual que el impacto que le produjo la noticia de sus muertes, cuando la madre Ángela, directora del colegio, sin ningún tipo de miramiento, le comunicó que el avión en el que viajaban había tenido un accidente y ambos habrían servido de comida a los tiburones.

—¿Quiere que llame a una ambulancia? —Ofreció el causante del atropello.

Julia Soler se incorporó e intentó andar, pero el dolor se lo impedía.

—No se preocupe, mejor llamo a un taxi y me acerco a urgencias.

—Si le parece bien, dejo amarrada la bici y la acompaño. Ha sido culpa mía y no me perdonaré abandonarla en ese estado.

—Déjelo, no es necesario.

—De verdad que lo lamento —se disculpó de nuevo el muchacho—. Permítame que la sostenga. —Se brindó el joven y esperó hasta que el taxi llegó.

—Más lo lamento yo —protestó Julia, pensando en que había perdido la oportunidad de desentrañar los misterios que guardaba el extraño hombre del sombrero.

Ella no era una mujer supersticiosa ni creía en la mala suerte, pero empezaba a admitir que la duquesa tenía razón y aquella casa de la que acababa de salir, estaba maldita. Conocía mil historias de la Sevilla encantada a las que nunca prestó demasiada atención, pero que proliferaban por toda la ciudad como setas en la penumbra del bosque, leyendas sobre casas embrujadas y sucesos paranormales, sobre energías que se impregnaban en

los moradores y en los visitantes de edificios endemoniados e influían en sus vidas. O tal vez fuera la familia Wharton la que padecía alguna maldición que los condenaba a la muerte y al sufrimiento. Sospechaba que albergaban demasiados secretos y estos nunca le gustaron; pensaba que no aportaban nada bueno, al contrario, que más bien actuaban al igual que un pararrayos atrayendo infortunios, como un imán de desgracias.

Mientras se dirigía a urgencias, las palabras del misterioso hombre del sombrero le retumbaban en la mente y le encogían el cuerpo: «Tengo información sobre el duque. El asunto de su muerte es mucho más escabroso de lo que pueda imaginar. Si quiere seguir viva, sígame».

Entrevista a la duquesa

Sevilla, sábado 18 de febrero de 2012

Por suerte, el dolor del tobillo y de la rodilla se debía al golpe. Julia Soler no tenía nada roto. Un calmante fue suficiente para que pudiese volver a su apartamento andando, pues el centro de salud quedaba de su vivienda a diez minutos escasos. Unas horas después llamó al comisario Diego Jiménez para pedirle ayuda, quería que se pusiera en contacto con la policía de Sevilla que había llevado el caso y obtuviera toda la información posible. Le costó tomar la decisión, a pesar de que mantenía buena relación con él, pedir era algo que la superaba. No quiso comentarle nada del incidente con el hombre del sombrero ni del atropello porque sabía que se preocuparía. Él le prometió que, en cuanto pudiese, le enviaría una copia del expediente.

Acababa de colgar el teléfono cuando el sonido peculiar de la música del Tango de Roxane sonó. Bruno Arjona, desde el otro lado del hilo telefónico, le pidió que se pasara a las cinco de la tarde por la residencia de los Wharton porque Ariadna estaba preparada para entrevistarse con ella.

—Preferiría que viniese a mi oficina.

—Si no es mucha molestia... La duquesa todavía está muy afectada. Sabrá agradecérselo —insinuó el administrador en un tono de ruego, esperando convencer a Julia Soler.

—Ya hice una excepción esta mañana.

—Además podrá examinar el despacho del duque. Tenía mucho interés en hacerlo. —Pulsó esa tecla Bruno Arjona ante la resistencia de la detective. Era un hombre hábil y astuto. Ella guardó silencio unos segundos y por fin accedió, ya que pensó que de todos modos tendría que visitar la vivienda de nuevo para analizar el escenario del suicidio, o del crimen, si creía la escueta confesión del misterioso hombre del sombrero.

Hasta la hora señalada Julia Soler permaneció en el piso y buscó en Internet datos sobre la familia Wharton. Descubrió que eran unos nobles

procedentes de Inglaterra; que el título de duque provenía de un lejano antepasado: Philip Wharton, quien nació una oscura noche de invierno de 1698 cerca de Oxford, con el frío cabalgando entre las sábanas sobre las que parió su madre. Tuvo la suerte de ser apadrinado por el rey Guillermo III y la princesa Ana de Dinamarca. A los dieciocho años marchó a «hacer las Europas», como en aquella época era costumbre de los jóvenes ingleses de familias bien posicionadas, para completar su educación. Cruzó en barco el canal de la Mancha y atravesó el norte de Francia hasta llegar a Ginebra. Julia Soler supo que Philip Wharton también había tenido relaciones con España y con Felipe V a quien sirvió como diplomático y militar. Por recomendación suya fue enterrado en el Real Monasterio de Santa María de Poblet, en Tarragona. Y la familia, además del título, poseía varias propiedades de renombre en aquel país y algunas más en territorio español.

En el palacete de Sevilla llevaban residiendo catorce años y con anterioridad vivieron, primero en la residencia de Wharton Hall en la región de la Cumbria, situada en el noroeste de Inglaterra; una fortificación del siglo xv reconstruida por el padre de Philip Wharton; después residieron en Healaugh Park Priory, un antiguo monasterio agustino ubicado en North Yorkshire, y por último en Madrid en un edificio que fue propiedad del hotel Tres Flores de Lis.

A las cinco en punto, Julia Soler llegó a la vivienda de los Wharton. Llamó al timbre y la cancela se abrió unos segundos después. Al cruzar el patio se paró y observó la planta alta. En su mente trataba de hacer un esquema de la disposición de las habitaciones según la colocación de las ventanas que no pudo dejar de admirar por las hermosas vidrieras emplomadas que las decoraban; motivos religiosos y florales ocupaban los vidrios de colores.

El mayordomo la esperaba delante de las escaleras y le pidió que lo siguiera. La detective subió y se adentró en el pasillo hasta donde le indicó el hombre. Entró en la sala de reuniones junto al administrador donde la recibió Ariadna Wharton. Julia Soler se aproximó a la joven y le tendió la mano pero esta no respondió al gesto. Se hallaba sentada, con la cabeza baja y la mirada perdida, detrás de una mesa redonda de madera de roble, maciza, con marquetería formando rombos en el contorno de la cintura y diez bulbos torneados rematados en capiteles tallados. La duquesa iba enfundada en una camiseta negra de mangas cortas y cuello redondo y un pantalón vaquero grisáceo. El pelo lacio le caía por encima de los hombros y el flequillo casi le

tapaba los ojos. Su complexión estilizada se insinuaba por debajo de las ropas y el semblante afligido le confería un aire de persona atormentada.

En un lado de la sala había un sofá tapizado en pana de color rubí con respaldo y asientos de estilo capitoné y justo delante una mesita baja, semejante a una reproducción en miniatura de la que presidía la sala, sobre el canapé colgaba de la pared un retrato de una señora muy hermosa. Cubriendo otro testero se hallaba una estantería también de roble, con biblioteca en alzada, dos hojas de puerta enmarcadas por columnas acanaladas y cuerpo inferior de cajones. Un gran vitral del siglo XVI iluminaba la habitación.

—Me gustaría hablar a solas con la señorita Ariadna Wharton —dijo la investigadora al administrador.

La joven levantó la vista, como si hasta entonces no hubiese advertido la presencia de la detective.

—Prefiere que me quede —respondió el hombre tajante, con visible contrariedad y sin moverse del sitio.

—Incuestionable, señor Arjona. La entrevista la dirijo yo.

—No es necesario que te quedes, Bruno, puedes retirarte —intervino Ariadna Wharton con una voz que parecía un susurro.

El administrador salió con el ceño fruncido. Julia Soler se sentó delante de la duquesa. Esta apoyó los pies en el asiento y se encogió en la silla, rodeando sus piernas con los brazos, como si presintiese alguna amenaza.

—Lamento lo sucedido a su padre. Imagino cómo le habrá afectado pero no tengo más remedio que hacerle unas preguntas.

Ariadna Wharton guardó silencio y continuó con la mirada esquiva, como si se hubiese quedado enredada en alguna escena del pasado. La detective intuyó que no sería fácil obtener información de aquella mujer enigmática.

—¿Por qué cree que lo asesinaron?

—Él nunca se habría quitado la vida. Era un hombre muy religioso —se limitó a responder en un tono bajo. Parecía que la voz no le salía del cuerpo.

—¿Sospecha de alguien?

—De todos.

—Ariadna, estoy aquí para ayudarla. Necesito que confíe en mí, de otro modo no podré hacerlo. Le aseguro que si alguien lo ha matado encontraré al asesino, pero tiene que darme información concreta.

Fue la primera vez que la joven la miró de frente, su mirada estaba de nuevo en el presente. Permaneció un instante observando sus facciones, luego adoptó una postura más erguida. La niña asustada que parecía al principio se desdibujó y comenzó a asomar una mujer más comunicativa.

—A veces creo que pudo ser mi hermano. Desde que mi padre lo echó de casa le ha odiado —continuó Ariadna Wharton en el mismo tono susurrante.

—Hable más alto, casi no puedo oírla. Y dígame de quién más sospecha.

—Pues... de mi primo, aunque me pese, porque se ha portado muy bien conmigo y con mi familia, pero no sé... El deseo de dinero transforma a la gente. Mi papá siempre ha dicho que cuando él faltara le dejaría un buen legado, como así ha sido. Quién sabe si la ambición... —Ariadna Wharton no terminó la frase y calló unos segundos. Julia Soler esperó paciente.

La duquesa se levantó, abrió la puerta y se asomó al pasillo, luego cerró con llave, se sentó en el sofá y le pidió a la detective que fuera a su lado con un gesto de la mano.

—El mayordomo es hijo de la cocinera y... —La joven se mordió los labios como si quisiera ocultar esta parte. Apoyó una mano en el brazo de Julia, se aproximó a ella y continuó hablándole muy cerca del oído en un tono muy bajito—. En una ocasión escuché discutir a mis padres. Mi madre lloraba y le reprochaba que mantuviera en casa a la antigua amante y al hijo bastardo. Él le aseguraba que fue un desliz de juventud, que jamás le había sido infiel y que su responsabilidad y sus convicciones le obligaban a hacerse cargo de ellos. Mi madre solo le pedía que los alejara de la casa, no que se desentendiera. La verdad es que no comprendo por qué se empeñó en que permanecieran bajo el mismo techo que nosotros. Aparte de los allegados, pienso que pudo ser algún desconocido relacionado con su trabajo, cualquiera que despidiera o le tuviese envidia. No sé, como le digo sospecho de todos, unas veces pienso una cosa y al rato otra. Mi cabeza no para de dar vueltas y en muchos momentos creo que me va a estallar.

—¿Cómo se llama el mayordomo?

—Fidel Cazorla. Y luego... Hay aspectos de la vida de mi padre que son desconocidos para mí, creo que para todos. Viajaba mucho por cuestiones de negocio, pero mantenía una gran reserva, nadie sabía adónde iba, ni qué hacía en ese tiempo que estaba fuera, ni cuándo volvería. A veces me decía que cuando estuviese preparada me desvelaría un secreto que cambiaría mi vida, que debía entrenar mucho, y me proponía extraños juegos en los que tenía que averiguar jeroglíficos y encontrar, a través de pistas, objetos que él con anterioridad había escondido. Yo me lo tomaba a broma, pensaba que era la forma en que trataba de entretenerme y hacerme la vida más alegre.

»Imagino que se sentía en peligro porque unas semanas antes de su muerte me dijo que si le pasaba algo, cogiese el anillo y el libro que guardaba en la caja fuerte del despacho y se los llevase a un tal León Bermejo. La abrió

y me los enseñó. La sortija era un sello azul con el borde de plata y estaba dentro de una pequeña caja de madera oscura, parecía muy vieja. El libro tenía tapas de cuero rojas, bastantes gruesas, creo que también exhibía un pequeño grabado en la portada, y era de aspecto antiguo. Luego me dio la clave. Y ahora ni lo uno ni lo otro se hallan en su sitio, han desaparecido.

—Tal vez los cambiara de lugar. ¿Qué libro era?

—No me fije en el título, me parece que no tenía letras en la cubierta.

—¿Podría hacerme un bosquejo del anillo y del gráfico de la tapa?

—Lo intentaré, pero lo mío es la música, no el dibujo.

Ariadna Wharton abrió un pequeño cajón del escritorio que adornaba uno de los testers de la habitación, sacó una libreta y un lápiz. Hizo primero varios trazos rápidos y después fue perfilando los detalles. Cuando terminó se lo entregó a Julia Soler.

—Me ha engañado. Dibuja muy bien, pero solo ha pintado el sello.

—No recuerdo el grabado del libro, me fijé en el anillo porque me pareció... exótico y especial.

—Veré qué puedo averiguar sobre él, pero vayamos por partes. ¿Quién es León Bermejo?

—No tengo ni idea. Le pregunté a mi padre y me dijo que eso no tenía importancia, que en el momento adecuado me enteraría y que solo me interesaba saber que él me protegería al igual que Elián Mansilla: «Debes sentirte contenta por tener dos ángeles de la guarda», bromeó sonriente. Insistió en que anotase el nombre y su número de teléfono y lo grabé en los contactos del móvil.

—Está bien, luego me pasará los datos. Dígame qué ganaría Frederick Wharton con la muerte de su padre.

—Supongo que vengarse de la humillación que le supuso que lo echara de casa, aunque ha seguido manteniéndolo, limitó la consignación mensual que le regalaba por su cara bonita. Ayer se leyó el testamento, le ha dejado la residencia de Wharton Hall y un importe de veinticuatro millones de euros. El muy...

—Existe un posible móvil. Hay que comprobar si tiene coartada. ¿Y su primo?

—Sé que le quería mucho y que estaba aprendiendo a gestionar la agencia de inversiones. Ahora se pondrá al frente. —Ariadna Wharton bajó de nuevo la cabeza y trató de ocultar la humedad que asomaba a sus ojos—. Le ha legado dieciocho millones de euros. Me siento indigna por dudar de él pero no puedo evitarlo. Siempre me ha apoyado y sigue haciéndolo.

—Ese es un motivo para matar. No se sienta mal, es normal que dude de todos. Y Fidel, si pudiera demostrar que es hijo suyo, también tiene mucho que ganar.

—Desde luego, es el primogénito, así que el título de duque le correspondería a él y no a mí —expuso y miró a la detective de frente. Una mueca de disgusto le apareció en el rostro.

—Pero tiene una coartada —alegó la investigadora y, tras consultar la libreta de notas, lo confirmó—. Sí, estaba atendiendo al cartero a la hora de la muerte, según me dijo Bruno Arjona. Supongo que es usted la que saca mayor partido.

—No, Julia, perder a mi padre ha sido una catástrofe, nada podría compensarlo y la coartada... Pudo contratar a alguien que lo matara por él.

—Incuestionable, señorita Wharton. No se preocupe, lo investigaré, pero insisto, imagino que la herencia en gran parte será suya.

Hubo un breve silencio, parecía que Ariadna Wharton se resistía a confesar cuáles eran sus bienes, pero en seguida se alzó de hombros y comenzó a enumerarlos.

—Además del título, el resto de las propiedades, los negocios, las joyas, las obras de arte y setenta y dos millones de euros.

Era una cantidad como para matar y además la duquesa no tenía coartada. Julia Soler enfrentó los ojos turquesas de Ariadna Wharton en busca de una señal que la delatara. Tenían fuerza y profundidad, una energía que atraía como un abismo y que contrastaba con esa personalidad endeble y ambigua.

—¿Cree que su padre estaba dispuesto a reconocer a Fidel?

—No, jamás lo hubiese hecho —contestó con rotundidad. Era la primera vez que elevaba el tono de voz.

—¿Cómo está tan segura?

—Aquel día que escuché a mis padres discutir... Él se lo prometió a mi madre. Sé que nunca hubiese roto la promesa. Era un hombre de principios y de fuertes convicciones, su palabra valía tanto como su firma.

—Lo comprendo, pero no se fie de las apariencias, en ocasiones es una mera fachada. Creemos conocer a alguien y resulta que nos llevamos una gran decepción. De todos modos Fidel podría iniciar una demanda y si el ADN lo confirma... Supongo que podrá reclamar los bienes que le correspondan. ¿Y el administrador, desearía su muerte?

—Además de un empleado también es un buen amigo de la familia, en especial lo era de mi padre. No tendría ningún sentido que él lo asesinara. Solo ha recibido una colección de plumas estilográficas, con más valor

sentimental que económico. Varias de ellas pertenecieron a su abuelo que tuvo que empeñarlas en un momento de crisis y, bastante tiempo después, de forma casual mi padre las adquirió en una subasta. Le ha causado gran alegría recuperarlas.

—Pero quizás él esperaba más, por los servicios prestados o por los trabajos que realizó sin que fuesen parte de sus funciones —se refirió Julia Soler a las castañas que más de una vez le sacó del fuego al duque en relación a Frederick Wharton, pero fue delicada y no dio detalles por si la duquesa no sabía nada de ello.

—No creo, a pesar de la amistad que los unía, mi padre nunca dio muestras de que pensara legarle algo, al menos que yo sepa.

—Necesito ver el despacho y el resto de la vivienda.

—Esta casa está maldita —afirmó y se levantó con desgana—. Sígame.

Julia Soler fue tras ella por el largo pasillo, la joven caminaba como si la vida le pesara una tonelada, llevaba la mano derecha metida en el bolsillo trasero del pantalón, la cabeza un poco baja y la espalda algo encorvada. Se paró frente a la puerta del despacho del duque. Era evidente que la visión de esa pieza de la casa la seguía conmocionando. La imagen del progenitor muerto se había quedado grabada en su mente y la atormentaba, pero acercarse a aquella sala la descomponía por completo.

—Pase, yo la espero aquí fuera, desde que ocurrió la desgracia solo he entrado una vez, a buscar el anillo y el libro, y casi me desmayo.

Julia Soler estuvo un rato observando la habitación, la disposición de los muebles y de la ventana. Rebuscó en su bolso el kit para tomar huellas y no lo encontró, lo había olvidado.

—Tendré que volver otro día. No limpien nada hasta que vuelva. Espero que aún no lo hayan hecho.

—No ha entrado nadie desde... Solo la policía. Bueno, y como le he dicho, yo, para abrir la caja de seguridad.

—¿Le ha dicho a la policía que han desaparecido el anillo y el libro?

—No. Fue ayer cuando descubrí que faltaban. Y ellos ya tienen su conclusión. Sé que al inspector que ha llevado el caso nada le hará cambiar de opinión. Discutí con él porque es un inepto y prefiero que sea usted la que se haga cargo de la investigación.

Ariadna Wharton recorrió con la detective el resto de la casa porque esta quería saber con exactitud la posición de cada habitación e inspeccionar todas las puertas y ventanas de la vivienda. A pesar de que la policía ya lo hizo y no

encontró ninguna señal de que hubiesen sido forzadas, ella necesitaba ratificarlo.

—Es un palacete impresionante, maravilloso. Debe ser un verdadero placer vivir aquí —amenizó Julia.

—Es una casa maldita —volvió a hacer mención la joven de la idea que la obsesionaba.

—¿Por qué dice eso?

—Cosas mías.

La duquesa de nuevo se encerró en sí misma, la lejanía de su mirada y un silencio de niebla, con peso, oscuro, impenetrable, conmovió a la detective, y dio por terminada la entrevista.

—Deme su número de teléfono, tengo el de Bruno Arjona, pero prefiero que no haya intermediarios si necesito hablar de nuevo con usted. Y tome mi tarjeta. Dígame también cómo puedo contactar con su hermano.

—Ya tengo su contacto, me lo dio el comisario Diego Jiménez —confesó Ariadna al recibir la tarjeta de visita de la investigadora. Buscó en su móvil el número de teléfono de Frederick Wharton y le envió un *wasap* a Julia Soler —. Ya puede añadirme, a mí y a mi hermano.

—¿El comisario Jiménez?, ¿de qué lo conoce?

—Eso se lo contaré otro día, ahora estoy muy cansada.

8

El anillo azul

Sevilla, sábado 18 de febrero de 2012

En cuanto la detective salió de la mansión de la duquesa, llamó a Diego Jiménez.

—Hola, Julia, acabo de enviarte un *email* con el expediente del caso. He hablado con el equipo que ha llevado la investigación y aseguran que no hay indicios para creer que fue un homicidio. Todo apunta a un suicidio —explicó el comisario tomando la iniciativa.

—¿Cómo no me comunicaste que conocías a Ariadna Wharton y que tú me recomendaste para el trabajo? —le cuestionó Julia bastante alterada mientras caminaba hacia su apartamento.

—No me pareció importante. En realidad no la conozco mucho. Hace algún tiempo desvalijaron la finca que posee en Madrid. Ella vino a pasar unos días aquí y se encontró la vivienda saqueada, así que cursó demanda en nuestra comisaría. Yo intervine en el caso y, como capturamos a los ladrones poco después y recuperamos lo robado, la joven quedó muy agradecida. Debió conservar mi contacto porque me llamó para pedirme que investigara la muerte del duque y le facilité tu número de teléfono; le aseguré que no encontraría mejor detective.

—Entonces debo darte las gracias. Ahora dime lo que sepas.

—Pues lo que acabo de contarte. La información está en el expediente. El suicida tenía rastros de pólvora en la mano derecha. Utilizó una pistola antigua, herencia de la familia, una Reina Ana del siglo XVIII con balín esférico de doce milímetros de calibre, en la que hallaron sus huellas dactilares, al igual que en el teclado del ordenador portátil que había sobre la mesa. La policía no ha encontrado ninguna huella más ni en el arma ni el PC. No faltaba nada en el despacho y no localizaron señales de puertas o ventanas forzadas. Y aunque la nota que dejó no estaba firmada, salió de su impresora. La autopsia no ha revelado nada raro. Es evidente que no ingirió ninguna

sustancia tóxica y tampoco encontraron en el cadáver indicios de forcejeo. La hipótesis de un asesinato la desecharon de inmediato, al principio pensaron en la hija, al no tener coartada y hallarse en la misma planta que el fallecido, podría haber sido sospechosa. La descartaron por falta de pruebas y por las conclusiones a las que han llegado según las evidencias que acabo de comentarte.

—Ariadna Wharton dice que faltan de la caja fuerte un anillo azul y un libro antiguo.

—Pues no lo habrá dicho hasta ahora porque en el expediente no consta. Tendrás que tirar de ese hilo. Aunque me temo que ha sido un suicidio.

—No sé, creo que está un poco trastornada, pero a pesar de ello algo me dice que tiene razón.

—Cuando la conocí me pareció frágil. Intuyo que es más fuerte de lo que muestra.

—¡Vaya! Es una novedad que sigas tus intuiciones.

—Gracias a tu influencia —declaró Diego Jiménez riéndose—. ¿Has averiguado algo más?

—Solo he observado que, por la disposición de la mesa del duque, cualquiera podría haber entrado en la habitación sin que él se diese cuenta. El asesino tal vez se le acercó por la espalda con sigilo y le disparó a bocajarro antes de que pudiese reaccionar, marcó la pistola con sus huellas, le dejó pólvora en la mano, abrió la caja fuerte y se llevó los objetos que han desaparecido.

—Es mucho suponer, pero como hipótesis no está mal, de ser así, ha debido hacerlo alguien de dentro o algún espíritu malévolo —bromeó el comisario Jiménez—. Ariadna Wharton vuelve a ser la principal sospechosa porque los demás tienen coartada. Ahora tendrás que demostrarlo.

—Incuestionable, señor comisario —ironizó ella.

Después de colgar, la detective apresuró el paso. La imagen de Diego permaneció en su mente unos instantes. Recordó el día que lo conoció y el choque de trenes que se produjo entre ellos desde el primer momento, y cómo la investigación de la muerte de su amiga Teresa Romero y de las demás víctimas los fue uniendo. Evocó la sonrisa de la joven y el dolor que le provocaba su ausencia apareció con fuerza. Unas lágrimas rebeldes asomaron a sus ojos ámbar, a pesar de que intentaba controlarlas, y la herida sepultada se abrió de nuevo. La sensación de abandono que la había acompañado casi toda la vida se alzó como un oso enfurecido.

Comenzó a correr. Era una huida del pasado y también un ferviente deseo de que el futuro se abriera paso cuanto antes. El trauma padecido por la muerte de sus padres y el infierno que vivió en el orfanato no eran fáciles de superar. Aquellas malditas monjas dejaron una enorme cicatriz en su alma. Aunque también tenía algo que agradecerles, sí, gracias a ellas se había convertido en una mujer fuerte e independiente.

Lo primero que hizo al llegar al apartamento fue repasar algunas notas del caso que llevaba entre manos. Luego encendió el ordenador y abrió el correo. Estudió a fondo el expediente que le remitió el comisario Jiménez con las conclusiones de la policía y las fotos que tomaron del fallecido, de la pistola y de la nota, pero no halló nada distinto a lo que ya le había dicho él. Después buscó en las imágenes de Google el escudo de la familia Wharton. Lo comparó con el boceto del anillo que dibujó Ariadna Wharton, pero no coincidían.

El sello casi circular era de plata, de color gris envejecido, y contenía un grabado en azul: un compás invertido, abierto noventa grados. Debajo de él podía observarse una escuadra en forma de V. Y el interior del rombo que conformaban ambas figuras en el centro, contenía la letra G. Pasó más de dos horas buscando escudos de otras familias nobles y anillos pertenecientes a la nobleza. Julia Soler cerró el ordenador convencida de que la sortija del duque nada tenía que ver con su linaje.

Pensó que debía ser valioso, al igual que el libro, de otro modo nadie los habría robado y menos dejando las demás joyas y el dinero en efectivo que había en la caja fuerte. Pero también tenía que ser alguien allegado, porque quién iba a saber de la existencia de esos objetos, del lugar donde el duque los guardaba y, en especial, de la clave para abrir la caja de seguridad. Conjeturó que Ariadna Wharton reunía todos los requisitos. Estaba sola en el estudio y pudo acercarse al despacho del duque sin que nadie la viese, sabía de ellos y conocía el código de apertura. Además, la muerte del progenitor la convertía en duquesa y en heredera de una gran fortuna.

Tal vez Christofer Wharton estuviese pensando reconocer al hijo bastardo y ello la hubiera perjudicado. Puede que ella misma robase el anillo y el libro; era la única que tenía la clave de la caja fuerte. Acaso por ello no lo había comunicado a la policía. A no ser que se hubiese inventado esa historia. Quizá ocultase un trastorno grave. Pero por otro lado la chica le parecía sincera, estaba en verdad afectada y la intuición le decía que ella no encajaba en el perfil de asesina.

Los siguientes sospechosos eran el hermano de Ariadna y Thomas Wharton, así que sin vacilar marcó el número de Frederick Wharton y le citó en su despacho una hora más tarde, pero este no acudió a la cita. Lo que le hizo suponer a Julia Soler que algo quería ocultar. ¿Tendría razón la duquesa al culparlo de la muerte del padre?

9

Entrevista a Frederick Wharton

Sevilla, lunes 20 de febrero de 2012

La oficina de la detective era pequeña, constaba de un recibidor con tres sillones azules y un mostrador tras el que atendía la secretaria, de un aseo y una sala cuadrada en la que sobresalían varias plantas de hojas verdes, además de una estantería con carpetas y la mesa de cristal donde trabajaba. Tenía un aspecto moderno pero cálido. Las paredes pintadas de color melocotón y el aroma a canela que se esparcía por el ambiente la hacían comfortable.

Frederick Wharton llamó a la puerta. La secretaria lo recibió, le pidió que esperase y avisó a Julia Soler de su llegada. Diez minutos después el joven se levantó malhumorado.

—¡No tengo todo el día! Dígale a su jefa que me atiende ya o me marcho.

—Disculpe, señor, enseguida se ocupará de usted, si no lo ha hecho todavía es porque está finalizando un informe —argumentó la chica confiando en que se calmase.

En ese instante Julia abrió la puerta del despacho y le hizo pasar. Él la miró con enojo y con recelo. Su gesto y su actitud manifestaban enfado. Ella le tendió la mano, pero él entró sin estrechársela. Ese gesto altivo le recordó a la hermana; parecía una costumbre de familia. Se quedó parado un segundo en el centro de la sala. Luego se sentó delante de la mesa sin aguardar permiso. Julia Soler hizo lo mismo y sin ningún tipo de preámbulos comenzó el interrogatorio.

—¿Por qué no ha acudido a mi anterior cita? ¿Tiene algo que ocultar?

—He estado muy ocupado —respondió con aire chulesco.

—Se ha hecho usted de rogar —le reprochó Julia con sutileza.

—He venido por su insistencia, me he dado cuenta de que no me dejaría en paz hasta conseguir esta entrevista. ¿Es consciente de que me ha llamado más de diez veces en apenas dos días y medio? A eso se le llama acoso —

alegó Frederick Wharton mientras movía la pierna derecha como si tuviese un tic nervioso.

—¿Sabe por qué lo he citado?

—Sí, joder, la loca de mi hermana cree que he matado a mi padre.

—¿Quién le ha dicho eso?

—Ella misma. En la lectura del testamento me llamó de todo. No sé cómo aguanté sin darle dos hostias. Si lo que desea saber es dónde estaba esa mañana no tengo nada que ocultar. Mire, le traigo los billetes de avión. Estuve en Madrid desde el 8 de febrero hasta el mismo día de la incineración. Puede comprobarlo en Iberia. Y si necesita testigos, el 14 de febrero a las diez de la mañana estaba en la cama con mi novia, en la finca de Aravaca.

—Lo comprobaré. No tenía ese dato. ¿Quién tomó la decisión de incinerar a su padre?

—Yo no, desde luego.

—¿Era su voluntad?

—¿Y cómo coño voy a saberlo? Hacía tiempo que no tenía contacto con él, ni con el resto de la familia, pero no me extraña que fuese la loca de mi hermana, es la más interesada en que no se puedan hacer pruebas de ADN.

—Veo que también conoce lo de Fidel.

—Lo sabe todo el mundo, joder, pero callan como rufianes. Se esconden detrás de una maldita moral, hipócrita y nauseabunda. —A los ojos de Frederick Wharton asomaba la ira y los músculos se le tensaron.

—¿Cree usted que alguien quería matar a su padre?

—Lo que yo crea importa una mierda. Entérese de una vez que soy la oveja negra de la familia o el chivo expiatorio, como prefiera.

—Le aseguro que me interesa conocer su opinión.

—Dudo que se haya suicidado, era demasiado sibarita y egoísta para quitarse la vida. Los que tienen más papeletas son Thomas y la trastornada de mi hermana. Tampoco descartaría que hubiese sido algún cliente furioso; más de una persona se arruinó por el asesoramiento financiero que les ofreció. Como sabrá, la policía no ha encontrado indicios de que alguien extraño entrara en la vivienda. Eso reduce a dos el número de sospechosos.

—¿Por qué llama loca a su hermana? ¿Está diagnosticada?

—No, pero debería. Pienso que es bipolar. Cuando le da la gana se encierra en sí misma como si el mundo fuese un lugar peligroso y terrorífico, guarda silencio durante días y habita en otro planeta. En otras ocasiones se muestra alegre y sociable, incluso cariñosa. Parece débil y asustadiza, pero cuando le da la gana saca a la fiera que lleva dentro y exhibe una agresividad

fuera de lo común. ¡Esa es la verdadera duquesa! ¡Una arpía que esconde las garras y ataca sin piedad! Y que se oculta detrás de la víctima que aparenta ser.

Frederick Wharton hizo una pausa para que la ira que lo envenenaba desapareciera o al menos se desdibujara. Las venas, que se le señalaban en el cuello, y el rostro rojo como la sangre evidenciaban el arrebató de cólera que lo zarandeaba. Luego continuó.

—Desde que murió mi prima Cintia, la bipolar comenzó a manifestar esta actitud contradictoria. Tal vez fue una estrategia para defenderse de la culpabilidad que debía carcomerla por dentro. Apenas llevábamos dos meses en la residencia de Sevilla, fue el verano de... Si no recuerdo mal, de 1998. La niña cayó al patio desde la terraza de la primera planta, rodó escaleras abajo sin freno. Ariadna y ella se peleaban por una muñeca y mi hermana la empujó. Fue un accidente, pero no lo ha superado. Mi tía padeció una grave depresión después de la desgracia. Nunca volvió a mirar del mismo modo a Ariadna y antes había tenido muy buena relación con ella. Terminó suicidándose poco tiempo más tarde. Supongo que mi hermana también se culpará de ello. Se encerró en su habitación y no salió en dos semanas. Hizo lo mismo cuando murió mi madre, e intentó quitarse la vida. Creo que solo quería llamar la atención porque el que de verdad quiere matarse lo consigue. Se tomó medio bote de pastillas, de esas que te sedan y te dejan grogui en un segundo. No sé de dónde las sacó, pero con un lavado de estómago solucionaron el incidente.

Julia guardó silencio un instante, suficiente para que desfilaran por su cabeza imágenes tétricas relacionadas con lo que acababa de contar Frederick, y para que sintiera compasión por la duquesa. ¿Quién no sería emocionalmente inestable después de tantas muertes de personas queridas? No era extraño que pensara que la mansión estaba maldita. Trató de recomponerse y prosiguió la entrevista.

—¿Ha visto alguna vez este anillo? —Julia Soler le mostró el dibujo de Ariadna Wharton. Aunque lo que acababa de escuchar la dejó preocupada, evitó que se le notara y no hizo ningún comentario al respecto.

—Nunca —respondió después de observarlo y levantar la vista para enfrentar los ojos de Julia—. Es todo lo que sé —concluyó, se levantó e hizo el amago de irse.

—No he dicho que hayamos terminado.

—Ni falta que hace. No tengo más que añadir. Mi conciencia está tranquila. Y no voy a pedirle permiso, ya soy bastante mayor para decidir

cuándo me marchó.

—Incuestionable, Frederick —contestó Julia Soler con una mueca de burla en los labios y la idea en la mente de que era un chulo, un estúpido y un maleducado—. Gracias por venir.

La detective tuvo la impresión de que le mentía, le pareció notar en su voz un tono dubitativo y en su mirada una estela de ambigüedad, pero de momento no estimaba conveniente hacerle más preguntas y si la coartada era cierta, tendría que eliminarlo de la lista de sospechosos, así que lo despidió con cordialidad.

Aunque tampoco desechó la hipótesis de Ariadna Wharton de que podía haber contratado a alguien para matar al padre. El pretexto lo situaba fuera de la localidad el día del fallecimiento, pero podría ser la jugada perfecta para que le matase algún sicario en su lugar. Investigaría las llamadas telefónicas y las cuentas bancarias de Frederick Wharton. Si encontraba algún número de teléfono sospechoso o alguna transacción fuera de lo normal, sería un buen cabo del que tirar. Luego volvía a pensarlo y la opción del sicario no encajaba porque ¿cómo pudo entrar en la vivienda sin haber forzado nada? Incluso habiendo conseguido una llave, que era otra posible opción, ¿cómo pasó desapercibido? Era muy extraño que nadie le hubiese visto.

De nuevo necesitaría la ayuda de Diego Jiménez, no era fácil acceder a esos datos sin permiso de un juez y, aunque le costaba pedir, no le quedaba más remedio si quería llegar al fondo del asunto.

10

El Monasterio de Poblet

Vimbodí, Tarragona, lunes 9 de enero de 1989

Eran las nueve de la mañana. Un frío de acero cortaba el aire y la niebla apenas dejaba ver a un metro de distancia. El cielo gris parecía haber bajado a ras de suelo y amenazaba con lloviznar. El chófer de Christofer Wharton paró en las cercanías del Real Monasterio de Santa María de Poblet. La fortaleza de piedra se alzaba en mitad de la nada como una reliquia del pasado. Su traza medieval rodeada de neblina le confería una perspectiva espectral. El duque iba acompañado de Elián Mansilla, su inseparable amigo.

Ambos se aproximaron a la Puerta Real, escoltada por dos grandes torres poligonales parecía el portón de un castillo feudal. Elián Mansilla golpeó varias veces la aldaba que pendía de ella. Uno de los monjes blancos asomó al cabo de varios minutos y tras darles la bienvenida les preguntó qué querían. El duque le mostró la carta que le había enviado el abad, en la que le citaba ese día a las nueve de la mañana. El fraile cisterciense les dio paso y les sirvió de guía. Cruzaron el atrio en silencio, atravesaron el imponente claustro y tras pasar delante de la sala capitular bordearon el panteón real y penetraron a la nueva sacristía que, al no desempeñar la función tradicional, se destinó a despacho del superior.

En la sala dominaba la austeridad. Una robusta mesa de roble ocupaba el centro de la misma flanqueada por un sillón detrás y dos delante. Los muros de piedra, desnudos y bastos, exhalaban ascetismo. El único ornamento que sobresalía del conjunto rocoso era una gran chimenea que caldeaba la habitación. Chisporroteaban los troncos de encina y las llamas parecían bailar una danza mística mientras esparcían una tenue luz dorada y cálida.

El clérigo, que estaba sentado detrás de la mesa leyendo unos documentos, se quitó las gafas y se levantó al verlos, les tendió la mano y les dio la bienvenida. Era un hombre regordete, de mediana estatura, calvo, con

unos ojos tan pequeños como garbanzos secos y una sonrisa perenne que le proporcionaba un semblante bonachón. Ellos se presentaron.

—Puede retirarse, hermano Juan —dijo el abad al monje que había acompañado a la visita.

—Queden ustedes con Dios. —Se despidió el religioso.

—Siéntense, por favor, y dígame, señor Wharton, ¿cuál es el interés de esta entrevista? En su misiva no me aclaró por qué quería verme con tanta urgencia. Como comprenderá soy un hombre muy ocupado no solo con asuntos terrenales, que también, sino sobre todo con la Obra de Dios que es una cuestión de altura —expuso el religioso sin dejar de sonreír.

—Agradezco el recibimiento. Suponía que mi apellido le indicaría el motivo de mi visita. Como habrá deducido soy descendiente del duque Philip Wharton, que reposa en una sepultura de este monasterio, y quisiera trasladar los restos.

—¿Philip Wharton? Pues no, no me suena. Debe estar confundido. Aquí no yace ningún duque con ese apellido.

—Perdone que le lleve la contraria, he pasado años investigando, está confirmado.

—Lo dice con tanta seguridad que me pondría en duda de no ser que fuese ajeno a este recinto. Conozco como la palma de mi mano cada tumba que se halla dentro de estos muros y su familiar no figura en ninguna de ellas. Lamento no poder ayudarle. Aunque... ahora que lo pienso... tal vez... desapareció con las otras.

—¿Desaparecer? ¿A qué se refiere? —preguntó extrañado Christofer Wharton.

—Si vuestra excelencia tiene la bondad de mirar este manuscrito... Él certifica la inhumación —alegó Elián Mansilla que hasta entonces se mantuvo callado. Extendió el brazo y le entregó el legajo al abad. Este cogió las gafas que había dejado en la mesa y se las puso.

En el documento se especificaba el lugar exacto del enterramiento y la inscripción que figuraba en la lápida. En concreto situaba la sepultura del duque Philip Wharton en lugar muy relevante, frente a la capilla de la Virgen de los Ángeles, en el suelo de la del Santo Cristo, entrando en la iglesia justo a la derecha de la galilea, al lado de la del abad Joan de Guimerà. La piedra de la lápida estaba esculpida con una inscripción:

«HIC JACET EXMUS
D. PHILIPUS WHAR
TON ANGLUS DUX
MARCHIO ET COMES

DE WHARTON MARCHIO
DE MALSBURSI ET CARTH
LOCH COMES RATH
FASNUM VICE CO
MES DE WINCHINDON
BARO DE TRIM EQUES
ST. GEORGJI (ALIAS
DE LA GERRATIERA)
OBIIT IN FIDI EC
CLESIAE CATHOLICAE
ROMANAE POPULETI
DIE 31 MAII 1731».

El abad leyó la lauda en voz alta y en castellano:

«Aquí yace el excelentísimo
don Felipe Wharton,
inglés, duque, marqués
y conde de Wharton,
marqués de Malsbursi
y Carthloch, conde de
Rathfasnum, vizconde
de Winchindon, barón trim,
caballero de San Jorge
(alias de la jarretera).
Murió en la fe de
la Iglesia Católica
Romana en Poblet el
día 31 de mayo de 1731».

—¡Vaya! Parece auténtico. Les aseguro que la tumba que señala está ocupada por la familia Comamola. Deben saber que todas las sepulturas fueron saqueadas en el periodo trágico de la desamortización de Mendizábal. Nos vimos obligados a abandonar el convento en 1835 y, durante la Primera Guerra Carlista, sin nadie custodiando los tesoros, ya se pueden imaginar lo que pasó. Hay gente sin escrúpulos que no respeta nada. Ultrajaron las tumbas, en especial las de nobles y reyes, robaron todo lo que encontraron de valor, quemaron los restos funerarios y gran parte del convento. —El abad se santiguó al terminar la frase—. Más de un siglo después la orden decidió restaurar el monasterio y envió a varios hermanos para hacer una valoración del estado en que se encontraba; lo hallaron casi derruido, sepultado en cenizas, convertido en un lugar de ruinas olvidadas, con las lápidas de las tumbas arrancadas, rotas, amontonadas, y los restos de igual modo, calcinados y apilados. Trataron de identificar los despojos, pero el deterioro y el revoltijo lo hicieron imposible, a excepción del esqueleto del rey Jaime I el Conquistador, gracias a su gran altura pudo confirmarse que era él, pero de

los demás... —El abad se persignó de nuevo—. Una verdadera ignominia, hijos, de la que el monasterio no es responsable.

—Pero hemos visto otras muchas lápidas al pasar por el panteón y... tal vez...

—Algunas pudieron restaurarse, y en ellas se introdujeron aquellos restos que se hallaron en mejores condiciones, pero muchos ni siquiera guardan relación con el nombre que en ellas se inscribe, porque como les he dicho, estaban mezclados unos con otros. Si es cierto lo que dice este papel, tenga por seguro que constará en el *Pallida Mors*, un manuscrito de incalculable valor con noticias detalladas de las sepulturas de reyes, nobles, caballeros y personas de alta cuna, que reposan o han reposado dentro de estos muros. Lo custodiamos como oro en paño ya que data del año 1768; escrito de puño y letra por fray Vicens Prada, Secretario de la Congregación en aquella época, con posterioridad abad de este monasterio, y al que se le fueron añadiendo posteriores enterramientos. Claro que, en caso de que su antecesor figure en el libro, eso solo confirmará la inhumación, no que continúe en su sitio. Hasta ahora nunca me había hecho falta consultarlo. Acompañenme a la biblioteca —ordenó el abad levantándose.

El duque y Elián Mansilla también se pusieron de pie y salieron de la sala; el clérigo iba delante. Recorrieron el camino anterior y al llegar al claustro en vez de dirigirse al atrio, enfilaron la ruta contraria y, tras pasar al lado del calefactorio, penetraron en la amplia biblioteca. Christofer Wharton adoraba los libros, en especial los antiguos, por lo que al ver las vitrinas recubriendo los muros de aquella fortaleza, atestadas de manuscritos de todas las épocas, exclamó: ¡Increíble! ¡Esto es una maravilla!

—Así es, hijo, esta biblioteca es una de las mejores del mundo —confirmó el abad que se acercó a una de las estanterías donde debían estar los libros más valiosos y, después de pedirle la llave al bibliotecario, que la sacó del cajón de la mesa donde trabajaba, la abrió. Se colocó las gafas y buscó el *Pallida Mors*.

—¡Es preciosa! —se admiró Elián—. Nunca había visto una biblioteca como esta.

—Aunque es de reciente construcción ha respetado la arquitectura original, combinando elementos góticos y románicos —explicó el abad—. Aquí está —dijo, extrayendo el manuscrito con sumo cuidado y apoyándolo en una de sus manos, de modo que solo él podía leerlo.

Comenzó a hojearlo con tal esmero que el tiempo casi se detuvo. Tras un buen rato escudriñando las líneas escritas en el tomo confirmó la inscripción y

lo cerró.

—Es cierto. Estuvo aquí enterrado. Habrá que buscar en el cementerio exterior, porque como les dije antes, es seguro que en el lugar primigenio no lo hallaremos. Vuelvan mañana a la misma hora, hoy encargaré a un par de monjes que investiguen el asunto y anoten los nombres de todas las lápidas extramuros. Son muy numerosas. Y aunque es el espacio destinado al enterramiento de los monjes de este santo monasterio, también se usó como sepultura de aquellos restos que no se pudieron identificar. Con esto pretendo avisarlos de que lo más probable es que no lo encontremos, no quiero que alberguen falsas esperanzas, pero por mi parte no quedará hacer lo que esté en mi mano para ayudarlos.

—¿No podría ser hoy? —quiso saber el duque.

—Imposible. No podemos obviar nuestras tareas cotidianas y el cementerio es grande.

—Hay algo que no entiendo, si en este manuscrito constan todos los enterramientos ¿por qué no volvieron a colocar a mi antepasado en el lugar que le correspondía?

—Hijo, hace usted preguntas que ya he respondido. Lo que sé es lo que he dicho, que el monasterio estuvo más de un siglo abandonado. En 1940 se comenzó la restauración y volvieron a ocuparlo algunos monjes. Como comprenderá, tardaron años en dejarlo tal cual está ahora. La biblioteca ha sido una de las últimas recuperaciones. No sé si alguien se dio cuenta del error cuando el sepulcro ya lo ocupaban otras personas o en realidad nadie reparó en el detalle. Lo más probable es que no consiguieran identificar los restos y, como muchos otros, se habrán perdido. Como les he dicho, era casi todo un revoltijo de huesos, en su mayoría fueron incinerados, sin distinguir unos de otros, y depositados en urnas del columbario. Vengan mañana. Tal vez pueda decirles algo más.

—Nos espera un largo viaje y ni siquiera hemos reservado alojamiento, si lo permite, nosotros mismos podemos buscar. Lo haremos con el mayor respeto. —Ofreció el duque.

—No abusen de nuestra complacencia. Pueden alojarse en el Castell de Riudabella, queda a unos cinco kilómetros de aquí y tiene unas panorámicas divinas. Conserva el encanto de lo antiguo y añade las comodidades de la modernidad. La paz reina entre sus muros de piedra e incluso tiene una capilla preciosa. Disfruten de un día en Vimbodí, hay museos para deleitar la vista y buen vino que catar.

—¿Me deja ver la inscripción del manuscrito? —pidió Christofer Wharton.

—Es de uso exclusivo de los monjes cistercienses. No está permitido que nadie más lo lea. No pretenda que incumpla nuestras reglas.

El abad los acompañó a la salida y los despidió. El duque lanzó a Elián Mansilla una mirada de disgusto. Caminó hasta el coche en silencio dándole vueltas en la cabeza a la idea de que algo no cuadraba, a la sospecha de que el prelado, tras aquel aspecto cándido, escondía mucho más de lo que él pudiese imaginar. Antes de subir al vehículo confesó al amigo lo que presentía.

—El *Pallida Mors* contiene algo que el abad ha ocultado. Estoy seguro. Le cambió el tono de voz y la expresión del rostro después de leerlo y se apresuró a echarnos. ¿No te has dado cuenta? Me temo que la Iglesia se ha apoderado del libro y del anillo, escondidos en la tumba.

—Eso en el mejor de los casos, porque en el peor pueden haberlo destruido. O si en verdad lo robaron los desvalijadores de tumbas, quién sabe lo que habrán hecho con ellos. No creo que haya mentido sobre los saqueos, sería muy fácil averiguarlo.

—Jamás podremos recuperarlos.

—No digas eso, con la ayuda de Dios todo es posible.

—Lo que es seguro es que el abad miente y el tiempo me dará la razón, porque no descansaré hasta desenmascararlo.

11

La biblioteca de los libros rescatados

Sevilla, lunes 20 de febrero de 2012

Julia Soler, después de que Frederick Wharton se marchara, revisó el correo que la secretaria le había dejado en la mesa. Cartas del banco con recibos y facturas eran el pan de cada día. Le extrañó encontrar un sobre sepia con su nombre y dirección escritos a mano, sin matasellos. Nada figuraba en el remite. Al abrirlo encontró una nota también manuscrita en papel del mismo color.

«Señorita Soler, soy un amigo del duque. Es muy importante que parlemos con usted. Como ya le advertí el sábado, día de nuestro fallido encuentro, corre un gran peligro. Debe confiar en mí, pues soy el único que puede ayudarla, pero tenemos que ser precavidos. Venga esta tarde a las cuatro en punto a la librería Nueva Luz, sita en la calle Gloria, número 7. Pregunte al dependiente por el libro Manual del aprendiz, de Aldo Lavagnini, y dígame que va de parte del maestro que enseña con su mera presencia.

Recuerde repetir la frase al pie de la letra y tómese en serio este aviso. Hay mucho en juego, no solo su vida y la de otras personas, también están en riesgo los cimientos de la humanidad».

A Julia Soler se le cortó el aliento. Un punzante escalofrío se deslizó por su espalda y su mente se embotó unos instantes. Recordó al hombre con sombrero y capa que días antes se le acercó y que no pudo seguir debido al

accidente de bicicleta. La impresión que le causaban las palabras de aquella carta, la paralizaban, el misterio que encerraban le despertaba la curiosidad y las dudas sobre qué hacer revolotearon por encima de su cabeza durante varias horas. Pensó en llamar a Diego y hablarle del asunto, pero descartó la idea, después de todo ¿cómo podría ayudarla él?

Tomó un pequeño aperitivo en el bar de al lado de su oficina. A las quince treinta horas paró un taxi y se dirigió a la librería. El impulso que la guiaba era más fuerte que cualquier razonamiento, más firme que las dudas y desconfianzas que le ocasionaba aquello; le nacía de alguna parte recóndita de su ser, de las vísceras, del corazón o del alma.

La librería era pequeña y de aspecto antiguo. Varios estantes de madera oscura adornaban las paredes y las ocultaban. Al entrar se paró a observar los lomos de los libros. Los primeros versaban sobre esoterismo y cuestiones paranormales, los siguientes títulos hacían referencia a Filosofía y a Teología, a continuación se hallaban los de Historia del Arte, más adelante, los de Historia Antigua y contiguos a ellos los de Ética y Sociología; algunos parecían ser reliquias del pasado. Al fondo se encontraba el mostrador, también de madera, del mismo tono que las estanterías, y detrás de él, un joven con gafas redondas, rostro sombrío y un flequillo que le lamía la frente. Iba trajeado como si fuese Domingo de Ramos. Sentía la mirada del hombre fija en ella.

—Si me dice qué busca, podré ayudarla. —Ofreció Gael Martín saliendo de detrás del mostrador.

—Busco el *Manual del aprendiz*, de Aldo Lavagnini. Vengo de parte del maestro que enseña con su mera presencia.

Escuchar ese título y esa frase en labios de aquella señorita le causó cierto asombro, no tenía el mismo aspecto de las personas que solían preguntar por él, pero se repuso con rapidez del desconcierto, se ajustó las gafas que se le resbalaban y enseguida la hizo pasar a la parte de atrás, después de colgar el letrero de cerrado, correr las cortinas y echar la llave de la puerta.

Cogió un par de libros de una de las estanterías y tras meter la mano en el espacio que quedó al descubierto, pulsó un interruptor. La estantería se despegó de la pared y Gael Martín la desplazó hacia adelante con un leve tirón. Apareció detrás una puerta pequeña que daba paso a lo que parecía un laberinto de galerías. Los pasillos se entrecruzaban, giraban sobre sí mismos y se perdían en la distancia. El dependiente iba primero, en silencio, con un candil encendido. Llevaba otro apagado. A medida que se adentraba en el lugar, abría una brecha en las tinieblas y la oscuridad que un segundo antes lo

dominaba todo, desaparecía unos metros y luego volvía a enterrar aquellos muros en la más absoluta negrura.

—¿Adónde conducen estos túneles? —preguntó la detective en un intento de hacer menos espeluznante el recorrido.

—Al vientre de la Tierra. Bajaremos unos trescientos metros —se limitó a responder el joven que no parecía amigo de las charlas.

Julia Soler sentía un frío conocido, uno que le traía malos recuerdos, que tal vez la avisara de que se estaba metiendo en la boca de un cocodrilo. Conforme descendían, la temperatura caía algunos grados, pero luego comenzó a elevarse de nuevo. Olía a humedad y a herrumbre. El aire se enrarecía a cada paso. Ella tenía la sensación de que el tiempo se ralentizaba. Hasta que por fin llegaron a otra puerta, de hierro oxidado, y Gael Martín tras impulsarla se paró en la entrada, delante de la investigadora.

Ante ellos se abrió un espacio enorme, en el que no se divisaba el final, con varias escalinatas rocosas dispuestas en distintos ángulos y techos tan altos como el cielo, sostenidos por columnas dóricas que se abrían para formar un dibujo que asemejaba palmeras. En cada columna se apoyaba un candil de luz azulada, como faros fijos dispersaban la luminosidad de modo uniforme y conferían al recinto aspecto de templo. Julia, detrás del guía, solo veía una parte; suficiente para que contemplara atónita aquella maravilla. Tuvo la sensación de estar en presencia de un lugar milenario y sagrado, donde el tiempo hubiese dejado de existir.

—Señor, tiene visita —dijo Gael al hombre que estaba dentro—. Señorita puede pasar —comunicó a Julia Soler—, le dejo el candil para la vuelta.

—No creo que sola sepa regresar, cualquiera que no conozca este laberinto puede perderse —afirmó la detective con la voz temblorosa y giró con la mano derecha el anillo que ceñía el dedo corazón de su mano izquierda.

—Yo la acompañaré, será un placer conducirla hasta la salida y disfrutar un rato más de su delicada presencia —declaró la voz que procedía de la enorme gruta—. Permita que me presente como corresponde, soy Elián Mansilla, un gran amigo del duque, diría que casi un hermano, no de sangre, pero sí de alma —anunció el librero que se aproximó a la puerta—. Por favor, entre y tome asiento. Gracias, Gael. —Despidió al ayudante.

La investigadora obedeció sin dejar de mirar a los ojos a aquel personaje que parecía rescatado de otra época. Observó un brillo pétreo en su mirada, como si la vida faltara en ella. La palidez del rostro y la extrema delgadez que padecía le llamó la atención, parecía un ser enfermizo que de un momento a

otro fuera a caer desvanecido. No le había dado esa impresión el día que la asaltó en la calle. Tal vez la penumbra del lugar y el misterio que lo envolvía acentuaran ese aspecto mórbido.

—¿Dónde estamos? Este sitio parece...

—Está en la Biblioteca de los Libros Rescatados, aquellos que fueron perseguidos para ser extinguidos por gente que los creía nocivos, los que a lo largo de la historia, por una u otra razón, trataron de hacer desaparecer y que, gracias a la divina providencia y a unos cuantos valientes, se salvaron del fuego o de las aguas. Son libros que se creen perdidos. Como comprenderá, esta biblioteca es única en el mundo, conocida solo por un muy reducido grupo de personas. Hoy tiene usted el honor de ingresar en esta distinguida élite y espero que no me provea de motivos para arrepentirme de tal muestra de confianza. Pero ahora no tengo tiempo de parlamentar de estos temas, hay asuntos más urgentes que solventar.

—Dígame a qué se debe tanto misterio —disparó la investigadora con firmeza, tratando de aparentar seguridad.

—Lo que estoy obligado a decirle requiere una solemne promesa de silencio. Nunca debe repetir a nadie lo que escuche ni desvelar que existe un santuario de Letras Rescatadas en las entrañas de la Tierra —exigió Elián Mansilla con ese aire enigmático que le caracterizaba.

—Ya sabe que soy detective y que guardaré el secreto, cualquiera que sea, a no ser que me confiese que ha matado a alguien, porque en ese caso mi cometido es denunciarlo. Supongo que algo confiará en mí cuando me ha traído hasta aquí.

—Alabo su sinceridad. Por supuesto que no he matado a nadie y menos al duque, si es lo que sospecha. La he hecho venir por todo lo contrario, para evitar más muertes y facilitar en especial que los asesinos de mi querido y admirado amigo sean detenidos y juzgados. Hay actos que no deben quedar impunes. No tengo más remedio que confiar en usted y espero que la confianza sea mutua.

—¿Asesinos? ¿Qué sabe de la muerte del duque?

—Antes de informarla, repita estas palabras. —Elián Mansilla le tendió un libro abierto y le pidió que leyera el párrafo señalado en él. Julia Soler leyó en voz alta.

—Prometo por mi honor guardar secreto y proteger el legado que me otorga la Orden de la Rosa Roja. Si traiciono el juramento, mi lengua se caerá a trozos, la locura invadirá mi mente, la Muerte robará mi aliento y me llevará ante el Maligno.

Julia sintió subir el blanco a sus mejillas. Pronunciar aquellas palabras la conmocionó. Cada una de ellas aparentaba tener vida propia, parecía vibrar en sus labios, retumbarle en el pecho y circular por la corriente sanguínea hasta grabarse en sus células. Estaba segura de que ignorarlas tendría nefastas consecuencias. Cerró el libro y se lo devolvió al hombre misterioso tratando de recuperar la compostura. No iba a permitir que el miedo le jugara una mala pasada y menos que él lo notara.

—Si cumple la promesa, nada tiene que temer —aseguró Elián Mansilla, como si hubiese adivinado sus sentimientos—. Ahora tome esta moneda, la protegerá y será un salvoconducto indispensable si se topa con uno de nosotros, pero custódiela bien, la delatará frente a nuestros enemigos. —Julia Soler la cogió y descubrió en ella el mismo grabado del dibujo que había hecho Ariadna Wharton del anillo de su padre. Hizo el amago de hablar, pero Elián Mansilla le pidió que guardara silencio situando sobre sus labios el dedo índice en vertical—. Debo remontarme muchos años atrás. En concreto a mil novecientos ochenta y nueve, cuando el duque solo tenía cuarenta y dos años. ¿Ha oído hablar de la Orden de la Rosa Roja, señorita Soler?

—Nunca, es la primera vez que escucho ese nombre, pero supongo que será una secta religiosa.

—No, nada de sectas. Es una institución sagrada, milenaria, que protege a la humanidad del Maligno y de sus acólitos, que cuida de la Verdad. Es nuestro mayor tesoro y...

Elián Mansilla comenzó a toser. Era una tos estridente y seca que le impedía seguir hablando. Tras reponerse un poco continuó.

—En realidad lo que a usted le interesa saber es quiénes mataron al duque. Ha sido una gran traición y como todas las traiciones, siempre vienen de manos de los más allegados... —Elián Mansilla se paró un segundo y carraspeó—. Es muy triste, pero así...

De nuevo apareció la tos interrumpiendo la confesión del misterioso hombre del sombrero. El aire le faltaba como si unas garras invisibles le apretasen el cuello. La garganta le ardía y el rostro se le tornaba azulado. Se golpeó el pecho en un intento de que el oxígeno le entrase en los pulmones. Se revolvió en la silla, con agonía, preso de múltiples convulsiones. Julia Soler se levantó bastante preocupada y se colocó tras él, le dio unas palmadas en la espalda y, viendo que nada resolvía, repitió la operación con más ímpetu.

—Elián, ¿qué le ocurre? ¡Por Dios, inspire! No se me ahogue, hombre.

De pronto, el amigo del duque dejó de toser, hizo un último intento de coger algo del bolsillo de la chaqueta y, apenas sacó la mano torcida enfundada en un guante negro, cayó de golpe sobre el tapete de la mesa. La inmovilidad total del librero anunció que la Muerte había ganado la batalla. La detective le tomó el pulso y confirmó el terrible suceso. Tenía los ojos rojos, las pupilas dilatadas y los labios azulados. Tras acercarse a olerle la boca detectó un sutil olor a almendras amargas por lo que sospechó que lo habían envenenado con cianuro. Era el primer cadáver que encontraba con aquellos síntomas, pero durante su formación había estudiado algunos tipos de envenenamiento. Sabía que una buena dosis de cianuro era mortal y que la ingestión de la cantidad precisa actuaba en menos de media hora.

Estuvo un buen rato petrificada, tan estática como Elián Mansilla, con la mente en blanco y sin saber qué hacer, sobrecogida por la situación. Cuando pudo reaccionar, hizo varias fotos del cadáver con el móvil. Entonces observó que tenía algo en la mano. Era una tarjeta de visita. En ella figuraban los datos de León Bermejo. «¿León Bermejo?» se preguntó Julia Soler. «Es el mismo nombre que me dio Ariadna, uno de los supuestos protectores según su padre», rumió en sus adentros. «¿Qué tendrá que ver Elián con él? No me va a quedar más remedio que visitarlo, si es que consigo salir de aquí», continuó hablándose a sí misma.

Intentó buscar en Google el teléfono de la librería para avisar a Gael, pero a aquel subterráneo no llegaba la cobertura. Cogió el candil y una de las libretas que reposaban sobre la mesa. Recorrió los lóbregos pasillos temblando como una niña pequeña que teme a la oscuridad. Iba dejando trozos de papel en el camino para, en caso de no encontrar la salida, al menos poder regresar al punto de partida y darse cuenta de si pasaba dos veces por el mismo sitio. En más de una ocasión tropezó con ellos. Las paredes de roca supuraban humedad y se estrechaban en algunos tramos dándole la impresión de que tenían vida propia y trataban de atraparla. El oxígeno se enrarecía o escaseaba, o eran sus pulmones los que tenían dificultad para retenerlo. La frialdad la invadía y la mirada se le helaba. La luz vaporosa del candil bailaba al compás de sus pasos y proyectaba sombras que se le antojaban espectros. Silencios de niebla percutían sus oídos, y su mente también se nublaba.

Le parecía imposible que aquello le estuviese ocurriendo. Deseaba que solo fuese una terrible pesadilla. No entendía por qué el destino se empeñaba en condenarla al encierro y la oscuridad. Ya lo sufrió de sobra en el colegio interno donde se crio, por culpa de aquellas monjas endemoniadas que la castigaban cada dos por tres, y en el anterior caso en el que había trabajado

con el comisario Jiménez. Maldecía el momento en el que se le ocurrió aceptar la cita de Elián Mansilla y en especial el encargo de investigar la muerte del duque, porque cada vez estaba más claro que un lúgubre misterio rodeaba el fallecimiento. Las dudas sobre la teoría de Ariadna Wharton empezaban a disiparse en ese ambiente enrarecido. Cada vez todo apuntaba más a que el duque fue asesinado. Pero tampoco podía creer la confesión del amigo de Christofer Wharton sin ninguna prueba ni atinaba a comprender qué se escondía detrás de esas muertes.

12

El abad

Vimbodí, Tarragona, lunes 9 de enero de 1989

El duque y Elián Mansilla subieron al coche que esperaba en las inmediaciones del convento. La niebla se había disipado un poco, pero todavía acariciaba las montañas de Prades, los viñedos y los álamos que rodeaban al monasterio. El chófer los trasladó hasta el Castell de Riudabella. Mientras estacionaba el vehículo, Christofer Wharton y Elián Mansilla atravesaron la fortificación por uno de los arcos románicos que conducía a la entrada y se detuvieron delante del gran mostrador que ocupaba el fondo del vestíbulo. El chico de recepción, con su particular uniforme rojo, los atendió con diligencia.

—Tres habitaciones individuales —pidió Christofer.

El recepcionista lo miró extrañado. Pensó que se equivocaba porque delante de él solo estaban presentes un par de personas y ello no se correspondía con el número tres que había pronunciado el cliente.

—Disculpe, querrá decir dos.

—Tres. Ha oído bien, otra es para el chófer que está fuera aparcando el vehículo.

—Solo disponemos de apartamentos, los hay de varios tamaños, la mayoría con dos habitaciones, pero tenemos uno ideal para los señores, de ciento veinte metros cuadrados, con tres dormitorios, cocina, dos baños, y sala de estar con chimenea.

—Si no hay más remedio. —Aceptó el duque sin mucha convicción.

Después de darles la llave, el recepcionista les facilitó un plano en el que les indicó los monumentos que podrían interesarles conocer, explicando además las cualidades de cada uno con detalle. No era época de recibir muchos turistas y la amabilidad, que siempre mantenía, en esta ocasión la exhibía con más ahínco.

—Mejor que salgan con un paraguas, hay muchas probabilidades de que llueva fuerte a eso de medio día —aconsejó el muchacho.

—No hemos traído —alegó el duque.

—Hay un bazar en el pueblo, mire, justo aquí —señaló el joven en el mapa.

—¿Es posible desayunar todavía?

—Por supuesto, hasta las doce servimos desayunos. Al fondo, a mano derecha se encuentra el restaurante. Y si quieren almorzar aquí, les recomiendo que prueben nuestros vinos, son selectos.

Ambos hombres siguieron las indicaciones del recepcionista. Elián Mansilla iba admirando la arquitectura del castillo, los techos de madera, las ventanas románicas, las insignias históricas que decoraban las paredes. Imaginaba a los nobles que en otra época habrían pisado el mismo suelo.

Tras entrar en el restaurante y pedir dos cafés y unos *croissants*, Christofer Wharton encendió un puro. Estaba desanimado y algo ofuscado, le molestaba que sus planes se torcieran y tener que retrasar el cónclave previsto para siete días más tarde, en el que, por fin, se cumpliría el sueño que llevaba años acariciando: ocupar el cargo de Gran Maestro de forma oficial. Desde que fundó la Orden de la Rosa Roja, lo ejercía de modo provisional. Hacía un mes que se habían celebrado elecciones y, aunque se presentaron varios candidatos, él salió elegido por mayoría casi absoluta. Quería llevar el sello que lo identificaba como superior de la logia y anunciar que el preciado libro obraba en su poder. Sería un gran logro y motivo de admiración entre los miembros. Y era evidente que no podría consumir su deseo.

Elián Mansilla, que lo conocía demasiado bien, trataba de darle ánimos y apoyo.

—Confía en Dios, sabe que protegemos su Verdad y estará de nuestro lado. Tendrás tiempo de sobra, Christofer, un día más o menos no alterará nada. Mañana se resolverá el enigma, estoy seguro. Y si hay que retrasar la reunión tampoco es tan grave. Lides más embarazosas tendremos que enfrentar en la vida y saldremos victoriosos como los valientes templarios que nos precedieron en esta honorable misión.

—Es muy importante para mí recuperar los restos de mi ancestro. Me temo que esta complicación dará al traste con mis planes. Me parece muy raro que nadie se haya ocupado de restaurar la tumba, máxime siendo alguien de tanta relevancia.

—Bueno, es cierto que la Iglesia no siempre ha estado a nuestro lado. Tal vez, al enterarse de que el duque era masón lo desterraron de su seno. Aunque

ya sabemos que en sus filas hay miembros que se venden al mejor postor. Esperemos que el abad sea uno de ellos y, frente a un buen fajo de billetes, se muestre colaborador y diligente.

—No me fio de él.

—Se ha molestado en buscar el manuscrito... No recuerdo el nombre. A veces mi memoria se encasquilla, no sé qué haré cuando llegue a esa edad en que la cabeza se nos vuelve nieve. —Rio Elián—. El libro ese de los enterramientos. Y nos ha dado un convincente argumento.

—No, querido amigo, no suelo dejarme llevar por la intuición, pero...

El duque se interrumpió ante la llegada de la camarera. Traía una bandeja con los desayunos y tras dejarlos en la mesa les deseo *bon profit*.

—Creo que el clérigo estuvo complaciente hasta que miró el *Pallida Mors*, algo vio en él que no nos dijo. Estoy seguro. Es una certeza de esas que no pueden explicarse, que la razón no acierta a comprender, que no anida en la mente sino que incumbe a todo el ser.

—¿Y qué piensas que oculta?

—No lo sé, pero de un modo u otro lo averiguaré.

Tras el desayuno salieron a dar un paseo por el pueblo. El duque le concedió al chófer un par de horas libres y le ordenó que más tarde se acercara a recogerlos a la puerta del bazar indicado por el chico de recepción.

La niebla había desaparecido, pero las nubes negras cristalizaban en el cielo y un viento helado azotaba las calles. Apenas se veía tráfico. Las avenidas aparecían casi desiertas como si las gentes del pueblo se escondiesen de ellos.

Después de que el duque y Elián Mansilla salieran del monasterio, el abad hizo una llamada telefónica al cardenal Balbino Abascal. Gracias a él obtuvo aquel puesto de relevancia y siempre que le surgía alguna duda o vislumbraba algún posible conflicto le consultaba. La anotación que figuraba en el *Pallida Mors* al lado del nombre del duque Philip Wharton lo desconcertó, por lo que prefirió mentir a los visitantes y asegurarse de que no metía la pata.

Tras ponerle al tanto de la visita de Christofer Wharton y de la petición que había hecho, el cardenal Balbino le dio orden expresa de que le negara cualquier tipo de aclaración sobre el familiar.

—¿Qué daño puede hacernos que le informe de que su antecesor fue separado de la Iglesia?

—Nunca se sabe, mejor ser precavidos.

—Pero no creo que...

—Debe bastarle saber que nos perjudicaría. Y si da más problemas avíseme de nuevo, yo sabré cómo solucionarlo.

—Creo que no se conformará. Hará cualquier cosa para ponernos en evidencia y dañar nuestra imagen pública, estoy seguro.

—No se preocupe. Yo me encargo. Poco podrá hacer, pero por si acaso estaré alerta.

—Es un hombre poderoso, un duque nada menos, y se le nota en el aspecto y en la actitud que está acostumbrado a salirse con la suya —replicó el religioso.

—Pues esta vez será la primera que no lo consiga. No hay nadie con más poder que la Iglesia.

El laberinto de túneles

Sevilla, lunes 20 de febrero de 2012

La oscuridad reinaba en los túneles. Un olor a mazmorra navegaba en el aire. La humedad ascendía por los muros de piedra hasta invadir los pulmones de Julia. Le castañeaban los dientes, no de frío sino de miedo. Intentó de nuevo utilizar el móvil, por si en alguna zona de aquel subterráneo había cobertura; sin resultado. Cansada de dar vueltas por el laberinto de galerías, regresó a la Biblioteca de los Libros Rescatados por el camino sembrado de papeles. Le resultaba imposible escapar de allí y pensó que si Gael se extrañaba al no verlos salir, tal vez bajase a averiguar qué pasaba, o que si alguien se acercaba hasta la enorme catacumba, a consultar un libro o a buscar a Elián, solo la encontraría si permanecía en aquella sala o en sus proximidades.

Imaginaba toda suerte de catástrofes y desgracias. Pensaba que podrían culparla de la muerte del librero, que el peligro del que él trataba de avisarla seguía siendo un misterio y una amenaza, y sobre todo que la sed o el hambre acabarían con ella.

Después de esperar más de dos horas a que el dependiente, ante la extrañeza de no verlos salir, fuese a averiguar qué había ocurrido, o cualquier otra persona apareciera por allí, decidió actuar. Cogió uno de los candiles y lo apagó, luego, en la puerta de la habitación, golpeó con él los muros confiando en que alguien escuchase el sonido de los impactos. Cada porrazo lo acompañaba de un grito pidiendo ayuda. Repitió la operación, incansable, hasta quedar exhausta. No era frecuente que se rindiese ante las dificultades, pero no se le ocurría qué más podía hacer.

Tras descansar un buen rato y decidir armarse de paciencia, se acercó a las estanterías y leyó varios lomos de los volúmenes que estas contenían, entre ellos halló libros pertenecientes a la Casa de la Sabiduría en Bagdad y algunos títulos de especial relevancia: *Los Códices mayas*. *Los poemas de Safo*. *El Libro de las Crónicas de los Reyes de Israel*. *El Evangelio de la víspera*.

Sobre la construcción de esferas, de Arquímedes. La trilogía *Aquileida*, de Esquilo. Abría los ejemplares y los hojeaba. Percibía las diferentes caligrafías, los distintos idiomas, las desiguales texturas, e inhalaba el aroma a papel vetusto que todos compartían. Se recreaba en las inigualables ilustraciones que la seducían y la transportaban a épocas remotas. Algunos tenían las pastas quemadas e incluso numerosas páginas aparecían chamuscadas, por lo que solo se distinguían aquellas partes que lograron rehuir el fuego. El reloj detuvo las horas y Julia Soler, entre admiración y sorpresa, se olvidó del reciente suceso. Parecía que esos libros ejercían un influjo misterioso y sobrenatural en ella.

El lugar la atraía con un magnetismo anómalo. Y la detective se adentraba en aquel espacio donde no se intuía el final y la multitud de manuscritos, que se creían perdidos, se iban haciendo presentes a medida que la luz del candil impactaba en los lomos. Se sentía acompañada como si aquellos códices la arropasen y quisieran desterrar su soledad. Ensimismada, envuelta en esa especie de magia literaria, no se dio cuenta de que el día había pasado. Ni siquiera tuvo consciencia de sus necesidades orgánicas y casi no se entera de la llegada de Gael Martín.

A las nueve de la noche apareció el dependiente.

—¡Dios mío! ¿Qué le ocurre? ¡Elián! ¡Elián! —gritó el hombre y zarandeó el cuerpo del librero.

Al escuchar los gritos, la detective soltó el libro que estaba hojeando y con presura regresó adonde se hallaba el muerto.

—¿Qué le ha hecho? ¡Lo ha matado! —la acusó el muchacho mirándola con ojos de estupor.

—¡Menos mal que ha venido! Por supuesto que no he sido yo. Creo que lo han envenenado. Apenas llevábamos hablando unos minutos cuando comenzó a toser y a convulsionar y cayó sobre la mesa como un plomo. Trataba de advertirme de un peligro e informarme de quiénes mataron al duque Christofer Wharton. Tiene que decirme todo lo que sepa. No he sido capaz de encontrar la salida. Mire, me dio esta moneda.

—Poco puedo decirle yo.

—Supongo que usted también pertenece a la Orden de la Rosa Roja.

—¿Qué sabe de ella?

—Casi nada, solo lo que me dijo Elián Mansilla, que es una institución sagrada y milenaria. Hasta hoy no había escuchado ese nombre.

Gael Martín la miró con un brillo inexorable en los ojos, que revelaba desconfianza. Se quedó pensativo unos minutos, se acercó al Gran Inquisidor

y observó su rostro con detenimiento.

—¿Por qué dice que lo han envenenado?

—Hay síntomas propios del envenenamiento con cianuro: labios azulados, ojos rojos... Soy detective e investigo la muerte del duque Christofer Wharton. Elián Mansilla se puso en contacto conmigo para darme información. Mire, me envió esta nota. Tiene que creerme.

Gael Martín dudó si coger la carta. Miraba con fijeza a la investigadora, como si quisiera descubrir en su rostro la confirmación de sus sospechas. Por fin se decidió a leerla. Parece que lo que decía lo tranquilizó en relación a los celos que le había provocado Julia Soler.

—Pertenezco a la orden y ocupo el cargo de Caballero de Oriente y Occidente correspondiente al grado diecisiete. Aún estoy lejos de la cúspide, por lo que las enseñanzas a las que accedo son limitadas, pero he demostrado con creces mi fidelidad y por ello me han confiado este trabajo en la librería y la custodia del secreto de la Biblioteca de los Libros Rescatados. Solo unos cuantos elegidos lo compartimos. Nada sé sobre la muerte del duque, nuestro Gran Maestro, ni conozco lo que Elián Mansilla, el Gran Inquisidor, iba a contarle. Puedo ponerla en contacto con León Bermejo, el Ilustre y Venerable Maestro, él tal vez sepa algo. Esa moneda le servirá para que la atienda. Venga, salgamos de aquí y haré una llamada.

—¿Y el cadáver?

—Después nos ocuparemos de él. Le haremos desaparecer, no es conveniente que nadie sepa de su muerte y menos que alguien más conozca este lugar, supongo que le habrá advertido Elián —conjeturó el joven indicando con un gesto de cabeza al fallecido.

—Hice el juramento, no debe preocuparse por mí. ¿A qué hora llegó aquí?

—¿Se refiere a mí o al difunto? —A pesar de que el joven estaba afectado por la muerte del librero, mantenía una actitud fría, inexpresiva, y un talante parsimonioso.

—Al fallecido, por supuesto.

—La precedió en unos quince minutos.

—¿Y sabe dónde y con quién estuvo antes?

—No. Permaneció poco rato arriba y apenas hablamos.

—Sería importante saberlo para descubrir al asesino.

Fue fácil salir de allí con Gael como guía. En cuanto estuvieron en la librería este marcó un número en el teléfono y explicó lo ocurrido al hombre que se encontraba al otro lado del hilo telefónico. Luego se dirigió a Julia Soler.

—Venga el jueves a las cinco de la tarde. Le he concertado una cita con León Bermejo.

—¿No podría ser antes? Dese cuenta de la urgencia que...

—Lo entiendo, pero lamentándolo mucho es imposible, León Bermejo tiene que hacer un largo viaje para verse con usted, vive en Madrid, pero ahora está fuera de España y además deberá tomar precauciones, si han asesinado al Gran Maestro y al Gran Inquisidor, es muy probable que su vida también corra peligro.

La tumba de Philip Wharton

Monasterio de Poblet, martes 10 de enero de 1989

A las nueve de la mañana de aquel día, el duque y Elián Mansilla llamaron de nuevo a la aldaba de la puerta del monasterio. Llovía con furia y la tormenta dibujaba en el cielo culebrinas resplandecientes que parecían viajar a una velocidad imposible para luego desaparecer como espectros. El monje blanco que les abrió, los hizo pasar de inmediato al atrio abovedado y se excusó de parte del abad por no poder atenderlos.

—Hemos revisado las lápidas extramuros y en ninguna figura el nombre que busca —informó el fraile al duque.

—¿Entonces dónde están los restos de mi familiar? La custodia es responsabilidad de este monasterio —acusó Christofer Wharton, con la voz alterada y evidentes signos de enfado.

—Pues... la verdad es que no tenemos ni idea —balbuceó el monje.

—¡No nos marcharemos de aquí sin ver al abad! Tiene que darnos muchas explicaciones —gritó el duque.

—No dejes que la alteración se adueñe de tu temple —aconsejó Elián Mansilla al amigo—. Supongo que al monasterio, insigne institución de plegaria y recato, no le agradarán los escándalos, ¿verdad, hermano? —amenazó al religioso—. Si el abad no consiente en atendernos, hágale saber que la prensa dará voz a nuestra petición. Somos hombres poderosos y no flaquearemos en el empeño de destruir por completo la reputación de esta santa abadía.

—Esperen aquí, transmitiré su amenaza a mi superior.

El fraile se adentró con presura en los pasillos del beaterio, un tanto nervioso porque tenía un carácter débil y asustadizo, no era amigo de disputas y aquella actitud intimidatoria despertaba en él miedos poco conocidos.

Los minutos pasaban y el cisterciense no volvía. El duque se impacientaba, caminaba por la estancia de un lado a otro lleno de indignación.

Le recordaba a Elián Mansilla que ya se lo había advertido, que el prelado escondía algo y no era hombre en el que se pudiera confiar. La furia que sentía aumentaba por momentos y la descargaba golpeando la pared y vociferando maldiciones. Elián Mansilla le rodeó los hombros y trató de apaciguarlo, sabía de los ataques de ira de Christofer Wharton, no era la primera vez que lo veía de ese modo.

—Deja de golpear, solo conseguirás hacerte daño. En toda batalla es mejor una buena estrategia que un arrebató pasional. Si te parece bien, yo me encargaré del asunto.

Antes de que al duque le diese tiempo de responder apareció el abad acompañado de seis monjes de gran corpulencia.

—Señor Wharton, lamento que se haya enojado. Estaba oficiando la misa y como comprenderá no iba a dejarla a medias. Puedo asegurarle que hemos mirado una por una las lápidas de cada tumba. Su antecesor no está aquí y no sé más de lo que le expliqué ayer. Fueron muchos los restos que desaparecieron durante el siglo en el que estuvo abandonado el monasterio. No es responsabilidad nuestra lo que ocurrió en aquella época. Espero que pueda entenderlo. Y ahora, si me disculpan, debo continuar con mis tareas.

—No crea que se va a librar tan fácil de mí, esto no quedará así. Esas mansas palabras esconden al lobo que hay detrás de ellas —soltó el duque, impidiendo que Elián llevase las riendas de la conversación como le había pedido.

—Dios nos protege de toda amenaza, él siempre está con nosotros. Ojalá que ilumine su razón —contestó el religioso—. Por favor, márchense.

—Sí, vámonos, Christofer. Aquí no vamos a conseguir nada por ahora.

Los dos hombres salieron de la abadía, el duque haciendo aspavientos y Elián Mansilla, recto como una pértiga, destilando dignidad en cada uno de sus pasos, parecía él el noble y el amigo el plebeyo. La lluvia les mordió la cara mientras abrían los paraguas y el cielo tronó con saña, casi tanta como la que contenía Christofer Wharton.

—¿Te has fijado en su mirada afilada? Contradecía sus palabras. Esa aparente parsimonia al hablar era solo una máscara —arguyó el duque.

—Oculto algo, ahora lo veo claro, pero con la ayuda de Dios lo descubriremos, no te quepa duda —afirmó Elián Mansilla.

15

El Adagio de Albinoni

Sevilla, martes 21 de febrero de 2012

A las nueve de la mañana, Julia Soler se reunía de nuevo con Ariadna Wharton. Esta la había llamado muy temprano y pedido que se acercara a su vivienda con urgencia. No quiso darle explicaciones por teléfono.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó la detective en cuanto entró en la habitación donde Ariadna Wharton la esperaba; la misma de la vez anterior. Ambas se hallaban de pie, una frente a la otra, detrás de la puerta que cerró con llave la duquesa.

—Anoche salí a dar un paseo y tuve la sensación de que me vigilaban. Me asusté y apresuré el paso, pero entonces un hombre, al que no pude ver el rostro, se colocó a unos metros de mí y me siguió hasta la esquina de mi calle.

—¿Está segura de que la seguía?

—Por completo. Todavía tiemblo, casi no he podido dormir en toda la noche y cuando he conciliado el sueño, he tenido una pesadilla horrible. — Ariadna Wharton miraba a Julia Soler esperando ver en sus ojos la confirmación de que la creía.

—Describe al hombre.

—Ya le digo que no le vi la cara. Llevaba un anorak con la capucha puesta, de color oscuro. Era un poco más alto que yo, ni gordo ni flaco. Tiene que creerme. —La duquesa se llevó las manos a la cara y comenzó a llorar. La investigadora le apoyó una mano en el brazo en un intento de consolarla y, de inmediato, Ariadna Wharton se pegó a su cuerpo y refugió la cabeza bajo su hombro como una niña indefensa que buscara protección.

La detective dudó un instante qué hacer. Creía que debía mantener ciertas distancias con los clientes y el contacto humano solía ponerla tensa. Sin embargo se dejó llevar por la ternura que le inspiraba la joven. La abrazó y le acarició el pelo.

—Aquí no hay peligro. Cálmese. —Procuraba tranquilizarla Julia. Ariadna se apretó contra ella y buscó sus labios. Se produjo un largo beso. Luego la investigadora se separó. Estaba conmocionada, confusa y estremecida.

—No me abandones —pidió Ariadna Wharton.

—Esto no ha debido pasar.

—No lo lamente.

—No puedo permitirme tener relaciones íntimas con los clientes, perdería mi objetividad.

—Te necesito.

Ariadna Wharton se le acercó de nuevo y la rodeó con los brazos. La besaba en el cuello, en las mejillas, en la frente, en los labios.

—Por favor, no sigas. —Se resistía la detective con poca convicción. Una lucha feroz se producía entre lo que sentía, lo que le apetecía hacer, y lo que la mente le aconsejaba.

La duquesa no hacía caso de la petición de Julia Soler. La niña indefensa que parecía segundos antes dejó paso a una mujer voluptuosa, segura de sí misma, poderosa en sus gestos sensuales y en sus caricias. Introdujo las manos por debajo del chaleco de Julia y apretó su piel en la cintura. El cuerpo de la joven encajaba en el suyo con perfección. De estatura media, era algo más baja que la detective. La calidez que desprendía la embrujaba y la sumergía en un fogoso estado de excitación. Julia Soler continuaba batallando en sus adentros. El deseo imperioso de disfrutar del placer que le causaba el contacto de Ariadna Wharton competía con su razón. Incluso la intuición le advertía de los peligros de dejarse llevar por aquella aventura. Reunió todas sus fuerzas y apartó a la duquesa con brusquedad.

—Si vuelve a suceder dejaré el caso. Por favor, abra la puerta.

—No te vayas... Tienes que ayudarme. Prometo que respetaré tu decisión, créeme. —Ariadna Wharton se refugió en una esquina del sofá, dobló las rodillas, las rodeó con los brazos, entrelazó las manos y apoyó la barbilla en ellas. Una mirada dubitativa e implorante asomó a sus ojos.

—¿Me ha hecho venir para esto? ¿Ha sido todo una invención?

—Lo que te he contado es verdad. Tienes que creerme. Lo demás... Me he dejado llevar por mis impulsos.

La investigadora tomó asiento en la otra esquina, giró con la mano derecha el anillo que ceñía el dedo corazón de su mano izquierda y respiró profundo. Todavía estaba agitada y sentía el órgano amoroso latirle en el pecho como un poseso.

—¿Conoce a un tal Elián Mansilla?

—Sí, es un amigo de mi padre. Al menos tutéame, por favor —respondió la duquesa con la dulce voz de que hacía gala cuando quería.

—Prefiero no hacerlo. Dígame qué sabe de él.

—Pues eso. Vino a darme el pésame el día de la incineración, entonces no recordé su nombre, por lo aturdida que me sentía. Quería hablar conmigo, pero yo no estaba para charlas. Ha visitado varias veces mi casa y ha cenado con nosotros un par de noches. Me parecía un tipo raro, muy callado, y en mi opinión desentonaba con mi padre, en especial por la indumentaria y el lenguaje rebuscado que usaba. Y un día, que se hallaba con él en el despacho, mi papá me llamó y me dijo: «Cuando yo falte él te cuidará como a una hija junto a León Bermejo, ambos te protegerán siempre». Lo recuerdo con exactitud porque me sorprendieron sus palabras. Entonces el hombre me hizo una especie de reverencia inclinando la cabeza y contestó: «Lo prometo». Eso hará unos seis meses.

—Me temo que no podrá cumplir la promesa. Ha sido asesinado.

—¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Tiene que ver con la muerte de mi padre? ¿Eso apoya mi teoría? —preguntaba sin parar Ariadna presa de un desasosiego obvio.

—Aún no lo sé, pero es todo muy extraño. —Julia Soler no quiso darle más información, creyó que no necesitaba saber que su progenitor era Gran Maestro de la Orden de la Rosa Roja y que los dos protectores también pertenecían a esa organización. Tal vez saberlo la afectase más de lo que ya estaba y de un modo instintivo una parte de su ser, casi de forma autónoma, decidió cuidarla.

Ariadna Wharton se dirigió a la puerta de la habitación y giró la llave. Salió al pasillo y pidió a Julia Soler que la acompañara. Entró en el estudio y se sentó al piano. La detective, que la había seguido, permaneció de pie, apoyada en la pared, cerca de la salida.

—Quiero dedicarte esta pieza.

—No creo que sea conveniente.

La duquesa deslizó los dedos por las teclas con una delicadeza extrema, con un virtuosismo sublime. La música del *Adagio de Albinoni* se elevó en la atmósfera. Cada nota penetraba por los poros de la piel de Julia, que se erizaba de emoción. Ariadna Wharton parecía abandonar su cuerpo y trasladarse a algún lugar lejano, fuera de esta dimensión, como si la envolviera un halo mágico que difuminase su contorno. La melodía lograba

que se olvidara de sí misma durante unos instantes, que casi desapareciera. Al terminar, se volvió hacia la detective.

—¿Te ha gustado?

—Mucho. Eres... una gran pianista. La música me amansa como a las fieras, me trae recuerdos de mis padres y... —se interrumpió la detective. Estaba a punto de hablarle de su vida, de cómo fue feliz junto a su familia, del modo en que la perdió, de cuánto le gustaba de niña escuchar a su padre tocar la guitarra, y del sufrimiento que vivió en el orfanato—. Me encanta el *Adagio* de *Albinoni*.

—Debo aclararte que en realidad esta composición no es de Tomaso Albinoni sino de Remo Giazotto y se compuso en 1945. La pieza que he tocado para ti... es mi forma de decirte que te quiero.

—Pues gracias por el esclarecimiento, pero en relación a tu última frase te diré que no me conoces de nada y soy mucho mayor que tú.

—La edad no importa y conocerte no es necesario. El amor es pura química, al igual que la música. Escucho el *Adagio* y me emociono, te miro y siento que te amo. Mi sangre se inunda de dopamina al verte, de oxitocina y serotonina, danza en mis venas al ritmo de un *Allegro molto* y bombea mi corazón sin pausa. Nada puedo hacer contra eso. Y a ti también te ocurre, lo sé aunque lo niegues. Te muestras fuerte y segura, pero creo que debajo de tu caparazón se esconde una mujer sensible. Me gustaría que la dejases salir —Ariadna Wharton hablaba con firmeza, con ímpetu, con la energía propia de una conquistadora. Su espalda recta, su barbilla alta, conferían a su postura una altivez y una dignidad que contrastaban con esa otra actitud de mujer indefensa. La detective seguía conmocionada, extrañada de sus propios sentimientos. La duquesa tenía la habilidad de confundirla, de hacerla sentir perdida e insegura.

—No estoy de acuerdo. El amor necesita tiempo, complicidad, confianza. Esto solo es un capricho tuyo. Y da igual lo que yo sienta, estoy aquí para investigar la muerte de tu padre. —A medida que hablaba, Julia Soler se daba cuenta de que había comenzado a tutearla, no sabía cuándo, y ya era tarde para volver atrás, pero también de que recuperaba un poco de entereza—. No hablaremos más de este tema.

Julia se aproximó al piano y vio un libro en una mesita baja que se hallaba al lado.

—¿Te gusta leer? —Se interesó.

—Es mi segunda pasión después de la música. Prefiero la literatura romántica, pero este lo he elegido porque habla del comisario Jiménez, del

último caso que investigó. Aún voy por el principio y ya me tiene enganchada. Trata de una serie de asesinatos. Es un *thriller*. Se llama *Miradas de humo*. No conocía a la autora, Pilar González, y me alegro de leerlo porque me está encantando su pluma. —La duquesa cogió el ejemplar y se lo entregó a Julia Soler por si quería hojearlo.

—¡Será posible! ¡Han escrito un libro sobre él y no me ha dicho nada! — exclamó la detective entre sorprendida y agraviada. Observó la cubierta y luego en el dorso leyó la sinopsis. Era obvio que se trataba del caso que investigaron juntos. Por un lado esperaba que no la mencionase y por otro la enfurecía que se obviara su intervención y sobre todo que Diego se lo hubiese ocultado.

—Pareces molesta.

—Incuestionable, Ariadna. De este tema tampoco se hablará más. —Y en efecto Julia Soler dio un giro completo a la conversación para evitar que sus sentimientos siguieran exhibiéndose en público sin su consentimiento—. Quiero aprovechar mi visita para entrevistar a tu primo y a la empleada que encontró muerto a tu padre.

—Hablar es lo de menos, ¿hablar o callar? El mutismo no acalla los gritos internos. Después de cada nota hay un silencio, necesario en toda melodía. La música del amor danza en tus ojos, en tus manos y en tus labios sellados. — Ariadna Wharton comenzó a bailar, giraba con los brazos extendidos emulando los pasos de un vals. Su comportamiento no tenía sentido, pero algo desconocido puso en funcionamiento el resorte que la convertía en otra persona.

—He dicho que quiero entrevistar a tu primo.

—Mi primo Thomas, mi primo Thomas... —tarareaba mientras trezaba el aire con su coreografía.

—Está bien, preguntaré al servicio ya que tú pasas de mí —declaró la detective y salió de la habitación.

Una mezcla de sensaciones agitaban a Julia Soler y los pensamientos se le atropellaban. Se arrepentía de no haber puesto límite a la duquesa con más premura. La confundían sus cambios repentinos. Esos besos tendría que haberlos evitado, pensaba. ¿Qué clase de profesional se permitía mantener contacto íntimo con un cliente?, se reprochaba. ¿Cómo afectaría el suceso a su objetividad? Y, sobre todo, evitaba hacerse las preguntas que en verdad la preocupaban: ¿Fingía Ariadna estar trastornada o tenía razón Frederick cuando decía que su hermana era una loca? ¿Sería en realidad una asesina?

16

El plan

Madrid, martes 10 de enero de 1989

Madrid asemejaba un enjambre de coches. Una sinfonía disonante se elevaba en la atmósfera y el trajín de los vehículos pintaba la ciudad de un color estridente que contrastaba con el gris plomizo del cielo. Mientras unos tocaban el claxon por la lentitud de los de delante, otros bajaban las ventanillas y vociferaban toda clase de insultos.

En el automóvil del duque nadie se inmutaba, parecían estatuas de hielo. La anterior furia de Christofer Wharton se había transformado en obsesión. Iba ideando estrategias para vengarse del abad, tal como Elián Mansilla le sugirió horas antes, pero la ofuscación le impedía hallar un plan perfecto. Uno que además de resarcirle de la humillación le llevara hasta los restos de su ancestro. El amigo, que le conocía bien, intuyó que nada bueno le rondaba la cabeza.

—No le des más vueltas, Christofer. No recomiendo a nadie convertirse en peonza a menos que quiera meditar igual que un derviche. Rumiar es propio de animales y nunca sirve a elevados propósitos. Ya verás cómo la solución llega sola.

—Jamás he visto que algo se arregle por arte de magia.

—A veces es necesario ver los problemas desde fuera. Tomar la distancia suficiente y observarlos con objetividad. La excesiva implicación no es buena consejera y cuatro ojos ven más que dos, dice el refrán.

—No te entiendo. Aclárate.

—Pero si está muy claro, nítido como el horizonte en un día de sol. Te indico que en ocasiones hay que pedir ayuda, y esta es una de ellas. Dejar el orgullo de lado y investirmos de un poco de humildad no es un mal tan grave, al contrario, puede considerarse un gran signo de sabiduría.

—¿Pedir ayuda a quién? Hoy tengo que sacarte las palabras con un sacacorchos. ¿Quieres hablar con claridad de una vez por todas o es que no te

atreves?

—Creo que el que está espeso eres tú, amigo magnánimo. Te animo a que alguien externo pero no foráneo, tan solo de la periferia, se ocupe de la cuestión. Y no quisiera señalar a nadie en concreto, porque la decisión solo te atañe a ti y dilucidar a quien prestar la confianza no es moco de pavo, pero seguro que León Bermejo te dará buenas ideas. Es excelente consejero. Nada pierdes por hablar con él.

El duque se quedó pensativo. Una vez más debía reconocer que Elián Mansilla tenía razón. Era demasiado orgulloso para pedir ayuda. Su carácter dominante y su posición le hacían sentirse un hombre poderoso, a veces más de lo que en realidad era.

Tras bajar del coche y acomodarse en la *suite* presidencial del hotel Tres Flores de Lis, lugar donde se hospedaban siempre que iban a Madrid y en el que mantenían las reuniones de la Rosa Roja, preparó un par de copas de *whisky*.

—Toma, Elián. Vamos a entrar en calor. Este frío me pulveriza los huesos como si fuese un molinillo. —Christofer Wharton olfateó la copa y tomó un sorbo—. Tengo que reconocer que has dado en el clavo.

—¿A qué te refieres?

—En cuanto termine este trago llamaré a León Bermejo. Él sabrá qué hacer. Debo empezar a reconocer mis límites y a delegar, eso aligerará mis problemas. Me has quitado un gran peso de encima, amigo.

—Me alegro. Es lo mejor. Su pericia no tiene parangón. Siempre lo he admirado. Y a veces pienso que, si no tuvieras otros planes, sería un extraordinario sucesor.

—Lo sé, pero eso ya está decidido, y también le honra no haberse opuesto. Es digno de agradecer.

El duque saboreó el líquido amarillento y dejó la copa sobre el mostrador del minibar que ocupaba un testero de la sala principal de la *suite*. Se dirigió al dormitorio y tras sacar una pequeña agenda de la maleta, llamó a León Bermejo, a quien le unía una relación cordial por ser el segundo de a bordo en la Orden de la Rosa Roja; ocupaba el cargo de Sublime Príncipe del Real Secreto, aunque también le llamaban Ilustre Maestro. Le contó lo sucedido y le pidió ayuda para descubrir qué le estaba ocultando el clérigo del monasterio de Poblet, dónde podría encontrarse la tumba de su antepasado y, en especial, qué había ocurrido con lo que se escondió en ella. León Bermejo tenía una mente lúcida, un cerebro prodigioso que le permitía prever la jugada

de cualquier opositor como en una partida de ajedrez, pero su mayor baza era que poseía, hasta en el infierno, contactos influyentes.

—Te advertí que la Iglesia no lo pondría fácil. El Gran Maestro Philip Wharton es todo un símbolo de la masonería. Y estoy seguro de que, esa institución todopoderosa, posee el anillo y el libro que se guardó en la tumba. Quién sabe si no han descubierto ya los misterios que encierra el *Iesus Nazarenius*. Además tu visita los habrá puesto sobre aviso y tomarán medidas, no te quepa duda.

—Sí, me lo advertiste, pero tenía que intentarlo. Pensaba que, tal vez, no supiesen nada de lo que encubría el ataúd. Lo único que me alivia la furia es saber que a ellos de nada les servirá el croquis que contiene el libro, aunque hayan desvelado el gran secreto, sin la clave que solo nosotros conocemos jamás hallarán el codiciado tesoro. Estoy deseando tener en mis manos ese bendito manuscrito, percibir la textura de las tapas, contemplar sus letras y por supuesto ver el fantástico mapa que dibujó María Magdalena.

—No los infravalores, disponen de medios insospechados. Pero ahora lo importante es averiguar qué ha sido del anillo y del libro. Yo también me emociono solo de imaginar que pudiese verlo, palparlo, sentir su aroma. Te recomiendo contratar a Santini Ricci. Fue miembro del SISMI, los Servicios Secretos Militares italianos. Es el mejor espía que conozco y habrás oído hablar de él, ya nos ha prestado servicios en alguna ocasión, eso sí, en otras logias extranjeras. Tiene mil caras porque es un experto en disfrazarse. Nadie le gana haciendo falsificaciones e infiltrándose en los sitios más insospechados.

—Sí, lo conozco de oídas, pero no me gusta acudir a él. Se vende al mejor postor y no termino de fiarme. Creo que cuando trabajaba como espía para el gobierno de Italia tenía buena reputación y parecía ser leal. Ahora no le hace ascos a nadie, igual lo contrata la mafia rusa que una multinacional, clientes adinerados, *lobbies*, administraciones de distintos países e incluso el ejército. ¿Quién nos dice que no nos traicionaría? La Iglesia también podría comprarlo. Su poder político y financiero es ilimitado. Estaremos por entero en sus manos.

—Es cierto que ahora trabaja de modo independiente, pero pertenece a nuestra orden en Italia. No nos fallará. Quédate tranquilo.

—Apenas ha alcanzado el segundo grado de compañero. Su compromiso todavía es débil.

—Si no te fías de él, al menos confía en mí, sé lo que te digo. Sabrá infiltrarse en el lugar adecuado y obtendrá la información que necesitamos.

Puede que hasta nos traiga lo que nos han robado. Y piensa que peor de lo que ya estamos, no estaremos.

—Espero que no te equivoques.

—Si es así asumiré toda la responsabilidad. Anota el teléfono.

Después de colgar, el duque estuvo bastante rato dudando, sopesando ventajas e inconvenientes de la propuesta de León Bermejo. Confiaba por completo en él, pero contratar a un espía le inquietaba, y más a Santini Ricci, por lo que conocía de él. Si los traicionaba, quizá perdieran para siempre la posibilidad de recuperar esos objetos tan valiosos y jamás se lo perdonaría, pero tampoco sabía cómo dar con ellos de ningún otro modo. Tras varias horas de cavilación, por fin decidió llamarlo. El duque marcó el número de Santini Ricci y le preguntó por el precio de sus servicios.

—Depende del asunto. Si me explica qué necesita, podré darle una tarifa ajustada. No es lo mismo cometer un robo que un asesinato o conseguir información de relevancia —manifestó con un excelente acento español.

—No es conveniente explicarlo por teléfono. ¿Cuándo podemos vernos?

—Christofer Wharton se negó a desvelar de qué se trataba, necesitaba tenerlo enfrente y verle la cara cuando le diera los datos.

—Por mí mañana mismo. Si le viene bien, a las cuatro de la tarde le espero en la Maison Bertaux de Londres.

—Creía que vivía en Italia. Había pensado que se desplazara usted a Madrid si no le resulta inoportuno.

—Hace tiempo que me fui de Italia. Y por supuesto no me importa viajar, pero debe adelantarme la cantidad suficiente para cubrir gastos de viaje, dietas y los honorarios de un par de días de trabajo.

—Eso no es problema.

—De acuerdo. Le aviso cuando sepa la fecha del vuelo y el presupuesto exacto del adelanto.

—Si puede ser hoy, se lo agradeceré, es urgente.

Tras colgar el teléfono, el duque sintió una mezcla de satisfacción e incertidumbre. ¿Había tomado la decisión correcta o tendría que arrepentirse de ella? ¿Conseguiría Santini Ricci encontrar lo que tanto anhelaban? Y si era así ¿lo devolvería o lo vendería al mejor postor?

Buscando a Thomas Wharton

Sevilla, martes 21 de febrero de 2012

Mientras Julia Soler se dirigía a la planta baja en busca de Thomas Wharton, se topó con el administrador.

—Señorita Soler, no la esperaba aquí. Iba a llamarla ahora para saber si ha averiguado algo de la muerte del duque. Voy a ver a la señorita Ariadna y quiero darle alguna noticia, pero... tal vez ya se la ha dado usted —refirió Bruno Arjona sorprendido por la presencia de Julia y con una mueca de fastidio en el rostro. La idea de que esa impertinente mujer se lo saltaba a piola lo frustraba sobremanera.

—No se preocupe, en efecto acabo de hablar con ella y la he puesto al tanto del asunto.

—¿Ha encontrado alguna pista que sustente la versión de la duquesa?

—Todavía no he reunido datos suficientes —se limitó a decir Julia Soler y pretendió continuar hacia la escalera, pero Bruno Arjona parecía tener interés en proseguir la conversación.

—Ya. Supongo que debe ser complicado indagar este tipo de casos. La verdad es que me causa curiosidad su trabajo.

—Pues no posee nada de particular y ahora tampoco tengo tiempo de aclaraciones. Voy en busca del servicio para preguntar dónde puedo hallar a Thomas, quizá usted lo sepa.

—No. Acabo de llegar y no lo he visto. ¿No pensará que él ha tenido algo que...?

—No pienso nada, señor Arjona. Bueno, sí, que es raro que esté aquí tan temprano.

—Yo podría decirle lo mismo.

—Necesito el número de teléfono de Thomas, si lo tiene me ahorrará buscar a las limpiadoras. —Regresó la investigadora al tema que le interesaba ignorando el envite de Bruno Arjona.

—Anote —dijo el administrador en un tono brusco y bastante contrariado, tras buscar en los contactos del móvil. Se apreció que le daba el número con desgana. Le facilitó el de la empresa y obvió darle el personal, porque no iba a ponerle las cosas fáciles a esa engreída.

—Si me disculpa... —contestó la detective queriendo dar por finalizada la charla.

—Tengo la impresión de que no le caigo bien —confesó el administrador. Julia Soler que había empezado a caminar se paró en seco y se volvió hacia él.

—¿Por qué piensa eso?

—Me ha parecido brusca y esquiva conmigo desde el primer día.

—Ya le dije en una ocasión que nunca se fie de las apariencias. Le aseguro que no es algo personal, digamos que tengo pocas habilidades sociales.

—Pues creo que me evita.

—Deben ser figuraciones tuyas.

Ariadna Wharton apareció en el pasillo en ese instante, interrumpiendo la conversación que mantenían el administrador y la investigadora.

—¿Has encontrado a Thomas? Veo que no —ironizó dirigiéndose a Julia y se apartó el flequillo de la frente con un gesto coqueto—. Hola, Bruno, tienes suerte de que la detective Soler te dirija la palabra, es un poco hosca, pero ya te habrás dado cuenta, ¿verdad? —continuó la duquesa con el tono de sarcasmo.

—Ahí tiene la prueba de lo que le decía. Incuestionable —afirmó Julia Soler y se marchó.

En la planta baja encontró a una de las sirvientas a la que preguntó por Thomas Wharton. Esta la informó de que a esas horas era muy probable que el señorito estuviese en las oficinas de la agencia de inversiones, pero no podía confirmarlo.

—Tú eres Roberta, si no me equivoco.

—Así es, para lo que necesite aquí me tiene. —Se ofreció la joven con el tono dulce de voz que era usual en ella.

—Me gustaría hablar con Pepa. Tengo entendido que fue quien encontró al duque en el despacho.

—Así es. Fue un impacto terrible para la pobre. Si espera aquí, le digo que venga.

Se alejó la joven y entró en la sala que servía de alacena. Al instante llegó Pepa un poco azorada.

—Me ha dicho Roberta que me busca.

—Me gustaría que me diera detalles de lo que recuerde del día fatídico.

La mujer se llevó la mano al pecho. El simple recuerdo de aquel día le hacía sentir una presión que le impedía respirar con soltura.

—Fui al despacho a limpiar. Llamé y empujé la puerta. Al abrirla... lo vi. Estaba en su sillón. Había sangre en su cara y una pistola en el suelo. Me llevé un susto que... Más grande que si me hubiese zarandeado un terremoto. Solo pude gritar. Estuve un rato allí parada, al filo de la puerta, gritando, incapaz de moverme. En cuanto reaccioné, eché a correr. Me puse malísima. Y esa imagen no me la puedo quitar de la mollera. La tengo aquí grabada, aquí —se indicó Pepa la cabeza con el dedo.

—¿No hubo algo más que le llamara la atención?

—¿Le parece poco? Todo mi interés se centraba en él. No podía apartar la vista de esa escena.

—Me han dicho que el duque cerraba siempre el despacho al salir y que solo permitía la limpieza cuando estaba presente.

—Le han dicho bien porque así era. Si él no hubiese estado dentro ese día, yo no habría podido abrir. Además nunca nos dejaba retirar los libros de las estanterías para limpiarlos a fondo, solo podíamos usar el plumero, al igual que con la lámpara del techo. Se quedaba de pie al lado de la puerta vigilándonos y dándonos órdenes de lo que quería que adecentáramos. «Quita el polvo de mi mesa», decía unas veces. «Hoy solo barre y limpia el suelo», «esos cristales necesitan un poco de agua», indicaba otras. La verdad que me parecía raro que se metiera en esos menesteres, pero tenía muchas manías y consideré que esta era una más.

—¿Qué clase de manías?

—Pues había que servir las comidas siempre a la misma hora, ni un minuto más ni uno menos. Todas las noches bajaba a la piscina desnudo, con un traje gris en la mano, al salir del agua se vestía y entraba en la capilla, se encerraba en ella hasta las doce en punto y luego se acostaba. Cuando salía de viaje, nunca decía adónde iba ni cuánto tiempo estaría fuera. Y luego, lo de la limpieza de su despacho, en fin, era un hombre extraño.

—¿Y de la duquesa qué piensa?

—La señorita... Es una magnífica pianista. —Se notó que no quería dar mucha información sobre Ariadna, parecía temer algo.

—Eso ya lo sé, me refiero a su carácter.

—Es una joven voluble.

Julia Soler, en vista de que no iba a conseguir sacarle mucho más, dio las gracias a Pepa, salió de la vivienda y en la puerta llamó al primo de Ariadna Wharton.

—Agencia de inversiones White Rose, dígame —respondió una voz joven.

—¿Thomas Wharton?

—El señorito Wharton está en una reunión, ¿quién le llama?

—¿A qué hora estará disponible?

—Si me dice su nombre, le pasaré una nota cuando termine.

—¿Puede darme el número personal de Thomas?

—No dispongo de esa información, pero déjeme el recado. La telefonaré en cuanto pueda.

—No es necesario, lo llamaré más tarde.

Maldito administrador, se dijo Julia para sí. Volvió sobre sus pasos enfurecida y subió a la habitación de Ariadna Wharton. Encontró allí a Bruno Arjona junto a la duquesa. Ambos parecían ensimismados leyendo unos documentos que el administrador le mostraba. Ella al verla en la puerta le sonrió.

—¿Me has echado de menos? Seguro que sí. Sabía que no podrías estar sin mí. Esperaba que regresaras, pero la verdad, me sorprende que haya sido tan pronto —dijo con sorna.

—Necesito el número del teléfono personal de Thomas.

—¡Vaya chasco! Y yo que creía que volvías por mí.

—¡No tengo humor para bromas! —soltó con contundencia y elevando la voz.

—Me parece que eso no es nada raro.

—Yo se lo daré, detective Soler. —Se ofreció el administrador que comenzaba a sentirse incómodo con la actitud de Ariadna Wharton y presentía que la furia de la investigadora, de un momento a otro, emanaría como la lava de un volcán en erupción. En menos de un segundo buscó el número, lo anotó en la parte trasera de una de sus tarjetas de visita y se la entregó.

—Desde luego que no me pone usted las cosas fáciles, si me hubiese dado antes los dos números no estaría aquí todavía. ¿Disfruta haciéndome perder el tiempo, señor administrador? —se quejó Julia Soler con gran malhumor, pero conteniendo las ganas de estrangular al tipo y no dándole opción a responder porque de inmediato se dio la vuelta y, tras salir de la habitación, cerró la puerta de un portazo.

18

El contrato

Madrid, viernes 13 de enero de 1989

En el café Gijón esperaba Santini Ricci al duque. Él mismo hizo la propuesta porque era un bar que conocía, y además le sugirió que así los confundirían con literatos. El italiano se había pedido un capuchino y el fino bigote que le caracterizaba se le llenó de espuma. Cogió una servilleta y se limpió. Era un hombre calvo de mediana edad, alto y un tanto estirado. En la mejilla izquierda, cerca del labio lucía una cicatriz ancha y larga. Para ser reconocido se colocó un pañuelo rojo en el bolsillo de la chaqueta negra. La gabardina gris que solía usar la dejó apoyada en el respaldo de una silla, la dobló con minuciosidad para evitar que cualquier molesta arruguilla se instalase en ella.

Observaba a través del ventanal cómo la lluvia tomaba fuerza y golpeaba los cristales con furia. Se alegró de haber llegado minutos antes, los suficientes para no mojarse. Tomó un sorbo del líquido cálido y saboreó el amargor del café. Nunca le ponía azúcar. Sacó la pitillera y extrajo un cigarro negro. Le dio al filtro de la boquilla unos golpecitos en la mesa antes de encenderlo. Aspiró una larga bocanada de humo y abrió el periódico que cogió de la silla de al lado. Comenzó a leer las noticias de portada con soltura. Dominaba el idioma español y lo leía a la perfección, y también el inglés, el alemán, y por supuesto el italiano, su lengua natal.

El duque entró algo empapado a pesar del paraguas con el que se cubrió del aguacero. Tras cerrarlo, buscó la señal que identificaba al espía. Lo divisó en la tercera mesa de la derecha. Se acercó apresurado y le tendió la mano. Un apretón enérgico evidenció la relación que se establecería entre ellos. El italiano se disculpó por no haber podido viajar antes, aunque en realidad fue problema de los vuelos.

—Veo que el agua no ha tenido ningún miramiento con usted. Le recomiendo que beba algo caliente —sugirió Santini al verle chorreando.

—Sí, me ha caído encima un buen chaparrón. Tomaré una copa que me haga entrar en calor, hace un frío de muerte —confirmó Christofer Wharton a la vez que retiraba una de las sillas y se sentaba.

El italiano levantó la mano y el camarero se aproximó de inmediato. El duque pidió un *whisky* doble y luego explicó con parsimonia lo sucedido con el abad del monasterio de Poblet, con las reliquias del antepasado y en especial con el pequeño libro rojo, el *Iesus Nazareus*, y el anillo azul con el que fue enterrado Philip Wharton. Luego sacó unos documentos de un maletín, en el que figuraban con detalle los servicios que requería. Ya venían con su firma, pero el recuadro donde debía constar el importe de los honorarios seguía en blanco. Extrajo también una pluma para que Santini Ricci los rubricara.

—Eso debe romperlo o mejor quemarlo. No es conveniente que haya vestigios de nuestro acuerdo. Mis contratos son verbales. Mi palabra vale tanto como mi firma.

—Disculpe es la primera vez que... Soy un hombre de negocios y acostumbro a sellar los acuerdos por escrito.

—Lo comprendo, pero asuntos de este tipo quedan en el anonimato. De hecho, no existe ningún trato, ni hemos hablado nunca, ni siquiera me conoce. ¿Ha traído el adelanto?

El duque volvió a meter la mano en el maletín y cogió un sobre acolchado, lo puso encima de la mesa y se lo acercó al italiano.

—Será como diga. Esto es un anticipo. ¿Cree que podrá averiguar algo de lo que necesito?

—No tenga duda —aseguró Santini Ricci mientras abría el sobre y calculaba el importe que contenía. Eran dos tacos de billetes de mil dólares—. Pronto le daré un presupuesto aproximado, el total depende del tiempo que requiera y de los riesgos, si tengo que eliminar a alguien aumentará considerablemente.

—Sí, lo entiendo, pero me gustaría que me dijera una cantidad lo antes posible. Aunque el dinero no es problema, comprenda también que necesito saber cuánto me costará. ¿Cuándo podré saber algo de sus pesquisas?

—Lo lamento, como le decía, hasta que no finalice el trabajo no podré informarle del coste y cuanto menos contacto tengamos mejor. Evitaremos las llamadas telefónicas. En caso de que surja algún imprevisto o tenga algo importante que decirle utilizaré un teléfono público, pero si no hay novedades, nos volveremos a ver aquí mismo dentro de un mes, a la misma hora.

—¡Un mes! Esperaba que fuese antes. No tengo tanto tiempo. Nuestra organización se reúne en cónclave el próximo lunes. Pretendía disponer al menos del anillo para ese día.

—La Iglesia es un hueso duro de roer. No puedo aventurarme a establecer una fecha exacta. Me temo que la próxima reunión será solo informativa.

—¿Cómo va a proceder? ¿Tiene ya un plan?

—Lo tengo.

—Me gustaría conocerlo y...

—Cuanto menos sepa mejor. Lo único que debe importarle es que en la próxima cita traiga buenas noticias. Incluso si mi plan para obtener la información funcionara, necesitaré mucho más tiempo. Recuperar las reliquias no será fácil. Ahora descríbame el libro y el anillo de forma pormenorizada.

—Es un manuscrito con las cubiertas rojas cosidas, gruesas, de piel envejecida, de unos doce centímetros de alto, ocho de ancho y con el lomo bastante abultado. También contiene una especie de ilustración en la portada que parece una estrella de David. En el interior lleva por título *Iesus Nazarenus*. Es muy valioso para nosotros. El anillo es un sello de plata, casi circular, con nuestro símbolo: el grabado azul de un compás invertido, abierto noventa grados, y debajo de él puede observarse una escuadra en forma de V. Las dos figuras forman un rombo y en el centro del mismo contiene la letra G.

—Sí, como imagino que sabe, conozco el símbolo.

—Me temo que para encontrarlos primero tendrá que acceder a un manuscrito que se halla en la biblioteca del monasterio de Poblet, fue el que consultó el abad, se llama *Pallida Mors* y en él debe figurar alguna anotación relativa a los restos de mi ancestro y, con suerte, información sobre lo que se ocultó en la tumba.

—¿Y qué interés tiene la Iglesia en el anillo y en el *Iesus Nazarenus*?

—En el sello no sé, pero siempre han tenido el temor de que divulguemos las enseñanzas que se describen en el libro, ya que contradicen su doctrina. Desvelar los secretos sacaría a la luz las grandes mentiras que han inculcado a la humanidad durante tantos siglos —expuso el duque ocultando parte de la información.

—Hay muchos manuscritos que lo hacen, algo tendrá ese de especial.

—Haría tambalear sus cimientos.

—Perdone, pero no lo entiendo. Sigo sin ver la diferencia con otros que son de dominio público. Creo que me oculta algo. Para hacer bien mi trabajo necesito conocer a fondo los detalles.

—Le aseguro que le digo todo lo que sé. Tenga en cuenta que nunca he visto el libro, solo conozco lo que me transmitió el anterior Gran Maestro cuando adquirí el grado treinta y uno. El *Iesus Nazareus* fue enterrado en la tumba del duque de Philip Wharton, un ancestro mío, de eso hace más de dos siglos.

—Sí, eso ya me lo ha dicho.

—En aquella época los miembros de mi organización, que también es la suya si no me equivoco —enfaticó el duque—, quisieron esconderlo de la Iglesia que le seguía la pista. La Logia, que entonces se llamaba Gran Oriente de España, se dividió, luego se fusionó una parte y he tenido el honor de refundar la otra a la que le hemos dado el nombre de Orden de la Rosa Roja, como ya sabe. Estamos tratando de proporcionarle el esplendor que se merece y solo queremos recuperar lo que es nuestro. Y esto que le digo es confidencial, es información que se adquiere al llegar al trigésimo primer grado —continuó mintiendo el duque o al menos diciendo una verdad a medias.

—Quédese tranquilo, ya le he dicho que esta conversación no existe. Nada de lo que hablemos saldrá de aquí. Ahora no actúo como un miembro de la Rosa Roja sino en calidad de espía, pero pondré todo mi empeño y más si cabe al tratarse de un asunto que atañe a nuestra organización.

—Me alegra escuchar sus palabras.

—¿No ha pensado que podría tenerlos en su poder el Gran Oriente de España?

—Es algo que también temía, pero tendrían que haber solicitado al monasterio los restos de mi ancestro y al no tener vínculos con él es imposible que hubiesen logrado el objetivo. Además, de ser así el abad habría dado muestras de ello. Después de la visita al monasterio mis temores se evaporaron por completo.

—¿Y si la Iglesia hubiese destruido el libro? Sería lo lógico teniendo en cuenta que no le interesa que se conozca su contenido.

El duque dudó la respuesta, no esperaba esa pregunta comprometedor. Evidenciaría que había mentido sobre lo que sabía del texto si alegaba que eso no sería posible, porque era la primera interesada en descubrir el secreto que guardaba el *Iesus Nazareus*.

—Sí, lo pienso, pero albergó la esperanza de que su valor histórico los haya impulsado a conservarlo —mintió de nuevo Christofer Wharton.

—Bien, pues nos toca mover ficha.

—Recuerde, el *Pallida Mors*, el libro de los enterramientos del monasterio de Poblet, es el que debe buscar primero, confío en que contenga alguna pista que le lleve a encontrar las reliquias que nos robaron: el anillo azul y el manuscrito *Iesus Nazareus*, este último tiene las tapas rojas.

—Sí, duque, no tiene que recordarme nada, soy un profesional. Pero eso ya lo sabe, de otro modo no me hubiese contratado.

19

Visita a Aracena

Sevilla, miércoles 22 de febrero de 2012

Thomas Wharton se encontraba en la finca de Aracena. Cuando el día anterior habló por teléfono con la detective le aclaró que la secretaria siempre alegaba que estaba en una reunión aunque no fuese cierto. Fue a la propiedad del tío, ahora de la prima, porque tenía que resolver un problema relacionado con el corcho que fabricaban allí y, de camino, pensaba disfrutar de unas jornadas deportivas realizando algunas de la muchas rutas de senderismo que surcaban el lugar.

Julia Soler acordó visitarle el miércoles. A las ocho en punto de la mañana, el vehículo de la investigadora atravesaba la N-433 en dirección a Aracena, que, a partir del kilómetro treinta y ocho, se hallaba salpicada de curvas. Pisó el freno para aminorar la marcha y no le respondió. El coche iba adquiriendo velocidad y ella perdía el control sobre el mismo. Pisó de nuevo el freno, pero este seguía sin funcionar. Repitió la operación una y otra vez, con ahínco, con insistencia, pero todo fue inútil. Comenzó a ponerse nerviosa, la respiración se le agitó y temió por su vida. Agarró el volante con vigor y disminuyó la marcha; de quinta pasó a cuarta, después a tercera y luego a segunda. Esperaba que esa maniobra le diera resultado, pero la pendiente abajo en la que acababa de entrar no se alió con ella. Apenas pudo reducir a 60 km/h.

La siguiente curva era muy cerrada y una señal de tráfico indicaba que la velocidad máxima permitida no debía sobrepasar los 40 km/h. A la izquierda se abría un abismo en la misma línea donde terminaba el asfaltado. La vía, demasiado estrecha, ni siquiera disponía de arcén. El quitamiedos no evitó que el desfiladero se erigiera protagonista en las pupilas de Julia Soler. Y, justo antes de salirse de la curva, vio en la mente, como en una película, las volteretas del coche, el impacto contra el árbol que amortiguó la caída, su cuerpo magullado, ensangrentado, y sus ojos abiertos, fijos, sin vida.

Un acto reflejo impidió que aquella visión se hiciera realidad: la detective tiró con todas las fuerzas del freno de mano. El coche paró en seco y giró como una peonza. Ella se golpeó la cabeza contra la ventanilla. Tuvo suerte de que ningún vehículo viniera por el carril contrario porque lo invadió por completo, pero topó contra la pared de roca que flanqueaba ese lado de la carretera. El capó del automóvil se arrugó como un acordeón. El airbag saltó. El cinturón se le clavó en el pecho. Su respiración pareció paralizarse. Un dolor agudo se le agarró al esternón. De la frente le brotaba un chorro de sangre, escandalosa, que le inundaba un ojo y le impedía ver con claridad, pero solo se trataba de una pequeña brecha. Un humo denso y negruzco procedente del motor entintaba el aire.

La investigadora bajó del vehículo con la mayor rapidez que pudo, sacó del maletero el triángulo de advertencia y, casi tambaleándose, lo colocó en la vía. Aún le costaba respirar y un tenue mareo la embargaba. El cuerpo dolorido comenzó a hacerse notar. Con dificultad caminó unos pasos hasta el final de la pared rocosa y encontró un saliente de terreno cubierto de hierba y matorrales donde se sentó. Observó el estado del automóvil. De inmediato pensó que no había sido algo fortuito. Luego llamó a emergencias. Mientras esperaba, un vehículo paró casi al lado de Julia. Una mujer bajó de él y le ofreció ayuda. Buscó en la guantera unos pañuelos y cogió una botella de agua. Con cuidado limpió el rostro y la herida de Julia Soler.

—¡Dios mío, tiene suerte de estar viva! Tal como ha quedado el coche es un milagro que solo tenga esta brecha y esos rasguños —comentó la buena samaritana.

—Sí, debo sentirme afortunada. Muchas gracias por su auxilio. No todo el mundo se hubiese molestado en...

—No es nada. Solo hago lo que me gustaría que me hicieran a mí en una situación de este tipo. ¿Le duele? —preguntó la mujer mientras pasaba el pañuelo empapado en agua por la frente de la detective.

—Puedo aguantar. No se preocupe.

—El susto que se habrá llevado...

—¡Mayúsculo! Todavía lo tengo metido en el cuerpo. Mire. —Alzó Julia Soler el brazo para mostrar cómo le temblaba la mano.

—No me extraña. ¿Hace mucho rato que ocurrió el accidente?

—Un instante antes de que usted pasara. Menos mal que ha parado.

—Es que no quiero ni imaginar que me hubiese pasado a mí. Además sola. En estos casos un poco de compañía es el mejor calmante.

La mujer se despidió en cuanto llegó la ambulancia. Esta venía acompañada de una patrulla de atestados de la Guardia Civil y apenas tardaron veinte minutos desde que Julia Soler avisó. El enfermero cosió la herida y la animó a desplazarse al hospital para hacerle las pertinentes pruebas.

—De verdad que no es necesario. Me encuentro bien. Solo ha sido este pequeño golpe y el susto.

—Siempre es mejor descartar que no haya heridas internas.

—Se lo agradezco, pero si las hubiera lo sabría.

—No crea, a veces los porrazos son muy traicioneros y por ello es conveniente asegurarse. Yo le aconsejo, ahora quien decide si viene o no con nosotros es usted.

—Solo necesito un analgésico para el dolor. Quédese tranquilo.

—Está bien, pero debe firmar aquí. —El sanitario le facilitó un bolígrafo y un documento—. Es su renuncia a acudir al hospital.

Los agentes habían estado mientras inspeccionando el coche y, en cuanto Julia Soler fue atendida, la interrogaron.

—Díganos qué ha pasado.

—Eso quisiera saber yo, los frenos no han respondido. Menos mal que no circulaba a mucha velocidad, pero la pendiente por poco me juega una mala pasada.

—Tenemos que hacerle la prueba del alcohol y el test de consumo de estupefacientes. Sople aquí —anunció el guardia y le ofreció una boquilla y un aparato para medir la cantidad de esas sustancias en sangre.

La detective obedeció sin rechistar, comprendía que el guardia debía comprobar su estado.

—Perfecto, da cero. Ahora impregne este chupete con saliva.

Tras unos minutos, el agente obtenía el resultado de negativo en cocaína, heroína, cannabis, anfetaminas y metanfetaminas.

—Todo correcto. ¿Desde cuándo no le hace una revisión al coche? —preguntó el otro agente.

—Justo la semana pasada estuve en la ITV y la pasó sin problemas. —Sin esperar a que se lo pidieran cogió la documentación del coche y la entregó. El agente la inspeccionó.

—Pues debe tener una fuga que no ha sido detectada. Llame al seguro para que la grúa lo recoja y lo lleve al taller que prefiera. Y si quiere, la podemos acercar adonde nos diga.

—No se moleste, el seguro me cubre un taxi o un coche alternativo.

La grúa, quince minutos después, llegó con un turismo sustituto que bajó del remolque, le proporcionó a Julia Soler los documentos reglamentarios y cargó el vehículo dañado. La detective pidió que lo llevaran a Sevilla, al taller oficial de la Renault.

—¿Cree que podrá conducir? —Se interesó el hombre al ver la herida de la frente y las magulladuras que Julia presentaba.

—Eso espero.

El calmante que le dieron hizo efecto de inmediato. Apenas sentía dolor. Puso un *wasap* a Thomas Wharton comunicándole el retraso y continuó el viaje con precaución. Las manos todavía le temblaban. Y la idea de que habían intentado matarla no dejaba de oprimirla.

Unos cuarenta minutos más tarde se adentró en la calle principal del pueblo, en dirección a Alájar, y a pocos metros de la salida enfiló un camino de albero señalado con un letrero en el que se leía:

CARRIL DE TORBA

El polvo del sendero se elevaba tiñendo el aire de un amarillo sucio. La detective cerró las ventanillas. Sujetaba el volante con fuerza para evitar las sacudidas causadas por los numerosos baches e intentar sortearlos, pero esquivaba uno y pillaba tres. Al cabo de dos kilómetros y medio de traqueteo, una cancela de hierro cerraba el camino. Bajó para buscar un timbre, pero nada encontró con qué llamar. Agarró uno de los barrotes y zarandó con fuerza aquella puerta herrumbrosa. Esta chirrió pero no cedió ni un palmo. Marcó el número de Thomas Wharton y le avisó de que había llegado. Él mismo fue a recogerla.

—Lamento mucho el accidente. Si no se encuentra bien, podemos dejar la cita para otro día. Quizá sea mejor que la acompañe al centro de salud del pueblo para que le hagan las pruebas pertinentes —sugirió Thomas Wharton mientras abría la cancela.

—No es nada grave y prefiero hablar hoy con usted —respondió ella que observaba la pulcra indumentaria del joven: un pantalón gris oscuro de lana con pernera de campana, un suéter *beige* de pico, un fular de seda negro con pequeños rombos rojizos y una chaqueta bruna. No esperaba que en mitad del campo alguien pudiera vestir con tanto *glamour*.

—Pues entre el coche y aparque allí, junto a la vivienda principal.

El terreno estaba sembrado de montones de cortezas de encina, a uno y otro lado del carril. Varias naves enormes se erguían al fondo de la dehesa y, a la derecha, una vivienda rústica de estilo andaluz ocupaba la finca.

Una vez en el salón ambos se sentaron, cada uno en un sillón independiente, delante de una mesita baja. Una gran cristalera permitía ver la piscina y el arbolado que se extendía por detrás de la casa.

—¿Quiere tomar algo?

—Pues se lo agradezco, no es usual que tome nada mientras trabajo pero hoy, después del susto, me vendrá bien.

—Hay coñac, anís, *whisky*, ginebra...

—Tomaré un coñac si no le importa. Necesito algo fuerte. ¿Qué opina de la muerte de su tío? —Fue Julia directa al grano.

—La verdad es que difiero de la opinión de mi prima. Si la policía no ha encontrado indicios, será porque, aunque nos cueste aceptarlo, habrá sido un suicidio.

—¿Y si yo le dijera que es posible que la policía esté equivocada, quién cree que puede haber tenido interés en matarlo?

—No se me ocurre nadie.

—Ariadna Wharton sospecha del hermano.

—Ya, pero no debe hacerle caso. Ella nunca se ha llevado bien con él, le tiene manía. En realidad ambos se han hecho la vida imposible.

—A usted le dio una paliza.

—No fue para tanto. Discutimos y él empleó un poco de violencia. No le guardo rencor. Mi tío que ya estaba muy harto de sus desatinos decidió echarlo de casa después de aquello. Pero no crea que fue por lo nuestro sino porque no lo aguantaba más. A pesar de ser un vivalavirgen, estoy seguro de que sería incapaz de matar a nadie, y menos al padre. Muchos piensan que heredar le venía bien, sin embargo no es así. Con el duque vivo tenía asegurada la manutención y también dinero para otros muchos caprichos. Y ello sin tener que tocar la herencia.

—¿Y usted?

—Yo solo puedo agradecer los cuidados que me ha dado. Siempre me ha tratado como a un hijo. Me puso al frente de sus negocios y mi sueldo es mucho más de lo que cualquiera con mi edad podría soñar. Su generosidad conmigo ha sido enorme.

—Tengo entendido que cuando ocurrió el suceso, se hallaba en la piscina.

—Así es. Nado siempre que puedo. Por desgracia ese día tuve que hacer unas gestiones en el banco y no pasé por el despacho, como hacía otras veces antes de salir. Tal vez si hubiese... Me enteré a mi regreso. La limpiadora corría por la casa dando gritos y...

—Sí, eso ya lo sé. ¿Alguien le vio en la piscina? Le vendría bien tener una coartada.

—¿Me está diciendo que sospecha de mí? Jamás hubiese matado a mi tío. ¿Cómo puede pensar eso? Yo lo quería muchísimo. Y sí, tanto Pepa como Roberta podrán confirmarlo, una me trajo una toalla porque se me olvidó llevarla, y la otra estuvo un rato arreglando los rosales que hay en el muro posterior.

—¿Qué sabe de Elián Mansilla y de las actividades que compartía con su tío?

—Es cierto que siempre me pareció un hombre un poco misterioso. Sé que ambos se reunían de vez en cuando y que viajaban juntos en alguna ocasión, pero no sé qué tipo de negocios tenían entre manos. Mi tío ocultaba una parte de su vida. Siempre fue muy hermético con los viajes y sospecho que con algunas actividades, tal vez ilegales, pero esto último es solo una conjetura mía, sin base empírica alguna.

—¿Y qué me dice de la duquesa?

—Estaba muy unida a su padre, sobre todo a partir de la muerte de la madre. Ella se refugiaba en él porque la protegía como si siguiese teniendo diez años. Puede estar segura de que Ariadna no ha sido.

—Parece que está algo trastornada.

—Yo no diría eso. La muerte de mi hermana le afectó demasiado y no lo ha superado. Fue un accidente, pero ella siempre se ha sentido culpable.

—Conozco ese episodio.

—Mi prima es muy especial, contradictoria, impredecible, pero no una enferma ni mucho menos una asesina. Créame, la conozco muy bien. ¿Por qué sospecha que lo han matado? ¿Ha encontrado alguna prueba?

—Comprenda que aún no pueda darle detalles de la investigación, pero lo que sí le diré es que Elián Mansilla también ha muerto, y espero que esto quede entre nosotros.

—¿Cómo?, ¿cuándo?

—Esos datos prefiero reservarlos, al menos por ahora. Es bastante extraño que los dos amigos hayan muerto con tan pocos días de diferencia, ¿no cree? Incluso pienso que mi accidente ha sido un intento de acabar conmigo. Alguien debe estar muy interesado en que no destape qué hay detrás de esas muertes.

—Pues no sé qué decirle, pero la verdad, me está asustando.

Julia Soler se levantó y se dirigió a la puerta. Daba por finalizada la entrevista. En principio Tomas Wharton no le parecía sospechoso, aunque

tampoco lo descartaría de momento. Solía pensar que las apariencias engañan y que a veces los más cándidos ocultan grandes monstruos detrás de esa imagen inofensiva. Antes de salir, se volvió hacia él y le lanzó una última frase.

—Incuestionable. Es para asustarse.

20

El infiltrado

Vimbodí, Monasterio de Poblet, lunes 16 de enero de 1989

Santini Ricci compró un par de hábitos blancos, escapularios negros y el cinturón que se pondría debajo, después de falsificar y enviar una misiva al abad del monasterio de Poblet. Esta llevaba en el sobre el matasellos de Roma y, al lado de la firma del cardenal Balbino Abascal, el sello del Vaticano.

El prelado recibió la notificación de la Santa Sede; al menos lo creyó así. En ella se le informaba de que el fraile Fabrizio Bianco se incorporaba al monasterio el día 16 de enero. Le extrañó que le enviaran otro bibliotecario. No había pedido a nadie pues ya contaba con uno. Pero como era costumbre en él, acató las órdenes y se alegró de que el hermano Miguel, encargado de la biblioteca, pudiese contar con un ayudante ya que a menudo se quejaba de que no podía solo con el trabajo, en especial desde que trajeron un ordenador para digitalizar los libros; su elevada edad le hacía enemigo de los cambios y desde mucho tiempo atrás rechazaba cualquier nuevo aprendizaje.

El abad dispuso que preparasen una de las muchas habitaciones que permanecían cerradas. La reforma del monasterio habilitó el espacio antiguo, pero en otras épocas el número de monjes que allí residían era mucho más elevado por lo que existían dos alas deshabitadas.

El espía se presentó el día convenido en la puerta del monasterio vestido de monje cisterciense, con un peluquín de cabello oscuro que a floraba por el perímetro de la cabeza y mantenía una gran calva en el centro de la coronilla, y unas grandes gafas grises de montura cuadrada. La cicatriz de la mejilla la hizo desaparecer debajo de las cremas y el maquillaje que se untó. El fino bigote se lo afeitó. La caracterización era una de sus muchas habilidades.

Lo recibió uno de los hermanos y le informó de que en media hora le esperaba el abad en el despacho, le indicó cómo llegar y lo acompañó al cuarto que le habían preparado para que acomodase las escasas pertenencias que le permitían llevar. Una maleta mediana con doble fondo era todo su

equipaje. En la parte visible solo contenía una muda completa, un estuche de aseo y una biblia; en la oculta, una pistola y lo necesario para realizar falsificaciones y poder cambiar de disfraz cuando le fuese conveniente.

—¡Bienvenido, hijo! —Saludó el religioso al asomar Santini Ricci por la puerta de su despacho—. Entre, entre, no se quede ahí.

El italiano se aproximó al clérigo, le hizo una reverencia y le besó el anillo en señal de respeto.

—Viene como bibliotecario, según dice la carta que he recibido del cardenal Balbino Abascal, pero no me explica mucho más. ¿Dónde ejercía antes su labor? —Se interesó el abad.

—En la abadía de San Galgano. Como imagino que sabrá, *Reverendimo Signore* —Reverendísimo Señor—, está en *pessime* condiciones. Hay obras en el templo y hemos tenido que abandonarlo. El proyecto de restauración será largo, calculan que tardarán unos seis años en terminar la reconstrucción. Demasiado tiempo para permanecer en él y por ello nos han reubicado. Me ha dado mucha pena dejar mi país, pero los designios de Nuestro *Signore* son insondables e imagino que tendrá sus razones para traerme hasta aquí —mintió Santini y fingió que no hablaba bien el español, simulando un acento napolitano e introduciendo alguna palabra italiana en el vocabulario empleado.

—¡Ah! Pues no lo sabía. Es la primera noticia que tengo de esas obras. Y tiene mucha razón, hijo, si Dios ha querido que venga, será por un buen motivo, para mí está tan claro como un día de sol. ¿Dónde queda esa abadía?

—En Chiusdino, muy cerca de Siena, la capital de la Toscana. Una bella *regione* de mi país. Si alguna vez viaja a Italia, no olvide visitarla. Se alegrará.

—Ojalá pudiera. Me encanta conocer otras culturas, pero mi misión aquí me impide disfrutar de esos manjares mundanos. Veo que se defiende muy bien con el castellano.

—Un poco, *Reverendimo Signore*, menos de lo que quisiera, pero seguiré el estudio y pronto lo dominaré.

—Eso está muy bien, que se empeñe en mejorar. Ya tenemos un bibliotecario, pero nuestra biblioteca es tan grande que podrá ayudar. Acompañeme, hijo, y le mostraré el monasterio que ahora es su casa. Espero que aquí encuentre paz y su fe se fortalezca.

Santini Ricci siguió al abad que le iba explicando cada detalle del recinto y los horarios y costumbres que seguían en el convento. Más de una hora tardaron en recorrer el interior del mismo. Por último llegaron a la biblioteca

donde le presentó como Fabrizio Bianco al monje que se encargaba de ella, y el italiano se puso a su disposición.

—¡Es una maravilla, *sorprendenti!* —exclamó Santini Ricci que miraba admirado los numerosos estantes, los hermosos techos y el enorme espacio donde se albergaban aquellos libros magníficos.

—Esto que ve es solo una parte. Todavía quedan muchos volúmenes por clasificar en el almacén. Mire, detrás de aquella puerta está la sala donde guardamos los que quedan pendientes de archivar. Me viene de maravilla tener un ayudante. En especial necesito a alguien que sepa de informática. Acaban de traer un ordenador y yo no domino estos aparatos. ¿Sabe usted manejarlos?

—Sí, tengo habilidad con ellos. En mi abadía nos trajeron uno hace seis meses y lo utilizaba mucho. Son un prodigio de nuestro tiempo. Un regalo de Dios. No sabe cuánto ayuda para localizar un volumen con rapidez. Introducir los datos es una ardua tarea, pero una vez hecho esto lo demás parece cosa de magia —amenizó Santini y a la vez que hablaba se rascaba la cabeza, pues el peluquín le provocaba un poco de picor.

—¡Me alegro muchísimo! Yo apenas he conseguido digitalizar el primer anaquel de aquella estantería —señaló el monje con la mano en dirección a ella—. Esa será su tarea principal. El mes pasado hice un pedido de tres nuevas vitrinas, para sacar otro lote del almacén. Aquí hay que hacer los encargos con bastante antelación, no sé en su país. Por suerte me han avisado de que llegan esta tarde. Puede ver que el testero de la izquierda se halla casi desnudo. Ahí las colocaré, al lado de las cinco que ya hay.

—¿Qué programa utiliza?

—No recuerdo el nombre. El que venía instalado. Creo que está bien porque permite crear un cuadro de clasificación, describir las unidades documentales, digitalizarlas y mucho más que aún no he logrado averiguar. Ha sido una tortura aprender todo eso, a mi edad no puede uno hacer todo lo que quisiera. Y mi cabeza, que ha sido siempre un poco dura de mollera, ahora está demasiado atolondrada.

—Pues cuando quiera empiezo con la tarea, *fratello* —hermano— Miguel. Yo estaré encantado.

—En diez minutos celebramos misa, acompáñeme. Después termino de explicarle y le muestro nuestra fantástica colección.

Santini Ricci habría preferido saltarse la misa y permanecer en aquella estancia inspeccionando las estanterías, había demasiados libros y encontrar lo que buscaba le llevaría mucho tiempo, tal vez más del que imaginó, pero

no quiso empezar con mal pie ni dar motivos para que sospechasen de él. No asistir al culto le hubiese puesto en evidencia y quién sabía de lo que serían capaces aquellos religiosos si descubriesen que era un espía. En una ocasión trabajó para la Iglesia, por lo que conocía de sobra sus entresijos, las corrupciones que escondían y las torturas y asesinatos que algunos de sus miembros perpetraban.

21

El ataque

Sevilla, miércoles 22 de febrero de 2012

Eran casi las dos de la tarde cuando Julia Soler volvía de Aracena en el vehículo que la compañía de seguros le proporcionó; un Ford azul de cinco puertas. Conducía despacio porque no conocía el modelo y las marchas se diferenciaban algo del suyo; también para evitar otro posible accidente. Aún tenía el susto metido en el cuerpo y el recuerdo del reciente percance no se le iba de la cabeza. A mitad de camino paró en una venta de carretera y tomó un pequeño almuerzo.

Antes de montar en el coche, llamó al comisario Diego Jiménez. Le pidió que tramitara un permiso para pinchar los teléfonos de toda la familia, y de los miembros del servicio que se hallaban en la vivienda cuando murió el duque, si no tenía inconveniente, y otro para poder consultar los datos bancarios de Ariadna, Thomas, Frederick Wharton, Bruno Arjona, Fidel Cazorla y la cocinera.

—Si no recuerdo mal, la policía ya consultó las llamadas y los datos económicos de todos ellos. En cuanto a pinchar los teléfonos, me temo que no será posible. Ningún juez lo autorizará de nuevo sin indicios de delito. Cuando hablé con el inspector encargado del caso, me dijo que estaban investigando el registro de llamadas de la familia y de los empleados, tanto de los días previos como de los posteriores a la muerte del duque, que mantendrían pinchados los teléfonos un par de días más y que si no hallaban nada sospechoso, darían el caso por cerrado. Cursaré la solicitud para tener acceso a esa parte del expediente y te lo haré llegar en cuanto lo tenga. ¿Cómo va la pesquisa?

—Tengo nuevas pistas y también otro muerto. —La detective dio detalles a Diego Jiménez de lo ocurrido con Elián Mansilla y de su próxima entrevista con León Bermejo—. Está claro que me encuentro ante dos asesinatos.

Todavía tengo que demostrar el del duque y hallar a los criminales que trataba de denunciar el librero.

—Ten cuidado, Julia, esto parece muy peligroso.

—Ya sabes lo que pienso. Nunca hay que fiarse de las apariencias. Además adoro el peligro —contestó ella en un tono irónico tratando de quitarle hierro al asunto.

—En serio, me preocupa. Será mejor que le cuentes todo eso a la policía, ellos te ayudarán y permitirá que abran el caso.

—No. Antes debo conseguir alguna prueba.

—Y te noto extraña. ¿Te ha ocurrido algo? —Se interesó el comisario.

—¿Qué me va a pasar? No me gusta ese rol protector tuyo, así que no hagas de papaíto —soltó la detective para evitar decirle que habían estado a punto de matarla, lo que menos quería era que él se inquietase.

—Te conozco bien y no me engañas.

—Bueno... piensa lo que quieras. Ahora voy a colgar. Y envíame lo antes posible lo que te he pedido.

Julia Soler pagó la cuenta y continuó el viaje. El cielo se oscureció de pronto y una lluvia fina comenzó a caer. La carretera estaba bastante solitaria. Solo un todoterreno negro circulaba detrás de la investigadora a cierta distancia. Esta lo observó un segundo por el espejo retrovisor y le dio mala espina. Sospechó que la seguía. En cuanto pudo se detuvo en una gasolinera para darle esquinazo y comprobar si pasaba de largo. Respiró aliviada cuando vio que el vehículo proseguía su camino.

Julia aprovechó para tomar un café. Luego retomó el viaje y al cabo de unos diez minutos tenía otra vez al coche negro detrás. No podía ser una coincidencia, pensó. Aceleró un poco y el vehículo que la perseguía hizo lo mismo. Se aproximaban a una curva pronunciada. El de atrás se le acercaba a toda velocidad. Julia Soler pisó aún más el acelerador. Sujetó el volante con fuerza y lo giró para no salirse de la curva. El todoterreno la embistió y le dio un topetazo en el guardabarros trasero. Casi la sacó de la calzada.

A Julia le sudaban las manos. Le jadeaba la respiración. El corazón la golpeaba con fuerza. No sabía qué hacer. Tenía embotada la mente. La vista comenzaba a nublársele. El vehículo negro se estaba colocando a su izquierda. Sintió otro impacto. Esta vez en la puerta lateral. El Ford que conducía la detective se desplazó hacia la derecha. Las ruedas patinaron en la calzada. Hizo una maniobra descabellada. Por suerte, la jugada le salió bien y la investigadora controló la embestida. Pisó más a fondo y logró separarse unos metros del acosador. Este avanzó de nuevo. El morro se le aproximaba.

Se hallaba a menos de dos metros. Se preparaba para darle otro envite. Ella volvió a acelerar. Era una temeridad conducir en esa vía a más de 120 kilómetros por hora. No le quedaba otra opción. En ese justo instante, cuando Julia Soler ya esperaba que la lanzaran al abismo que se abría en ese lado de la carretera, escuchó la sirena de una ambulancia. El sonido estridente, que le supo a gloria ya que propició que el atacante huyera como un rayo por uno de los desvíos, se alzaba igual que un eco en el paraje agreste. El coche sanitario la adelantó y Julia se pegó a sus ruedas traseras.

Al llegar a Sevilla y aparcar, se quedó un buen rato sentada dentro del vehículo. Le temblaban las piernas, y las manos, y los labios, y todo el cuerpo. Giró con la mano derecha el anillo que ceñía el dedo corazón de su mano izquierda y trató de serenarse. Sus pensamientos también giraban, como un vórtice endiablado: Elián Mansilla tenía razón, aquello era mucho más peligroso de lo que ella había supuesto. Debía cursar una denuncia. Si la ponía, Diego lo sabría de inmediato y no quería que él se preocupara. En un solo día habían intentado matarla dos veces. Antes o después lo conseguirían. Tenía que idear alguna estrategia para protegerse. Necesitaba ir un paso por delante. ¡Y ni siquiera sabía cuál sería el siguiente! Conectó la radio, la puso al máximo volumen y gritó.

La vida monástica

Vimbodí, Monasterio de Poblet, del lunes 16 de enero al lunes 23 de enero de 1989

La vida en el monasterio se le estaba haciendo difícil a Santini Ricci. Él era un hombre de acción, pero no le quedaba más remedio que adaptarse si quería encontrar respuestas y en la próxima cita con el duque, llevar alguna información de relevancia.

Los monjes madrugaban y a las seis de la mañana comenzaban con sus rutinas. Iniciaban el día con los maitines, la oración nocturna seguida de la proclamación de lecturas de la Sagrada Escritura. Los religiosos, congregados en el templo, dedicaban unos cuarenta y cinco minutos a estas alabanzas, siete veces al día. A ello le seguía la *Lectio Divina*, el rezo personal al que, cada uno en su aposento, se entregaba otros cuarenta y cinco minutos para cumplir con el ideal evangélico de «Orad sin cesar» y participar espiritualmente en los Misterios del Señor y de los santos. De modo que los trabajos que cada uno desarrollaba se veían interrumpidos en varias ocasiones a lo largo del día, ya que después de los maitines acudían a los laudes y luego a la celebración de la eucaristía, tras ella se dirigían al comedor; una gran sala austera con paredes desnudas excepto por el cuadro de San Benito que la presidía. Una enorme mesa en forma de U se extendía por los flancos y la cabecera.

Desde las diez de la mañana hasta la una de la tarde cada monje se ocupaba de sus labores: unos en el huerto, otros en la cocina, algunos en la limpieza o en la contabilidad, o en los servicios a la comunidad, o los más jóvenes en los cursos de espiritualidad, de filosofía y teología. Santini Ricci se encargaba de introducir los datos de los libros en el programa del flamante ordenador que instalaron semanas antes de su llegada y de escanear los textos para digitalizarlos. Le parecía que habían transcurrido años, pero en realidad solo llevaba siete días allí.

A la una y cuarto paraban el trabajo para reunirse de nuevo ante el Señor y, tras el oficio de la sexta y el rezo del ángelus, tenía lugar el almuerzo comunitario, donde reinaba un imponente silencio, roto solo por alguna lectura sagrada. El tiempo parecía detenerse y a Santini Ricci, aquella sala llena de monjes silentes se le antojaba una postal antigua, una imagen estática, congelada en el pasado. Después de la comida podían descansar, leer o pasear por el recinto y los alrededores, disfrutar del bello paisaje que les rodeaba y sobre todo agradecer las bondades del Altísimo.

A las tres de la tarde se celebraba el oficio de nona, tras él y hasta las dieciocho horas retomaban el trabajo. Luego tenía lugar una nueva *Lectio Divina*, el oficio de vísperas, la cena y las completas, última celebración religiosa de la jornada tras la cual los monjes se retiraban a las habitaciones en busca de un sueño reparador.

Esa vida contemplativa y de sosiego iba a acabar con la paciencia y los nervios de Ricci. En el tiempo que llevaba allí, nada más tuvo acceso al primer anaquel de la estantería situada al principio de la biblioteca. El bibliotecario no salía de ella ni un momento por lo que hasta entonces nunca se pudo quedar solo. Tampoco quería preguntarle nada pues temía que ello pudiese levantar sospechas. Comenzaba a pensar en eliminarlo. Si lo quitaba de en medio, quedaría él al cargo y entonces podría buscar sin restricciones. Pero no fue necesario, el bibliotecario se sintió indispuerto aquel mismo día durante el almuerzo. Se desplomó en el suelo en cuanto se levantó de la mesa, antes de que pudiera dirigirse hacia la puerta. De inmediato varios monjes trataron de reanimarlo y lo llevaron a su celda. El abad llamó al médico, que tras reconocerlo, ordenó el ingreso en el hospital más cercano.

Los religiosos permanecieron de pie en el comedor, un poco alterados, en espera de respuesta. Y media hora después del incidente entró el superior informando de la situación y explicando que en breve llegaría una ambulancia para el traslado. También pidió a uno de los hermanos que lo acompañase al hospital y quedara a su cuidado. Al cabo de unos veinte minutos se restableció el orden y Santini Ricci pudo campar a sus anchas en busca de aquello que le había llevado hasta allí.

23

El mayordomo

Sevilla, jueves 23 de febrero de 2012

Julia Soler visitó de nuevo la vivienda de Ariadna Wharton para entrevistar al mayordomo. Fue él quien le abrió la puerta. Era un joven apuesto, alto y delgado, de cabello rubio y ojos claros. Tenía veintiocho años. Se parecía un poco a Christofer Wharton. El uniforme y la postura altiva que Fidel Cazorla mantenía le aportaban una especie de dignidad augusta.

—Tengo que hablar con usted, vayamos a un lugar más reservado.

Fidel Cazorla se dirigió a la capilla de la planta baja, situada al lado de la salita donde Julia habló con Bruno Arjona el primer día que la citó, justo debajo del despacho del duque, y la detective lo siguió.

—No sabía que hubiese también una iglesia dentro de este edificio.

—Es un templo pequeño, pero precioso como puede comprobar. El duque era un hombre muy religioso. Le gustaba venir a orar con frecuencia, en realidad a diario. Decía que aquí hallaba paz e iluminación. Y las necesitaba bastante. Aunque su religiosidad no era común. Decía que Dios era femenino y que el empeño de la Iglesia en mostrarlo masculino, una verdadera trola al servicio de intereses mezquinos y corruptos. Admitía los mandamientos e intentaba cumplirlos a rajatabla, aunque... hubo alguno que tuvo que obviar.

Julia Soler se internó y examinó el lugar. El santuario era de planta redonda, apenas tenía siete filas de bancadas dobles, separadas por un estrecho pasillo, y el altar estaba decorado con un Cristo resucitado en el centro, al lado una gran lámina con el dibujo de un triángulo luminoso y una vistosa virgen negra delante. Observó que en el lateral izquierdo se hallaba una pequeña puerta. Intentó abrirla pero no cedió. Regresó al lado de Fidel Cazorla, se paró frente a él y lo miró con dureza.

—¿Adónde lleva esta puerta?

—A la calle Fabiola, una estrecha calleja perpendicular a Mateos Gagos.

—¿Por qué dice que el duque necesitaba paz e iluminación?

—Por los disgustos que le daba Frederick, porque se sentía muy solo desde que quedó viudo, por los negocios y las demás actividades que le tenían ocupado y le estresaban.

—¿Cómo era su relación con él?

—Muy buena, el señor siempre se portó bien conmigo y con mi madre. Creo que hay pocos hombres tan generosos como él.

—Dígame qué sabe de esos negocios y actividades del duque.

—Creo que no tenía mucha gente en quien confiar. A veces me llamaba al despacho y mientras se tomaba una copa de *whisky* me pedía que lo acompañase, entonces se desahogaba y me contaba los problemas que había tenido con los clientes o con las empresas, o con Frederick, e incluso los dilemas internos que lo angustiaban. Una vez me confesó que no soportaba sentirse cómplice de varias muertes. Decía que cuando aquello ocurrió era joven y la ambición lo cegaba. Debía estar atormentado porque hizo alusión muchas veces al sentimiento de culpa que le corroía el alma, a cómo le hubiese gustado retroceder en el tiempo para actuar de modo diferente y a cuánto deseaba dejar ciertas responsabilidades que le pesaban igual que una tonelada de cemento.

—Parece extraño que un hombre poderoso e influyente como él, con buenos amigos alrededor, confiara todo eso a un mayordomo.

—Sí, a mí también me lo pareció al principio, pero terminé acostumbrándome. Si le digo la verdad, me daba un poco de pena. Y tal como le he dicho antes, eso me hacía suponer que no confiaba en casi nadie más.

—¿Qué más le contó de sus problemas?

—En especial de Frederick, de cómo lo insultaba y amenazaba cuando le negaba dinero. Pero no se confunda, no eran amenazas de muerte sino chantaje emocional, porque le decía que si no pagaba las deudas de juego se quedaría sin hijo, que cualquier día lo llamaría la policía para informarle de que lo habían encontrado sin vida en una zanja, o que desaparecería sin dejar rastro. Imagínese el dilema del duque y cómo se descomponía atemorizado por las palabras del niño. Sé que más de una vez le dieron una paliza al ludópata y el administrador tuvo que sacarle las castañas del fuego. La gente a la que le pide préstamos no se anda con chiquitas y estoy seguro de que lo habrían matado si el padre no lo hubiese ayudado.

—Creo que usted también es hijo suyo.

La afirmación de la detective fue como una saeta que hubiese dado en la diana. Fidel Cazorla se quedó impactado. No suponía que ella supiera nada de esa cuestión ni que la sacara a bocajarro. Tras esa breve pausa causada por la

sorpresa, el mayordomo respondió con normalidad, como si el hecho no tuviese la menor importancia.

—Sí, soy su hijo. El duque tuvo una charla conmigo sobre ese tema. Me explicó por qué no podía reconocermé ni tratarme como tal delante de su familia. Y yo lo comprendí.

—¿Siempre es tan comprensivo? —preguntó Julia Soler con incredulidad.

—A veces no, pero como le digo, mi padre me ha tratado bien. Quiso pagarme una carrera, lo que pasa es que a mí no me gustaba estudiar y me brindó este empleo que me ha permitido mantenerme a su lado, y a mi madre le ofreció el puesto de cocinera.

Julia se sentó en la esquina de una de las bancadas con el cuerpo hacia el pasillo y Fidel hizo lo mismo en la de enfrente.

—¿Y se conforma con tan poco? Tengo entendido que Christofer Wharton ni siquiera lo nombra en el testamento.

—No confunda conformismo con aceptación, hay una gran diferencia entre ellos. El conformista no conoce la gratitud, el rencor se hiela en su sangre y le roba la energía. El que acepta su destino, agradece los regalos de la vida. Además no hacía falta que mi padre me legara nada. Ya me donó, antes de morir, una importante cantidad de dinero. Nos compró un apartamento a mi madre y a mí para que nunca nos quedásemos sin un techo en el que cobijarnos. Además, el contrato de empleo de ambos tiene una cláusula por la que nadie puede despedirnos y si lo hicieran tendrían que pagarnos una indemnización astronómica. Era un hombre previsor al que no le gustaba dejar ningún cabo suelto. Si me pregunta esto porque me considera sospechoso, dígame por qué iba yo a querer matarle, no gano nada con su muerte, al contrario, para mí es una gran pérdida.

Julia Soler no respondió, permaneció pensativa unos instantes. Por sus estudios y experiencia sabía que la mayoría de los asesinatos, exceptuando el terrorismo, se llevaban a cabo por dinero, por celos o cuestiones pasionales y debido a componentes sexuales. El deseo de adquirir el título de duque podría ser más que suficiente para establecer un móvil económico.

—Al ser primogénito, si plantea una demanda de paternidad y la gana, heredaría el título de duque. Es algo muy goloso, ¿no cree? —sugirió Julia Soler que lo miraba con un brillo granítico en los ojos, escudriñando cada uno de los gestos del mayordomo para detectar cualquier atisbo de culpabilidad.

—No me interesa. Si hubiese querido ser duque, habría planteado esa demanda sin necesidad de matar a mi padre.

—Claro, pero hasta su muerte no lo hubiera heredado.

Fidel Cazorla se levantó muy enojado.

—No me gusta su tono. No he matado al duque. Si piensa lo contrario, demuéstrela o deje de inculparme. Y por ahora nuestra conversación ha terminado.

Ella también se levantó.

—Está bien. No se sofoque. Solo hago mi trabajo.

—Entiendo que dude de todos, pero créame, quería a mi padre y no soy ambicioso.

—Me gustaría hablar con su madre.

—Espero que no la culpe también a ella, porque de nuevo se equivocará. Si aguarda aquí, la aviso.

—¿Quién cree que ha podido ser?

—No tengo ni idea. Hay algunos posibles candidatos, entre ellos Frederick y Thomas, pero eso le corresponde a usted averiguarlo.

—Un momento. Explíqueme por qué sospecha del sobrino del duque.

—Por la herencia.

Fidel Cazorla salió y la detective cerró los ojos. Buscaba un signo en su interior que le indicara si el joven había mentido o no. Su intuición parecía estar de vacaciones porque se mantuvo en silencio sin dar señal alguna. En cambio la razón le decía que no tenía pinta de asesino ni le veía con capacidad para contratar a ningún sicario.

Al cabo de un rato entró Juana, la madre del mayordomo.

—Me ha pedido mi hijo que venga. ¿Qué quiere saber? —lanzó la cocinera en un tono seco. Era una mujer ruda, de constitución fuerte, pelo castaño, ojos profundos, y de una belleza exótica y lozana a pesar de su edad.

—Buenos días. —La saludó Julia Soler levantándose—. Tengo entendido que cuando murió el duque no se encontraba en la vivienda.

—Así es. Salí a hacer la compra esa mañana —respondió Juana que se quedó de pie frente a la detective con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Sé que Fidel es hijo del duque y, por tanto, usted ha sido para él algo más que la cocinera de esta casa.

—Eso no le importa.

—Se equivoca. Me interesa mucho.

—Ya hablé con la policía y han determinado que ha sido un suicidio. —Se defendió la mujer que no quería entrar en el tema sentimental.

—La duquesa piensa que se han equivocado, que no ha sido un suicidio sino un asesinato perpetrado por alguien allegado, y yo debo descartar que tuvo algo que ver. Tal vez se hallaba resentida por la situación en que la dejó

y quiso vengarse. Creo que habrá sido muy incómodo ser relegada a personal de servicio y que no haya reconocido a su hijo.

—¡Ja, ja, ja! —Rio con sarcasmo la cocinera—. No diga estupideces. Jamás mordería la mano que me da de comer.

—Sepa que, de momento, es una de las sospechosas y esa actitud no la ayuda.

—Tengo la conciencia muy tranquila. Sé que para culparme debe encontrar pruebas y no hallará ninguna, se lo aseguro, porque no existen — concluyó la mujer, le dio la espalda a Julia Soler y la dejó allí plantada.

24

El bibliotecario

Vimbodí, Monasterio de Poblet, del lunes 23 de enero al jueves 26 de enero de 1989

En cuanto cada monje retomó el trabajo, Santini entró en la biblioteca y cogió las llaves de las estanterías, que guardaba el bibliotecario en el cajón de su mesa. Por la tarde acudían los hermanos más jóvenes a estudiar y algún otro que tuviera que realizar alguna consulta. Pero Santini Ricci pensaba que ninguno sospecharía nada al verle extraer e introducir libros de los anaqueles, porque aquellos solían estar muy concentrados en las lecturas y además, después de todo, los únicos que sabían con exactitud en qué consistía su labor eran el abad y el hermano Miguel, y porque era de lo más natural del mundo que él los manejase. Ahora que tenía que enfrentarse solo al trabajo no podía limitarse a digitalizar los numerosos manuscritos que allí se guardaban sino que sus funciones se habían ampliado, ya que debía asumir también las del bibliotecario, al menos mientras estuviese enfermo.

El italiano escudriñaba cada tomo buscando el título *Pallida Mors*, tal como le indicó Christofer Wharton en la entrevista que mantuvo con él, para obtener información sobre su ancestro Philip Wharton y las reliquias que se escondieron en su tumba. Algunos volúmenes eran tan antiguos que no rezaba nada en la parte externa o las letras se hallaban demasiado borrosas para distinguirlas, por lo que tenía que abrirlos y buscar el nombre de los mismos en el interior. Aquel día no lo encontró. Apenas pudo revisar las dos primeras vitrinas. Eran tan altas y tenían tantas baldas que le fue imposible darse más prisa.

Aunque también pensó en alguna ocasión en adentrarse por la noche en la biblioteca con la intención de ganar tiempo, desechó con rapidez la idea. Si alguien se daba cuenta de su presencia allí a esas horas intempestivas, echaría a perder el plan que había urdido y era el único modo de poder averiguar algo sobre el encargo del duque.

Durante la cena llegaron malas noticias que afectaron a los religiosos. El hermano Miguel acababa de fallecer. El infarto que padeció ese medio día le repitió y nada pudieron hacer los médicos para evitar su muerte. Los monjes mostraron pesadumbre y el italiano también simuló entristecerse, pero en realidad se alegraba de que el hombre no volviera por allí. Ahora tendría libertad y se movería a sus anchas por la biblioteca. Estaría mucho más cómodo sin presentir en el cogote la mirada vigilante del bibliotecario ni tener que dar explicaciones a nadie de lo que hacía o dejaba de hacer.

El abad decretó un día de luto y de ayuno y las labores quedaron suspendidas durante toda la jornada. Se celebró la misa de difuntos en el horario de trabajo y tras ella se dio santa sepultura al difunto que fue enterrado extramuros, lugar en el que reposaban los restos de los monjes como era costumbre en la abadía. Durante el resto del lunes, el superior ordenó *Lectio Divina*, de modo que los cistercienses se encerraron en sus aposentos a practicar la oración y la contemplación.

Santini Ricci vio su alegría truncada, esa maldita regla le retrasaría todavía más la obtención del dichoso libro y la averiguación del contenido. Pensó en romperla. El encierro impediría que los demás lo viesen entrar en la biblioteca. Sin embargo no se atrevió porque no quería poner en peligro el plan. Así que se dedicó a repasar la estrategia de huida que pondría en marcha una vez alcanzado el objetivo y a armarse de paciencia. Tendría que falsificar una nueva misiva y esperar que el abad no pidiera explicaciones en Roma. Pero antes necesitaba hallar el *Pallida Mors*.

A la mañana siguiente, a las diez en punto, Santini Ricci retomó la búsqueda. Otras dos estanterías fueron revisadas de arriba abajo sin que encontrase nada. La sala era tan grande que podía tardar semanas. Solo en uno de los testers había treinta vitrinas, cada una de ellas de seis metros de largo y todas casi rozaban los altos techos. Y en el testero de enfrente, que en parte estaba desnudo, se disponían otras ocho repletas de libros. Cada día continuaba esta tarea que le parecía inacabable, pero tuvo suerte y ese jueves por la tarde por fin halló el codiciado libro en el tercer anaquel de la sexta vitrina. Los ojos le brillaron al leer el título. Lo extrajo y buscó el índice. En él encontró escrito: «Duque de Philip Wharton, página 77». En seguida se dirigió a ella, pero no le dio tiempo a leerla. Escuchó que el abad entraba en ese momento con uno de los monjes estudiantes, el hermano Ángel, y le recomendaba un libro. Santini Ricci de inmediato dejó el *Pallida Mors* en su sitio y cerró la

vitrina con llave. Luego dio unos pasos en dirección a la mesa donde tenía el ordenador, pero antes de que llegase, el abad le llamó.

—Dígame, *Reverendimo Signore*. ¿Qué necesita? —preguntó con inquietud, temiendo que el superior se hubiese dado cuenta de algo.

—Fabrizio, hijo, ahora deberá usted ocuparse de todo en esta biblioteca. Sé por el hermano Miguel, que Dios tenga en su gloria, que ha sido de gran ayuda para él. Siempre ha elogiado su labor. Estoy seguro de que su trabajo será impecable.

—¡Oh! *Molti* gracias. Descanse en paz y Dios lo tenga en su seno. Lo echaré de menos. Sin él esta biblioteca no será la misma, pero procuraré que no se note la ausencia. Espero estar a la altura y no decepcionarlo.

—No tengo duda de que lo logrará.

Santini Ricci respiró aliviado, era obvio que el abad no tenía la más mínima sospecha ni de su verdadera identidad ni de sus propósitos. En cuanto salió el superior se encaminó de nuevo hacia la vitrina donde estaba el libro ansiado, pero lo interceptó uno de los monjes.

—Disculpe, hermano Fabrizio. Tal vez pueda indicarme dónde se halla el texto *Ideología de los evangelios*. He mirado en la parte de filosofía pero no lo veo.

—Lo lamento, aún no he digitalizado todos los títulos y tampoco conozco la *posizione* porque no llevo aquí tiempo suficiente para conocer al detalle lo que esta biblioteca contiene. Es tan enorme que me temo tardaré *molti* meses, incluso años.

—¿Cree que podría clasificarse en otra materia?

Santini no tenía ni idea de qué responder, pero debía fingirse un experto, así que salió del paso con ingenio.

—*Certo*. Un texto puede clasificarse de *molti* modos: por orden alfabético según el autor o el título, por contenido, por temas, por fecha de publicación, por tamaño e incluso por textura y color. Búsquelo en Teología, tal vez lo encuentre ahí.

El fraile miró a Santini Ricci un poco extrañado, la explicación le generó más dudas que certezas. Parecía obvio, por la cara que puso, que algo le chirrió. El impostor, que era muy taimado y enseguida se dio cuenta de la extrañeza del religioso, cambió el rumbo de la conversación.

—Ahora reviso cada ejemplar, uno por uno, para comprobar que la clasificación es la correcta. Estoy creando unas fichas detalladas donde consigno los datos relevantes y, por supuesto, la *posizione* que ocupa en la estantería. Cuando las tenga todas no tardaré ni un minuto en localizar

cualquier volumen, pero necesito paciencia, como comprenderá es una tarea gigantesca teniendo en cuenta que los fondos de la biblioteca son cuantiosos. Si no halla el libro en la sección de Teología, avíseme y lo anotaré. Buscarlo será mi labor prioritaria. El *fratello* Miguel era un santo, un digno enviado de Dios, pero la avanzada edad le llevó a cometer algunos errores. No he querido informar al abad para no mancillar su prestigio. Espero que sepa guardar la confidencia.

—Por supuesto, de mis labios no saldrá ni una sola palabra al respecto. Es de humanos equivocarse y yo lo apreciaba mucho. Lamento que Nuestro Señor nos lo haya arrebatado, aunque para él será una bendición estar a su lado —confesó el monje.

—Sí, ha sido una terrible pérdida para este monasterio y en especial para mí porque le cogí afecto enseguida —mintió Santini Ricci mientras se felicitaba en sus adentros por haber logrado que el religioso olvidara los recelos y por lo poco que le restaba para conocer el secreto oculto en el *Pallida Mors* y salir de allí.

El fraile marchó hacia la zona donde se disponían los estantes de Teología. Mientras, el italiano, alcanzó la vitrina codiciada.

Los enemigos de la Rosa Roja

Sevilla, jueves 23 de febrero de 2012

A las cinco de la tarde, Julia Soler llamaba a la puerta de la librería Nueva Luz. Le abrió un hombre mayor, de unos sesenta años. Enfundado en un traje negro mostraba el duelo por el amigo, que también se reflejaba en sus facciones apesadumbradas. A su lado posaban dos escoltas que parecían dos colosos.

—Permita que me presente, señorita Soler. Soy León Bermejo. Creo que tiene algo para mí.

La investigadora sacó la moneda del bolsillo y se la enseñó. Uno de los guardaespaldas la registró y le retiró el bolso.

—Pase, por favor. Nos acomodaremos en el almacén.

Una vez dentro, le ofreció una silla a Julia y tomó otra para él que colocó enfrente a una distancia excesiva.

—Le pido disculpas por la desconfianza, pero toda precaución es poca. Me ha informado Gael de que presencié el desgraciado infortunio acaecido a nuestro amigo Elián. Espero su discreción.

—Quédese tranquilo. Supongo que también le ha dicho que soy detective privada e investigo la muerte del duque Christofer Wharton. Elián Mansilla se puso en contacto conmigo porque sabía algo de los asesinos, pero no tuvo tiempo de darme detalles. Me hizo pronunciar un juramento y me advirtió del peligro que corría, y a pesar de que entonces me costaba creerlo, he tenido una amarga experiencia. A mí también han intentado matarme.

—Y lo intentarán de nuevo, no le quepa duda —aseguró León Bermejo que asentía al mismo tiempo con la cabeza.

—¿Qué puedo hacer para protegerme?

—Le aconsejo que contrate un guardaespaldas. Es el modo en que yo me protejo como ha visto. También puede abandonar la investigación o hacerles creer que lo ha hecho. No se me ocurre otra forma.

—Pensaré en ello. Gracias por la recomendación. ¿Sabe usted algo de los asesinos?

—La Orden de la Rosa Roja tiene muchos enemigos, algunos pertenecen a la Iglesia, al Opus Dei, y otros, los peores, son integrantes de nuestra propia organización. El poder es muy goloso, codiciado por aquellos que no lo poseen e imposible de abandonar cuando se ha probado el néctar que destila. Hay una facción que difiere de ciertos postulados que defendemos desde la cúpula y está claro que quieren descabezarla.

—¿Cree que son ellos los que también han querido matarme?

—Con toda seguridad. Si quieren matarla, deben ser los mismos que han acabado con el Gran Maestro y el Gran Inquisidor. Estos son dos de los grados más altos que se pueden alcanzar en la Rosa Roja. El primero lo ocupaba el duque, el tercero, el de Gran Inquisidor, Elián Mansilla. Yo ostento el grado 32, el de Sublime Príncipe del Real Secreto o Ilustre Maestro. Y estoy seguro de que también irán a por mí. En realidad tendrían que haberme eliminado antes que a Elián, pero supongo que les ha sido más fácil acabar con ellos porque ninguno tenía escolta. Eran muy tozudos y se negaban a ser protegidos. No estoy enterado de la información que iba a proporcionarle mi amigo, pero puedo aventurar sin temor a equivocarme que los asesinos son internos.

—Sabrá quiénes son los discordantes —supuso la detective.

—Conozco a varios, aunque hay otros que aún no hemos descubierto. El cargo de Caballero Kasdosh lo ocupa Basilio Navarro que posee el grado 30 y ahora me sigue en importancia. Luego están Emilio Hernández y Dario Gómez, que solo son Intendentes de la Construcción, pero apoyan a Basilio en todas sus intervenciones. Sospecho que la conspiración la han urdido ellos junto a algunos más. En cuanto yo desaparezca usurparán el poder, anularán las reglas con las que no comulgan e impondrán sus criterios.

—¿Qué criterios son esos?

—Disculpe que no pueda hablarle de ello, son dogmas y enseñanzas reservadas a nuestros miembros. Tampoco creo que necesite saberlo para lo que le ocupa.

—Entonces... si a usted lo eliminan, le sucederá en el cargo ese tal Basilio.

—Espero que ese vaticinio no se cumpla, señorita Soler.

—Solo es un supuesto.

—Ya. Su conjetura no es exacta, deben celebrarse elecciones cada cuatro años, en las que votarán unos seiscientos miembros. Es casi igual que elegir a

un presidente de gobierno en cualquier país democrático, pero con algunas diferencias.

—Dígame cuáles.

—Señorita Soler, de nuevo le digo que quiere saber demasiado. Para descubrir a los asesinos solo debe investigar a aquellos que le he mencionado y corroborar si hay alguno más implicado.

—Comprenda que cualquier información puede ser de vital importancia y me ayudaría a encontrar pruebas. ¿Cómo no han hecho nada contra esas personas? Podrán expulsarlas, digo yo.

—No tenemos confirmación, solo sospechas.

—¿Alguno de ellos posee un todoterreno negro? Ese coche intentó sacarme de la carretera y tirarme por un terraplén, de no ser por la ambulancia que pasó en aquel momento no estaría aquí ahora. Cada vez que lo recuerdo me tiembla todo —confesó la detective que se sentía cómoda con León Bermejo, no sabía por qué ese hombre le transmitía tranquilidad, quizá fuera su entonación monótona y parsimoniosa.

—Llevamos varios meses vigilándolos, pero son muy hábiles. Que yo sepa ninguno tiene ese vehículo. Se me ocurre que han podido contratar a alguien que haga el trabajo sucio.

—¿Y qué puede decirme del libro y del anillo que guardaba el duque y han desaparecido?

—¡Dios mío! ¡Eso es terrible! No lo sabía. Ante el peligro de la traición, el duque decidió retirarlo de nuestra sede y guardarlo en la caja fuerte de su casa. Es algo que solo conocíamos Elián y yo. No sé cómo alguien más se ha podido enterar.

—Bueno, también lo sabía Ariadna, la hija de Christofer Wharton.

—Sí, es cierto, me olvidaba de ella, pero el duque confiaba por completo en la chica.

—Entonces ahí tiene la respuesta. Ha debido contarle. Y no comprendo cómo algo tan secreto para su orden fue desvelado a una persona que ni siquiera es integrante de ella.

—Claro que pertenece a la Rosa Roja, aunque Ariadna no lo sepa. El padre la hizo miembro en el bautismo, al igual que a su hijo Frederick y a los sobrinos que tampoco saben nada. Al cumplir los veinticinco años iba a ser iniciada y preparada para suceder al duque. Este es uno de los motivos de discrepancia dentro de nuestra orden, durante muchos siglos no se han aceptado logias mixtas, y menos que una mujer ostente el liderazgo, pero llevamos más de veinte años consiguiendo adeptos para nuestra causa, desde

1989. Cuando el duque fue elegido Gran Maestro de la logia española ya tenía ese proyecto entre ceja y ceja. Ariadna solo tenía un año y él ya pensaba en que fuese sucesora.

—Perdone, están todos locos. Ni siquiera le han preguntado a Ariadna si quiere tal responsabilidad y piensan que va a ser la líder. Además es una persona inestable.

—Las enseñanzas tienen la finalidad de transformar el alma y la mente de los iniciados. Ella habría hecho cualquier cosa que le hubiese pedido el padre, pero él no quiso adelantar acontecimientos ya que su prioridad era protegerla. Esperaba el momento adecuado para iniciarla, porque sabía que algunos se opondrían. Como le digo, esta es una de las cuestiones que se han puesto en tela de juicio. Los disidentes no aceptan mujeres en la orden, y menos en el cargo de líder.

—Me ha dicho que votan cada cuatro años, ¿cómo es posible que el duque sea Gran Maestro desde hace más de veinte y quién les asegura que ella saldría elegida?

—Es muy raro que un Gran Maestro no sea reelegido, salvo que cometa una infracción muy grave o no se vuelva a presentar como candidato. Por lo general quien ocupa el cargo lo hace hasta su muerte. En cuanto a la elección de Ariadna... —León Bermejo hizo una pausa indicativa de sus dudas a confesar a la detective que manipulaban lo que debía ser un acto libre y democrático, pero acabó la frase—. Los que estamos en la cúpula tenemos medios para influir sobre los votantes, a fin de cuentas una de las reglas que aceptan los miembros es la obediencia y la mayoría la cumple.

—Necesito toda la información posible sobre la organización. Hice el juramento de guardar silencio ante Elián Mansilla, además mi profesión de detective es otra garantía, lo que me diga se irá conmigo a la tumba. Si le pregunto sobre ello es porque son datos esenciales.

León Bermejo volvió a dudar. Ser franco con ella era arriesgado. Aunque, después de todo, la había investigado antes de acudir a la entrevista y no encontró nada que la relacionase con la Iglesia ni con la Logia opositora. Más bien descubrió lo contrario, que la detective podía considerarse anticlerical, a pesar de haberse criado en un colegio de monjas.

—Provenimos de la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo del Templo de Salomón, también llamada Orden del Temple, pues aun cuando esta fue disuelta en el siglo XIV por el papa Clemente V, que fue intimidado por el rey Felipe IV de Francia, y a pesar de que muchos de los miembros fueron quemados en la hoguera, algunos de ellos pudieron salvarse y la perpetuaron

en secreto. Pusieron su vida en peligro y transmitieron la Verdad de generación en generación de forma oral. Fue restablecida en 1804 con el nombre de Orden de los Caballeros del Temple. A partir de entonces y por diversos motivos ha ido disgregándose y se ramificó en varios Ritos. El primer duque de la familia Wharton, Philip, ya constituiría en 1728 los pilares de la después llamada Logia del Gran Oriente de España, instauradora del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, que no nació en Escocia como parece obvio sino en Francia, conectada a la Gran Logia de Inglaterra. Frente a ella surgió el Grande Oriente Nacional de España, con un carácter menos democrático, más restrictivo y centralista. Ninguna de ellas ha aceptado mujeres en sus filas.

»Cuando Christofer Wharton asumió el cargo de Gran Maestro, la organización estaba a punto de disolverse por falta de recursos económicos y de fusionarse con la opositora. Pero los firmes principios modernistas del duque le llevaron a crear la Orden de la Rosa Roja, a la que se adhirieron una tercera parte de los miembros totales. Sin embargo, hace unos dos años, debido a que el Gran Maestro derogó la prohibición de admitir mujeres, como ya le he dicho, surgieron feroces discrepancias entre unos pocos.

—Bien, eso me aclara las disputas internas, lo que no entiendo es la enemistad de la Iglesia.

—La Orden del Temple nació de la mano de la institución cristiana, pero luego el papa la mordió, como le he dicho obligado por el rey Felipe IV de Francia, porque temía el poder y la influencia que había alcanzado. La corona francesa estaba endeudada con ellos y era una buena forma de librarse de pagar, además la institución eclesiástica tuvo conocimiento de que los caballeros templarios guardaban un secreto que, de salir a la luz, destruiría sus dogmas y cimientos. ¿Qué mejor forma de saldar las deudas y esquivar las amenazas que eliminarlos?

»Philip Wharton abrazó el catolicismo y estuvo al lado del exiliado Jacobo III de Inglaterra y del entonces rey de España Felipe V, ambos amigos del papa. Fue un gran embajador y un leal militar. Así, al morir acogieron los restos en el monasterio de Poblet por recomendación del monarca español. Cuando descubrieron, casi un siglo después, que perteneció a la masonería y compartió las ideas de los templarios, fue excomulgado por el papa Pío VII que promulgó una constitución llamada *Ecclesiam a Jesu Christo*, en la que nos tachaba de conspiradores y ordenaba la excomunión de los masones. La Iglesia alegó que unos salteadores saquearon la tumba, pero sabemos que mentía en parte porque de algún modo averiguó lo que se ocultaba en ella. En

aquel entonces también desaparecieron el libro y el anillo. Mucho tiempo más tarde supimos que se hallaban en poder del Santo Pontífice, guardados a buen recaudo en el Vaticano.

—¿Y qué secreto es ese que podría destruir los cimientos de la cristiandad?

—Señorita Soler, de nuevo quiere saber cosas que no puedo transmitirle. Ya le he desvelado mucho más de lo que debía. Son enseñanzas reservadas a los miembros de nuestra orden. Y, como le he dicho con anterioridad, no es relevante para su investigación.

—Algo no me cuadra. Si la Iglesia teme tanto lo que contiene ese libro, ¿por qué no lo destruyó cuando estuvo en su poder? ¿Y por qué quieren el anillo?

—Eso tendrá que preguntárselo a ellos.

—No. Se lo pregunto a usted —soltó la detective algo tensa, la anterior confianza que el hombre le inspiraba había quedado truncada porque intuía que no le decía toda la verdad.

—¿Y qué quiere que le diga? ¿Me lo invento?

—Los dos sabemos que me oculta información importante. Encontraré a los asesinos y hallaré esos valiosos objetos. Puede estar seguro. Y cuando los tenga en mi poder los destruiré.

—¿Se atreve a amenazarme?

—Le predigo el futuro. Está en sus manos cambiarlo. Convéncame para que se los devuelva.

León Bermejo le habría dicho que tuviese cuidado con quien se metía, pero no quiso advertirla, tenía demasiada experiencia a sus espaldas como para reaccionar sin control.

—Piense lo que quiera. Le he dicho lo que sé. Y si me permite un consejo... modere la arrogancia. Por exceso de autoconfianza he visto desplomarse torres muy altas. No subestime a los contrincantes, es una de las primeras reglas que debe tenerse en cuenta en cualquier batalla si no quiere perderla.

—Gracias por el consejo aunque no se lo haya pedido. Y ahora dígame qué plan tienen, porque tendrán que elegir a otro Gran Maestro.

—Mientras se nombra, el grado inmediatamente inferior asume las funciones, es decir, yo. Elián intentó comunicarle a la duquesa el deseo del padre y entregarle una carta que había dejado para ella porque temía que continuasen ocurriendo desgracias, como así ha sido. En la misma le pedía que entregara el libro y el anillo a la Orden de la Rosa Roja, pues esta los

custodiaría como corresponde, y también que se pusiera a mi disposición. Fuimos a verla al cementerio el día de la incineración, pero no pudimos entregarle el recado. Bueno, yo me quedé en la puerta del crematorio, preferí pasar desapercibido. Quiero ponerme en contacto con ella, darle la carta del padre y proceder a la iniciación. Tal como están las cosas me he inclinado por esperar, no deseo ponerla en peligro. Ojalá pronto podamos conseguir pruebas contra los criminales y resolver el asunto.

—No crea que así la protege. Ya está en peligro, ella y todos.

26
El *Pallida Mors*

Vimbodí, Monasterio de Poblet, jueves 26 de enero de 1989

En cuanto Santini Ricci se deshizo del hermano Ángel, volvió a coger el *Pallida Mors*, buscó la página número 77 y leyó el contenido:

«17 de mayo de 1731

Duque de Philip Wharton

Se le da sagrada sepultura con todos los honores, en la fecha indicada en el margen superior de esta hoja, al noble que se menciona.

Yace en el sepulcro de la capilla del Santo Cristo, frente a la de la Virgen de los Ángeles. Lugar reservado a hombres insignes.

Además del título de duque posee los de marqués, conde, vizconde, barón y caballero de San Jorge.

Hombre muy religioso, se convierte al catolicismo en 1926. El honor de reposar en el Real Monasterio de Santa María de Poblet viene concedido por su majestad el rey Felipe V de España, en agradecimiento a la labor política y militar desempeñada durante sus últimos años de vida, y por su adhesión a la causa jacobina y a la católica».

(Adenda I)

8 de abril de 1822

En la fecha establecida en esta adenda, con motivo de la venta obligada de las propiedades del convento y la retirada de los tesoros de joyería y otros de importante valor, la tapa del sepulcro del duque Philip Wharton se rompe y queda al descubierto lo que guarda el interior. En la tumba se encuentra el libro Iesus Nazarenus y, en uno de los dedos de la momia, el sello azul de Gran Maestro de los masones, de lo que se da noticia al entonces prior Reverendísimo Padre Gerardo Ripoll.

(Adenda II)

19 de junio de 1822

Reunida la alta curia de la Santa Iglesia el diez de mayo del presente, al duque Philip Wharton se le declara persona non grata y se decide que las exequias sean trasladadas a terreno pagano, en concreto al bosque que queda a la espalda de la abadía, donde será enterrado sin signos cristianos ni señales que delaten el lugar en el que yacerán los restos del traidor. Su Santidad el papa Pío VII, en base a la constitución *Ecclesiam a Jesu Christo*, escrita de su puño y letra en 1821, procede a excomulgar al masón.

En la fecha que figura en esta segunda adenda, se cumple con premura el mandato del Santo Pontífice, ya que, expulsados por los somatenes,

en un plazo de doce horas debemos abandonar la abadía. Tanto el sello como el manuscrito encontrados en la sepultura son enviados sin dilación al Vaticano para su posterior estudio.

Santini Ricci arrancó la hoja donde figuraba el texto, cerró el libro y lo dejó en su sitio. Comenzó a poner en marcha el plan que le permitiría salir de allí y continuar la investigación. Telefonó a Piero, su ayudante, y le pidió que consiguiera información sobre los nuevos Cardenales nombrados por el papa. Falsificó una nueva misiva dirigida al abad, en la que lo destinaban a otro monasterio. Mientras la escribía, pensó que el religioso no se conformaría, y no le interesaba que este enviase ningún tipo de reclamación o llamase a los superiores y solicitase que no lo trasladaran. En ese caso, descubriría el engaño y saldría mal parado de allí. Así que rompió la nota y escribió una carta que se dirigía a sí mismo, procedente del sur de Italia, en concreto de Roseto Capo Spulico, municipio de Cosenza, enviada por su madre. Puso a esta en las puertas de la muerte para tener una oportunidad de marcharse sin levantar sospechas. Falsificó el matasellos y dejó el sobre entre el correo recibido ese día. Una vez que el hermano encargado de repartir las cartas le entregó la suya, fue a hablar con el abad.

—Permiso, *Reverendimo Signore* —solicitó el italiano tras llamar con los nudillos a la puerta del despacho del abad y entreabrirla.

—Entre, hijo, y dígame en qué puedo ayudarle.

—*La mía mamma* —dijo Santini con evidentes signos de preocupación y mostrando la carta al abad—. Mire, padre, la he recibido hoy. Me anuncian que *la mía mamma* está *molto* grave. Quiero pedirle autorización. El tiempo preciso e indispensable que me permita despedirme de ella. No puede irse sin decirme adiós —Santini Ricci sollozó como si una herida oculta le estuviese desfigurando el alma, con tal autenticidad que ni un actor experimentado lo hubiese hecho mejor.

El abad cogió la nota, pero nada pudo entender porque estaba escrita en italiano. Lo que sí observó en el sobre fue el matasellos del municipio de Roseto Capo Spulico.

—Hijo mío, lo siento mucho. Creía que era de Chiusdino.

—No, *Molto Eccellente* padre, allí se halla la abadía donde prestaba mis servicios, pero yo nací en el sur y toda mi familia reside en Cosenza, casi en la punta de la bota, por lo que la distancia entre un punto y otro es *molto* grande.

—Sabe que no podemos prescindir de usted, la biblioteca...

—Solo serán unos días y a la vuelta recuperaré el tiempo de labor perdido. Si es necesario, me quedaré todas las noches en vela. Solo quiero abrazarla por última vez.

El clérigo se quedó pensativo. Dudaba y no era capaz de tomar una decisión. No veía oportuno dejar la biblioteca sin servicio, pero el ánimo compungido del monje le recordó la pena que sintió cuando a él se le murió su madre.

—Deje que lo piense —respondió al cabo de unos segundos.

—Es muy urgente. Le queda poco tiempo y el viaje es largo. No me perdonaría llegar cuando ya no haya remedio —gimió de nuevo el espía al acabar la frase.

—Pero tendré que organizar su suplencia y no sé quién...

El espía se arrodilló y tomó la mano del religioso.

—¡Se lo suplico, se lo suplico! —repetía Ricci y besaba el anillo del superior.

—¡Por Dios, no se ponga así! La humildad es una virtud pero un monje no debe humillarse de ese modo.

—Lo lamento. Discúlpeme, padre. Estoy tan afectado que pierdo el control.

—Pensaré en alguien que pueda sustituirle.

Santini Ricci sollozó otra vez. No quería esperar ni un minuto más para salir de allí y estaba decidido a conseguir el permiso a cualquier precio.

—Gracias, *Reverendimo Signore*. Si no llego antes de su marcha y no puedo despedirla, al menos rezaré en la tumba. Podré soportar el peso de la desdicha y de la culpa con la ayuda de Dios. A mí no me importa el sufrimiento pero no quiero imaginar lo que padecerá mi pobre *mamma* por mi ausencia, por no poder ver mi rostro en su última hora. Desde que profesé los votos, hace ya veinte años, me echa de menos y me reprocha que eligiera el sacerdocio. Ella siempre quiere tener al rebaño cerca. En eso se parece a nuestro señor Jesucristo que espero la acompañe en mi lugar en estos trágicos momentos.

—Está bien, prepare la maleta y consulte los horarios de autobuses o del ferrocarril, o del aeropuerto si prefiere viajar en avión, pero regrese también cuanto antes. —Cedió el abad ante la verborrea y los aspavientos del italiano.

—*Molti* gracias, padre. *Molti* gracias. Ya miré los horarios y los precios del *trasporto*. Hay un autobús a Tarragona que sale en una hora. Y allí he pensado alquilar un coche para no demorarme, porque no hay vuelo hasta

mañana por la tarde. Mi *fratello* me ha hecho una transferencia urgente. Yo no dispongo de recursos económicos, pero con lo que me ha enviado tendré de sobra. Él es un hombre precavido y yo también.

Santini salió del despacho del abad con una sonrisa interior. Se felicitaba a sí mismo por lo buen actor que era y por la estrategia empleada. Repasaba en la mente el plan que había tejido y consideraba perfecto para introducirse en el Vaticano, tras procurar que al abad le llegase la noticia de su desaparición en un grave accidente. Si todo salía bien, nadie desentrañaría que era un impostor. Y si por desgracia se descubría, tampoco importaba mucho, ya estaría demasiado lejos y nunca podrían identificarlo. Al menos eso pensaba.

La madriguera de Mai

Sevilla, viernes 24 de febrero de 2012

Julia Soler citó a Ariadna Wharton en el restaurante La Madriguera de Mai a las once de la mañana. No quería quedar con ella en su casa, sobre todo por evitar posibles insinuaciones de la joven y también para ver cómo actuaba fuera de su ambiente cotidiano. Pensó que un buen desayuno crearía un clima propicio a las preguntas que tenía que hacerle.

—Tú dirás a qué viene este encuentro tan inesperado —comentó Ariadna Wharton en un tono seductor, con una gran sonrisa en los labios y una mirada embrujada de deseo que buscaba con obstinación los ojos de Julia. Se sentó en una de las sillas de madera del bar, frente a la detective que de inmediato se sintió turbada. Había elegido una mesa adyacente a un gran ventanal, en el fondo del local. El clima íntimo y acogedor del espacio invitaba a la cercanía, pero la contradicción seguía batallando dentro de la detective.

—Desayunemos primero. —Julia con un gesto llamó a la camarera. Pidió un café americano y una tostada con aceite y jamón. Ariadna Wharton eligió un té, ya había desayunado un par de horas antes.

Permanecieron un rato en silencio, lamiéndose con las miradas, mientras esperaban la comida. La duquesa sonreía y Julia Soler trataba de mantener una actitud áspera que se desvanecía por momentos presa de la atracción. Una vez servido el desayuno comenzaron a comer.

—¡Me encanta! —exclamó Ariadna.

—¿El qué?

—Tu forma de seducirme. Tengo que reconocer que eres tan original como una melodía sin sonido.

—No estoy seduciéndote —aclaró Julia mientras removía el café con la cuchara para disolver el azúcar que puso segundos antes.

—Pues lo parece.

—Quiero saber a quién has contado que tu padre tenía un libro de tapas rojas y un anillo azul en la caja fuerte —expuso la detective de forma directa.

—A ti —respondió Ariadna con toda naturalidad.

—Aparte de mí solo lo sabían tres personas más: tu padre, Elián Mansilla y León Bermejo. Dos de ellas están muertas y la otra no lo ha desvelado. Tienes que haber hablado de ello con alguien. Haz memoria.

—Estás equivocada. —La sonrisa de la duquesa desapareció de sus labios.

—Es muy importante que me lo digas, esa persona podría ser el asesino —exigió Julia Soler y tomó un sorbo de café.

Ariadna Wharton se acarició el cabello, lo apartó a un lado y adelantó el cuerpo hacia la investigadora. Luego la miró de frente, con firmeza.

—Los ojos son el espejo del alma. Mírame y dime si miento. Jamás he dicho nada a nadie sobre lo que contenía la caja fuerte de mi padre. —Su voz era rotunda y parecía sincera.

Julia Soler la observó con detenimiento. La intuición nunca le había fallado y, aunque el carácter caprichoso e inestable de la duquesa le hacía dudar de ella, la creía; a pesar de que tenía un móvil demasiado poderoso, la creía; aunque era la única que no poseía coartada, la creía. La razón le aconsejaba que desconfiase y sus vísceras clamaban para que la descartara como sospechosa. Con cualquier otra persona habría seguido el instinto, pero con Ariadna era diferente, temía que la atracción que sentía por ella estuviera interfiriendo y fuese un sesgo inevitable.

—Quiero creerte, pero no acierto a comprender cómo el ladrón sabía el lugar donde se ocultaba lo que ha robado —terminó la frase Julia Soler y dio un bocado a la tostada.

—Eso no lo sé, te toca averiguarlo. Tú eres la detective. Aunque estoy pensando en prescindir de tus servicios. Me ha dicho Thomas que intentaron matarte. Y no soporto que te encuentres en peligro.

—Solo fue un accidente, nada de importancia.

—Ya. Un accidente muy extraño.

—De todos modos estoy acostumbrada a lidiar con los riesgos, son gajes de mi oficio. Mal me iría en mi profesión si ante el menor escollo saliera huyendo.

—No quiero perderte. —La duquesa cogió la mano de Julia y esta la retiró al instante a pesar del esfuerzo que le suponía no dejarse llevar por los sentimientos.

—No te confundas, Ariadna, considérame tu empleada. Tendrás relación conmigo mientras siga a tu servicio y no vuelvas a este tema, creo que se

quedó zanjado.

—En ese caso contrataré un guardaespaldas para que te proteja.

—Ni se te ocurra. Si lo haces, seré yo quien se despida.

—Lo hago en especial por mí, para no estar tan preocupada, por favor, no te niegues —rogó Ariadna Wharton con un signo de inquietud en el rostro.

—Estás advertida, si noto que alguien me vigila o me sigue, dejaré el caso.

—Mejor —respondió la joven al igual que una niña desabrida.

La duquesa acarició con el dedo índice el antebrazo de Julia Soler, con mucha suavidad, como si temiese ser rechazada de nuevo. En esta ocasión la detective la dejó hacer. Era agradable ese tenue contacto, cálido y tierno.

—¿Nunca te rindes?

—A veces, pero cuando quiero algo de verdad soy tan constante como la eternidad. Dicen que el universo tiene música y yo la estoy reproduciendo con mis dedos. Tu brazo es el piano. ¿No la escuchas?

Julia se quedó estupefacta. No acertaba a comprender cómo la duquesa conseguía salirse por la tangente de ese modo. Era tal su habilidad para envolverla y confundirla que le suponía un gran esfuerzo retomar el hilo de la conversación.

—Volvamos al tema que me preocupa. Estoy segura de que León Bermejo no desveló a nadie el lugar donde se ocultaban el libro y el anillo, era uno de los más interesados en que no se supiera, así que trata de recordar, puede que hicieras algún comentario sin darte cuenta.

—¡Ya te he dicho que no! —vociferó Ariadna Wharton con enojo—. ¡Eres insufrible! No sé cómo he podido enamorarme de una persona como tú. —La duquesa guardó silencio unos segundos. Sus silencios de niebla afectaban a Julia, se le clavaban en el alma como espinas de hielo. Luego se levantó del asiento dispuesta a marcharse, pero la detective la agarró por la muñeca. Ambas se miraron con dureza y, enseguida, Julia cambió de estrategia.

—Por favor, no te vayas. No he querido molestarte. Confío en ti, pero creo que eres la única que ha podido cometer ese desliz.

Ariadna Wharton tiró del brazo y se soltó.

—No estoy loca.

—Lo sé. Un lapsus de memoria lo tiene cualquiera.

—Mi padre me pidió que guardase el secreto y, puedes estar segura, jamás le hubiese traicionado. Debe haber alguien más que lo sabía. Puede que él

mismo lo contara a otra persona, o Elián, o Bermejo. ¿Acaso ellos no pudieron cometer el desliz?

Tras decir esto la joven se dirigió hacia la puerta con paso diligente o más bien enfurecido.

—Espera. Te acompaño. —Se ofreció la investigadora que se levantó, pagó la cuenta y se apresuró a salir. Ariadna Wharton aún estaba de pie frente al establecimiento con los brazos cruzados sobre el diafragma; parecía una niña pequeña enfadada.

Caminaron un buen rato sin dirigirse la palabra, una al lado de la otra. Atravesaron la calle Arrayán y cruzaron el mercado de Feria. A esa hora el gentío se acumulaba en los puestos y se escuchaba a los tenderos pregonar las ofertas. El olor a sardinas asadas de los bares adyacentes era un reclamo para atraer a posibles compradores y abría el apetito a cualquiera. Julia Soler no se atrevía a hablar porque Ariadna mantenía el gesto serio. Observaba su forma de caminar, su expresión, su pelo claro algo más oscuro en la raíz, su nariz un poco chata... No sabía si lo hacía por motivos profesionales o por la atracción que sentía. Al cabo de unos diez minutos, como si nada hubiese pasado, la duquesa le cogió la mano.

—Hay algo que no te he dicho.

—Si quieres, puedes contármelo ahora —propuso Julia, un poco azorada. No era mujer de mostrar los afectos y menos en público.

—No tiene que ver con mi padre. Hace muchos años, cuando era pequeña, mi prima tuvo un accidente por mi culpa. Nunca me lo he perdonado. No sé si alguna vez podré hacerlo. Siento un peso enorme en el alma que me trastorna la mente y cuando trato de zafarme de él me convierto en otra persona. Sé que mi comportamiento a veces no se comprende, pero no creas que estoy loca, no soportaría que tú también lo pensaras.

Julia Soler le soltó la mano, le ardía en la suya como carbón encendido. Le causaba turbación y le impedía pensar con claridad.

—No creo nada de eso.

—Entonces... ¿por qué me rechazas? Noto que te atraigo. Siento el deseo en tu mirada y tu estremecimiento cuando me acerco. Sé que no te soy indiferente aunque trates de mostrarme lo contrario.

—Porque eres mi cliente. Necesito objetividad.

—¿Quieres decir que me darás una oportunidad cuando acabes la investigación?

—No te prometo nada. No me gusta adelantarme al futuro. Y agradezco lo que me has contado. Hablar de ello es un signo de valentía. No debes sentir

culpa, nadie es culpable de los accidentes.

—Yo la empujé. Y se mató al caer por la escalera.

—Pero tu intención no era matarla. No te atormentes, no eres una asesina.

Ariadna Wharton se llevó las manos a la cara y ocultó el llanto. Julia la abrazó. Habían llegado casi a la puerta de la vivienda de la duquesa.

—Por favor, sube. Quédate un poco más conmigo.

—Tengo que trabajar.

—No te retendré más que un rato.

—Está bien, así aprovecho y vuelvo a ver el despacho de tu padre. Hay algo que me quedó pendiente cuando estuve la otra vez.

—¿A qué te refieres?

—No he procesado el teclado del ordenador y aunque la policía lo hizo, quiero confirmar los resultados. Tengo una corazonada y suelo comprobarlas. Hasta ahora nunca me han fallado.

El cardenal Archer Slorach

Tarragona, viernes 27 de enero de 1989

Larrau, sábado 28 de enero de 1989

Ciudad del Vaticano, domingo 29 de enero de 1989

Santini Ricci viajó ese día a Tarragona. Allí esperó a que su ayudante se comunicase con él y le ofreciera la información que necesitaba. Después de estudiar los datos y las imágenes recibidas, le pidió que sacase un billete de avión con origen en el aeropuerto de Pau-Pirineos y destino al Vaticano o a la ciudad que estuviese más cerca, con fecha de embarque para el domingo 29 de enero.

El plan de Santini consistía en introducirse en el Vaticano haciéndose pasar por el Cardenal Archer Slorach. Gracias a los contactos e influencia de la que gozaba por su extensa experiencia como espía, y a la labor de Piero, logró saber los nombres de los últimos prelados que iban a ser ordenados cardenales y debían incorporarse a la curia del papa. Eran en total cinco, tres de ellos obispos y dos sacerdotes sin ningún rango, de los cuales escogió al Cardenal Archer Slorach para suplantarlo.

El clérigo tenía procedencia francesa, pero la edad y constitución encajaban con la suya, y también otro factor importante que tuvo en cuenta fue que nunca había viajado a Roma, por lo que suponía que no le conocerían en persona. Le pareció extraño que fuera elegido para ser nombrado cardenal porque era un simple cura de una pequeña parroquia en un pueblo perdido de Aquitania. Lo que le hacía sospechar y temer que tuviese alguna relación personal con Su Santidad o que fuese alguien de su confianza. Al no tener ninguna opción mejor, decidió arriesgarse. También averiguó Piero que el recién nombrado cardenal viajaría en el tren de las siete de la mañana, el domingo 29 de enero, desde Larrau hasta el Vaticano.

En vez de emprender viaje hacia Italia como le dijo al abad, el sábado 28 de enero, Santini Ricci tomó dirección a Aquitania. Estampó contra un haya

el vehículo que alquiló en Tarragona, en una de las curvas de la A-1602, cuando atravesaba la Selva de Oza en la provincia de Huesca, justo donde la calzada se elevaba sobre un gran desfiladero. Era una zona poco transitada y mucho menos a esas horas de la tarde.

Luego dejó alrededor del borde del terraplén pistas suficientes para que identificaran su falso nombre y pensaran que se despeñó por el barranco. Por último caminó unos quinientos metros y quemó al otro lado del arcén, en un repecho de bosque, la ropa de monje y el peluquín. A continuación enterró las cenizas.

Con anterioridad había pedido a Piero que lo recogiese en ese punto de la autovía. Así prosiguió con él viaje hasta Larrau, donde llegaron bien avanzada la noche. Dieron una vuelta por los alrededores buscando un lugar idóneo para sepultar un cadáver y abrieron una zanja. Después se despidieron. El ayudante ya había reservado un hotel donde alojarse y dejó al italiano en el vehículo, que aparcó frente a la vivienda del párroco y pasó toda la noche en vela, en espera de que asomara por la puerta.

Le interceptó a unos metros de la parroquia de San Juan Bautista, un acogedor templo de piedra con elementos góticos. La oscuridad de la madrugada se alió con Santini Ricci. Se aproximó al religioso por la espalda y cuando estuvo a menos de un metro de distancia le disparó en la nuca con una pistola corta con silenciador, una Colt OHWS, el arma típica del ejército norteamericano. Con rapidez arrastró el cuerpo y lo metió en el maletero del automóvil. Tras conducir unos veinte minutos se internó en el bosque de Irati y aparcó entre los hayedos. Despojó al cuerpo de la documentación y del hábito y lo enterró en la zanja que había preparado horas antes junto a Piero.

Un poco más tarde tomó la otra habitación que había reservado en el mismo alojamiento de su ayudante, una distinta a la suya para que no lo relacionasen con él. Se dio una buena ducha y cambió la foto al DNI de Archer Slorach. Quedó perfecto. A las ocho de la mañana se dirigió al aeropuerto de Pau-Pirineos. Paró en una gasolinera y en el servicio se colocó una peluca de abundante pelo canoso y barba del mismo color, acorde con la fotografía que había añadido al falso documento de identidad. Se enfundó una sotana y se rellenó de espuma el abdomen. Maquilló la cicatriz y se aplicó un aclarador de piel en el rostro, el cuello y las manos. Nadie podría decir que no era Archer Slorach. A las nueve y media llegó a Pau-Pirineos y a las once tomó un avión con destino al aeropuerto Rome Ciampino, el más cercano al Vaticano.

En la Sala Clementina del Palacio Apostólico se fueron congregando los candidatos a cardenales. En dos grupos charlaban los clérigos cuando Santini Ricci entró. Procuró tomar distancia, pero los demás se lo impidieron con preguntas sobre su parroquia de procedencia, la fecha en que se ordenó sacerdote y asuntos parecidos. No quería llamar la atención, así que optó por participar de aquella conversación banal que nada le interesaba. Pensó que aislarse sería más sospechoso.

El prefecto de la Casa Pontificia les dio la bienvenida, los nombró uno por uno y les tendió la mano; luego pidió que lo siguieran. Además informó de que al día siguiente a las nueve de la mañana se celebraría el consistorio en el que se les concedería la púrpura cardenalicia. Les fue asignando diferentes habitaciones para que descansaran y los convocó a la Capilla papal, la solemne misa que tendría lugar esa misma tarde, previa a la conmemoración de los nombramientos; como era costumbre sería presidida por el papa Juan Pablo II.

Santini Ricci durmió un rato, tanto viaje le había agotado. Al despertar, sacó el plano de la Santa Sede que le consiguió Piero y lo estudió con detenimiento. Dedujo que un libro tan importante para la iglesia, como era el *Iesus Nazareus*, no lo hallaría en la biblioteca sino en algún otro lugar más seguro, quizá en la cámara de los tesoros o en alguna sala secreta con altas medidas de seguridad. A la vez, le daba vueltas en la cabeza a una idea que le obsesionaba: el momento en que se encontrara con Su Santidad. ¿Se daría cuenta de que no era el verdadero Archer Slorach? Y si ello ocurría, ¿podría escapar de allí o correría peligro su vida?

Ya estuvo en situaciones muy difíciles con anterioridad, en especial en 1984 cuando el gobierno estadounidense lo contrató para espiar al presidente de la URSS, Konstantín Chernenko, o cuando realizaba espionaje en una gran compañía farmacéutica de Inglaterra. Siempre había salido ileso porque nunca le faltó un plan de huida. Era un hombre meticuloso y nada dejaba al azar, no creía en la suerte sino en la previsión, así que tenía que urdir uno con rapidez, por si las circunstancias se complicaban. Se paseó por la habitación de un lado a otro mientras desechaba cualquier estrategia que se le ocurría. Se acercaba al plano, lo miraba, calculaba los metros que tendría que recorrer desde el lugar donde se celebraría la Capilla papal; conjeturaba el número de escoltas con los que contaría la guardia... Luego volvía a dar vueltas por el dormitorio.

Justo cuando pensaba que lo mejor sería abordar al papa antes de la misa, se asomó al ventanal. La visión del verde de la hierba del jardín le causó

sosiego. Y contemplar al jefe de la Iglesia paseando entre los árboles le provocó júbilo. Era la ocasión perfecta. Simular un encuentro fortuito sería la solución. Salió con presura del aposento y se dirigió al jardín. Enfiló el sendero por el que caminaba Juan Pablo II en dirección opuesta a él, de forma que se encontrarían de frente. A medida que se aproximaba el temor a la reacción del pontífice se acrecentaba, pero su habilidad para controlarlo funcionó como otras muchas veces.

Cuando lo tuvo al lado se paró ante él, le hizo una reverencia y besó su anillo.

—Santo Padre, permita que me presente —dijo mirándole a los ojos—. Soy Archer Slorach.

—Bienvenido, hijo —respondió el Pontífice—. Ya tenía ganas de conocerlo. Sus escritos son una bendición. Y admiro el italiano perfecto que exhibe, ya se lo he comentado en alguna ocasión, pero tengo que repetirlo porque es asombroso.

—El estudio de los idiomas siempre me ha atraído. Quiero agradecerle que haya pensado en mí para otorgarme el insuperable honor de recibir la púrpura cardenalicia sin ser obispo.

—Para algo ha de servir la dispensa papal. Acompáñeme. Ya que Dios ha querido que me cruce en su camino aprovechemos su beneplácito y platiquemos sobre ese asunto.

—Para mí será un placer pasear con Su Santidad.

—Necesito a alguien de confianza. Tengo demasiados enemigos, y no son externos, los peores están aquí dentro. Como sabe, una parte de la institución católica, que considero anti Iglesia, no comulga con nuestras ideas en contra del comunismo, de la homosexualidad, del aborto o los anticonceptivos, ajustadas por completo, en especial estas últimas, a la moral sexual emanada de la encíclica *Humane Vitae* del vicario de Cristo Pablo VI; también hay quienes critican mi respaldo a los movimientos eclesiales o me tachan de haber relegado a las iglesias locales, e incluso de pecar por afán de protagonismo personal. Y no digamos cómo me están afectando los escándalos del Banco Vaticano y las intromisiones de la masonería.

—Lo sé, Santo padre. Imagino el peso que llevará. Son demasiados frentes abiertos y muchos adversarios. También he oído las críticas por el apoyo que le ha prestado a Pinochet. Yo siempre estaré de su lado secundando las sabias decisiones que toma. Estoy seguro de que Dios es su mejor aliado, de que es Él quien le inspira y le guía —lo aduló Santini Ricci—. Aunque las últimas palabras del pontífice le preocuparon. En un segundo

se abrieron en su mente multitud de interrogantes: ¿Se refería a él de forma indirecta en esa mención a la masonería? ¿Habría descubierto su falsa identidad?...

—Por eso lo he traído, querido Archer. Me prestará un gran servicio, a mí, a nuestra Santa Madre Iglesia y a nuestro Señor.

—Pídame lo que quiera. —Ofreció el italiano que se tranquilizó un poco con la frase anterior.

—Mañana le informaré del nuevo cargo, hijo. Por cierto, su voz me parecía más grave a través del teléfono.

Santini volvió a temer que ese comentario fuese un signo de desconfianza o de sospecha, y también que le preguntara algo acerca de las conversaciones que tuvieron Archer y él, pero salió del atolladero como pudo.

—Sí, es algo que me suelen decir. Creo que el teléfono la distorsiona a veces, al menos la mía, y la verdad es que no acierto a comprender la razón.

—Mejor que nadie sabemos que no todo puede explicarse. Nuestra doctrina contiene tantos misterios... Y sin embargo no la ponemos en duda. Somos hombres de fe y no de ciencia.

—Sí, Santo Padre, hemos sido bendecidos por la gracia divina. Es la mayor fortuna con la que pueda soñar un hombre.

Santini Ricci respiró aliviado. Había superado la prueba. Aunque lo más difícil aún estaba por hacer.

29

Besos fugaces

Sevilla, viernes 24 de febrero de 2012

En cuanto Ariadna Wharton y Julia Soler subieron a la primera planta del palacete, esta se introdujo en el despacho del duque. La duquesa permaneció fuera, seguía causándole estragos entrar en aquella habitación. La detective extrajo del bolso una pequeña caja y se enfundó unos guantes de látex. Sacó también un kit que contenía lo necesario para tomar las huellas dactilares latentes. Con una pequeña brocha esparció unos polvos químicos por el teclado del ordenador del duque. Luego pegó una lámina adhesiva transparente y, tras despegarla, la selló y la guardó.

—¿Qué has hecho?

—Procesar el teclado del ordenador. Llevaré las huellas a un laboratorio con el que trabajo. Sé que la policía no encontró nada raro, pero no me gusta dejar ningún cabo suelto. Prefiero comprobarlo todo.

—Eres una gran profesional. Ya me lo dijo el comisario Jiménez. ¿De qué lo conoces?

—Colaboré con él en una investigación de unos asesinatos el año pasado.

Julia Soler por un momento se trasladó en el tiempo. Le vino a la memoria la imagen de su amiga muerta. El miedo que pasó cuando se infiltró entre los sospechosos. La intrincada relación que mantuvo con el comisario Jiménez, en especial en los inicios del caso. Y todas las extrañas situaciones que quedaron sin explicación.

Ariadna Wharton observó la lejanía de la mirada de la detective y cómo el alma se le llenaba de nostalgia. Casi podía palpar el daño por las ausencias constantes en la vida de Julia Soler y las cicatrices de sus heridas. Intuía que aquella mujer encerraba más misterios de los que imaginaba. En realidad no la conocía. Ni sabía por qué la amaba. Era como una dulce canción que se le metía en la médula o, más bien, igual que una de sus composiciones

inacabadas. Tal vez tenían algo en común que aún no había descubierto, quizás el pasado traumático, el sufrimiento y el sentimiento de soledad.

—Ven, tocaré el piano para ti. Y a mí me ayudará a levantar el ánimo. Si no fuese por la música... hace tiempo que me habría quitado la vida — confesó la duquesa con naturalidad.

—No digas eso. Ya quisieran muchos ser tan afortunados como tú.

—¿Te refieres a mi dinero?

—También, pero sobre todo porque has tenido una familia, un padre y una madre que te querían y protegían, aún tienes a tu primo. Porque gozas de salud y puedes dedicarte a lo que te apasiona. ¿Te parece poco?

—Cuéntame algo de ti. En realidad apenas sé nada.

Mientras conversaban, caminaban por el largo pasillo que conducía a la sala de música. Al llegar a la puerta, ambas se quedaron paradas, una frente a la otra.

—No me gusta hablar de mí, pero yo perdí a los míos muy pequeña. Murieron en un accidente de avión. Me crié en un colegio de monjas, un tanto malvadas. Tuve una infancia dura. Aunque no me quejo.

—¡Ah! Valoras tanto a la familia debido a que a ti te faltó.

—Incuestionable. Las experiencias nos conforman y el pasado programa nuestro presente. Nadie se libra de la historia que le precede. Aun así prefiero ser positiva, mirar el lado bueno de las cosas, disfrutar de los momentos felices y sostener con entereza los menos alegres.

—Ha debido ser una infancia muy triste —estimó Ariadna Wharton mientras confirmaba lo que había intuido hacía un instante y entró en la habitación seguida de Julia Soler.

—Sí, lo fue, pero cambiemos de tema.

—No hay nada de malo en reconocer que la vida no nos ha tratado bien. Pensarás que soy afortunada, y puedo serlo por muchas cosas, sin embargo hay carencias que reclaman satisfacción y aflicciones que no se olvidan con facilidad. Es bueno quejarse.

—La queja no nos lleva a ningún sitio, más bien nos mantiene en el mismo lugar. Prefiero seguir adelante, sacar fuerzas de donde pueda y luchar por conseguir un futuro mejor. Créeme, a mí es la actitud que me funciona.

Sus miradas se tocaban deseosas de enlazarse. Un silencio largo permaneció en el aire. La duquesa la abrazó y pegó su cara contra la de Julia. Deslizó despacio los labios por su mejilla hasta encontrar su boca. Se mordieron con ternura, evitando dañarse. Ariadna Wharton levantó el suéter de Julia Soler e introdujo sus manos para palparle la piel de la espalda. Se

apretaron con dulzura. Sus respiraciones se agitaron. Gimieron ambas de placer. Volvieron a besarse con más ímpetu. El aire se incendió. Y de pronto la detective se apartó.

—No puedo.

—Déjate llevar, no pienses.

—Tengo que irme.

—Espera. Solo un beso más —pidió Ariadna Wharton casi en un susurro, mientras se acercaba de nuevo a su boca.

Los labios de las dos se unieron con intimidad, se separaron unos segundos y se rozaron otra vez.

—De verdad que no puedo. Por favor, no insistas. Deja que me marche.

Ariadna le acarició la cabeza.

—Me encanta tu pelo corto despeinado.

La investigadora agarró el picaporte de la puerta y reunió toda su energía en un intento de girarlo. Aquella se entreabrió, pero sus pies parecían pesar toneladas o, más bien, estar adheridos al suelo.

—Tocaré algo para ti. Te prometo que no me acercaré.

—Tengo que llevar las pruebas al laboratorio.

—Solo una pieza.

—Si me quedo tendrás que contratar a otro detective.

—De verdad que no te tocaré, ni te miraré.

—Ese no es el problema, de quien no me fio es de mí.

La púrpura *cardenalicia*

Ciudad del Vaticano, domingo 29 y lunes 30 de enero de 1989

Santini Ricci volvió a repasar el plano. Quería recorrer cada rincón de la Santa Sede para determinar en qué medida había vigilancia, conocer el horario de los turnos y la distancia exacta entre su aposento y los posibles lugares donde podría encontrar el anillo azul y el *Iesus Nazarenus*. Iba a ser una noche muy larga.

Abrió la puerta a la una de la madrugada y asomó la cabeza. Un largo y oscuro pasillo se abría ante él y un silencio sepulcral lo inundaba todo. Recorrió la galería a la que llegaba un olor dulzón y contó diez puertas en cada flanco de la misma. Al salir de ella se dirigió hacia el ala derecha donde encontró otras diez. Salió a la calle y divisó a lo lejos un par de centinelas delante de la residencia papal. Una imponente luna llena encendía el aire y alumbraba la hilera de edificios monumentales. El espía se quedó agazapado detrás de una esquina y volvió sobre sus pasos, le era imposible continuar sin ser visto. Decidió regresar y dormir un poco. Le convenía estar descansado y ágil de reflejos.

A las nueve en punto de la mañana, en la sala vaticana se congregaba el cuerpo diplomático y la nobleza romana. El papa entró, rodeado de la corte, y fue a sentarse en el trono. Mientras, los cardenales esperaban en la Capilla Sixtina rezando el Tedeum. Después de los discursos de los abogados consistoriales, doce cardenales fueron a buscar a los que esperaban recibir el Capelo y los acompañaron hasta el pie del trono, donde el pontífice les cerró la boca, como era costumbre. Después de leer la fórmula de creación de los nuevos cardenales, uno a uno se acercó y se arrodilló ante él para recibir el anillo, el birrete, el solideo y el Título. Terminado el consistorio procedió a la ceremonia de abrirles la boca y, una vez finalizada, salió de la sala.

Como mandaba el protocolo, los nuevos cardenales visitaron al Decano del Sacro Colegio, que los recibió acompañado de altos cargos del clero y del

Prefecto de Las Sagradas Ceremonias quien los presentó uno a uno. Al volver de la visita, el papa hizo llamar a Santini Ricci.

—Cardenal Archer, pase, pase. Ahora que ya ha sido presentado en público y de modo oficial, quiero que se convierta en mi sombra. Necesito hombres como usted en estos momentos de rebelión. Por supuesto siento a Dios conmigo, sin embargo, a veces, echo de menos el apoyo humano. No le he puesto al frente de ninguna catedral porque se quedará aquí a mi lado, en la Santa Sede. Ya he ordenado que le acomoden en una habitación cercana a la mía. Me acompañará en todos mis actos. Me ayudará a redactar los textos, me aconsejará cuando tenga dudas y aprenderá lo necesario para el buen gobierno y administración de este Estado. No he podido nombrarlo Prefecto porque como sabe ese cargo está ocupado, pero tendrá orden de mi puño y letra de hacer las mismas funciones.

—Su Santidad, yo no merezco tal...

—No diga nada. Dios me ilumina en todas mis decisiones y ¿no querrá contradecirlo? Ahora marche a por sus pertenencias. Cuando regrese le estará esperando mi mayordomo para acompañarlo a su nuevo aposento. Él también le servirá de guía, le mostrará cada rincón de esta humilde morada de modo que se vaya familiarizando con ella. Quiero que la conozca como la palma de su mano.

—¿Y el actual prefecto no se sentirá ofendido? Por nada del mundo querría agenciarme enemigos tan pronto.

—Puede estar tranquilo, amigo Archer. Es un hombre de mi confianza absoluta, fiel y muy servicial, y le aceptará sin la más mínima queja. Distinto sería si sintiese amenazado su puesto, es normal entre los mortales defender lo que creen que les pertenece. Mientras siga ostentando de forma oficial el cargo no habrá problema. Puede estar seguro. Su avanzada edad le está afectando la mente, todavía de modo leve, pero se va deteriorando poco a poco y quiero ir previniendo su futura sustitución.

—Será un gran honor servirle, Beatísimo Padre. Espero, con la ayuda de Dios, cumplir la misión que me encomienda y no decepcionarle.

—Estoy seguro de que lo hará muy bien.

Santini Ricci hizo una reverencia, le dio las gracias al papa y salió del despacho un tanto confundido, no sabía si sentirse afortunado porque aquel ofrecimiento le permitiría tener mayor libertad o todo lo contrario.

31

El rapto

Sevilla, viernes 24 de febrero de 2012

Después de entregar las huellas latentes en el laboratorio para el análisis, Julia Soler se dirigió a su casa. El cielo se cubrió de nubes negras en menos de un minuto y comenzó a llover con furia sin previo aviso. Desde la calle Torneo, la visión de una Giralda vaporosa y teñida de lágrimas se le antojó a la detective la silueta de una postal antigua. La ciudad parecía retroceder en el tiempo a una época exenta de bullicio. Una Sevilla de humedad, embrujada de sombras, propagó el eco de los truenos y en el horizonte trenzó relámpagos. Las luces de los rayos punteaban el firmamento. Por un instante Julia se resguardó en un portal, bajo una balconera, pero ya estaba empapada. La presencia de agua en la ropa le taladró los músculos y el frío le mordió el cuerpo sin clemencia, así que decidió continuar por la calle Bécquer y, tras cruzar Feria, se adentró en Relator. Para acortar el camino enfiló el pasaje de Valvanera que desembocaba en San Luis, un solitario y abandonado pasadizo por el que la lluvia corría con desenfreno entre las galerías y los puentes aéreos que lo cubrían en parte.

Un hombre encapuchado la seguía desde hacía rato y apresuró el paso. Llevaba desplegado un paraguas negro que le cubría el rostro. Se le aproximó por la espalda sin que ella se diese cuenta. La golpeó en la nuca con la culata de una pistola. Julia Soler de inmediato perdió el conocimiento y cayó en redondo.

A la salida del callejón esperaba otro hombre en un todoterreno negro, con el motor en marcha y una de las puertas traseras abierta. El encapuchado la arrastró con rapidez y la introdujo en el vehículo. Salieron a todo gas hacia las afueras de la ciudad y pusieron rumbo a Cazalla de la Sierra. A mitad de camino Julia Soler comenzaba a despejarse y el mismo hombre que le había golpeado con la culata, le propinó otro fuerte golpe. Ella de nuevo cerró los ojos.

La detective despertó con un intenso dolor de cabeza y un poco mareada. Tenía las manos atadas a la espalda y la boca amordazada. Estaba tirada en el suelo de una especie de cobertizo. Trató de moverse y una punzada incisiva le recorrió el rostro. Un silencio tenebroso inundaba aquel lugar. Todo estaba oscuro. Apenas distinguía las grises paredes que la cercaban. La confusión de no saber qué pasaba ni dónde se encontraba le impedía pensar con claridad. Sentía su corazón latir con furia, acelerado. Le costaba respirar. El miedo le hería el alma. Los recuerdos de los encierros a los que la sometieron las monjas con las que vivió de pequeña se le agolparon en la memoria. Durante unos minutos quedó inmóvil, bloqueada por completo, congelada en el presente por los rastros del pasado.

La primera vez que las monjas la encerraron en una oscura y pequeña celda, sin ventanas, sin cama, con una sucia manta y el suelo de colchón, por la que paseaban cucarachas a su antojo, apenas tenía nueve años. Acababa de ingresar en el colegio y el duro castigo fue por completo injustificado. Ella solo lloraba y gritaba llamando a la madre porque no quería quedarse allí. De nada le sirvió. Pasó una noche que nunca olvidaría, a la que se sumarían otras muchas.

Tras esos instantes de angustia y parálisis, se dobló lo más que pudo, como una contorsionista, y logró pasar las manos por delante de las piernas que flexionó hasta el máximo posible. Logró bajarse la mordaza y mordió la cuerda que ataba sus muñecas, pero esta no cedía. Se puso de pie. Con las manos unidas por las ligaduras palpó la pared. Tropezó con un mueble y por poco da de bruces contra el cemento. Se golpeó la cabeza con un gancho que pendía del techo. Se abrió una brecha en un brazo con una punta que sobresalía de un muro y le cayó en el pie un jarro de hojalata.

Por fin, encontró un interruptor que, tras pulsar, encendió una luz plomiza, destilada por una bombilla exánime. La habitación se iluminó con vaguedad y mostró el lamentable estado en que se hallaba. Una gran tela de araña colgaba del techo y formaba una red gigante en una de las esquinas. Un mueble de madera, viejo y desvencijado, con las puertas arrancadas y las patas vencidas, soportaba el peso de una pila de granito y de un generador de electricidad teñido de herrumbre. Varias sillas de enea se amontonaban en un rincón, deterioradas por el paso del tiempo y el poco uso. Una bicicleta olvidada se estrellaba contra el suelo con el sillín desprendido. Al lado de ella descubrió su bolso. Un cubo de latón adornaba un recodo, bajo un grifo que escupía gotas espaciadas; un cuadro ladeado, con pintura ecuestre, engalanaba un testero y una cabeza de ciervo embalsamado lucía en un rincón. El blanco de

las paredes había desaparecido bajo el gris de la suciedad. La ausencia de vanos y la puerta oscura de hierro, cerrada a cal y canto, mantenían la opacidad del espacio.

Julia Soler buscó alguna herramienta con la que cortar la cuerda. No encontró nada que le sirviera. Miró las astas del ciervo y pensó que allí estaba la solución. El animal disecado se hallaba demasiado alto, pero ella agarró una de las sillas y la colocó debajo. Dudaba que pudiera sostenerla y sin embargo se subió. Se acercó a la cornamenta del venado y frotó contra ella el cordel. Así estuvo un buen rato sin que apenas obtuviera resultado. Tuvo que parar un par de veces porque la postura era insostenible. Su cuerpo dolorido se resistía a continuar. Sus brazos se rebelaban por cansancio. Los intentos de soltarse le arañaron la piel de las muñecas. La cabeza le dolía como una cuchillada retorcida. Se bajó de la silla, que se movía y chirriaba igual que un gato perseguido cada vez que ella friccionaba la sogá hacia delante y hacia atrás, y se volvió a subir tras unos segundos de descanso.

Después de varias tentativas y una gran fuerza de voluntad, consiguió deshacerse de las ligaduras. Luego se quitó del todo la mordaza y comenzó a preguntarse cómo salir de allí. Miró en el bolso y echó en falta la ganzúa que a veces llevaba, pero al menos el Labios Explosivos que le regaló Diego Jiménez seguía en él. La pequeña pistola, de una sola bala, camuflada en un lápiz labial, ya le fue útil en una ocasión y tuvo la precaución de recargarla. No le quedaba otra que esperar a que el raptor abriese la puerta. Pero... ¿y si eran varios?, se preguntó. Cogió el cubo de latón y pensó que mientras disparaba a uno golpearía a los demás con el balde.

Se colocó al lado del batiente de la puerta, preparada para el ataque, con el bolso colgado en bandolera. La espera se le hizo una eternidad. Cada minuto le parecía una hora. Cambió de posición al menos cinco veces porque los músculos tensos se le entumecían. Hasta que, por fin, escuchó ruidos de pisadas en el exterior y cómo alguien introducía una llave en la puerta. Esta se abrió y la investigadora golpeó en la frente con el cubo de metal al hombre que estaba a punto de entrar en la habitación. Este cayó sin sentido de inmediato. Venía solo. Julia Soler soltó el cubo. Saltó por encima del cuerpo del raptor, sorteándolo. Y echó a correr. No sabía dónde estaba. Ninguna casa se divisaba alrededor. Solo pequeñas lomas cubiertas de arboleda se extendían delante de ella. Siguió corriendo durante una media hora más y, extenuada, se detuvo a descansar bajo la sombra de un roble.

Estaba a punto de continuar la marcha cuando una bala impactó muy cerca de su cara arrancando un trozo de corteza del árbol. Se tiró al suelo boca

abajo, detrás del tronco. ¡Dios mío!, pensó, debí matarlo, el maldito raptor ha debido recuperarse. ¿Qué voy a hacer ahora? ¿Cómo saldré con vida de aquí? ¿Es este mi final?

Otro proyectil silbó en el aire. El olor a pólvora ardió en los pulmones de Julia. El hombre se aproximaba. La hierba crujía bajo sus pies. La detective estaba paralizada. Temía lo peor. Sabía que no tenía salida. Si echaba a correr, sería un blanco fácil. Si permanecía allí agazapada, él terminaría alcanzándola. No quería morir.

Reptó como una serpiente hasta el siguiente árbol. Si lograba despistarlo, tal vez, tendría alguna posibilidad. Continuó reptando otro trecho más, pero otra bala, que le indicaba que el secuestrador había descubierto su nueva posición, descuajó unas ramas a escasos centímetros de su lado.

Cogió la pistola labial y la ocultó en la mano. Su única esperanza era que el criminal la quisiera viva. Si tenía alguna posibilidad de dispararle... Tendría que tenerlo muy cerca y acertar a la primera, de lo contrario estaría perdida. El arma era de una sola bala y no podía desperdiciarla.

—¡Levanta, perra! —gritó el bandido al llegar a su lado.

Julia Soler alzó la cabeza y vio cómo la apuntaba con un revólver. Era un hombre joven, de unos treinta años, con una barba incipiente y aspecto de no haber dormido en varios días.

—Vas a pagar muy caro el golpetazo que me has dado. ¡Arriba! —repitió con furia y mirada asesina.

Ella siguió inmóvil, incapaz de obedecer. El terror se había apoderado de su cuerpo y no le respondía. Un sudor frío le recorría el rostro, se introducía en sus órganos visuales y le quemaba las pupilas. El hombre, sin dejar de apuntarla, se agachó un poco y la cogió de los pelos. Julia, sobreponiéndose, le agarró la mano en la que llevaba la pistola.

Tiró de él. Colocó el Labios Explosivo en su corazón. Y disparó.

Los ojos del secuestrador se clavaron en los de ella. Le lanzó una mirada desesperada y de sorpresa que fue perdiendo el brillo hasta quedar opaca por completo. Luego, el cuerpo muerto cayó encima de la detective que tuvo que empujar con fuerza para apartarlo.

Era la segunda vez que mataba a un hombre. En la anterior ocasión se sintió culpable, mala persona, incapaz de digerir el suceso. Sin embargo ahora un regusto desconocido le ascendía a la boca. Sentía un centelleo lascivo en sus retinas que se recreaban en la imagen de la muerte y una satisfacción enorme por haber hecho justicia. Julia Soler se levantó un poco y permaneció sentada en el suelo. Le tomó el pulso en el cuello al secuestrador y confirmó

que la vida le había abandonado. No quería volver a llevarse ninguna sorpresa.

La detective se llevó la mano al pecho. Intentaba sosegar los fuertes latidos que le golpeaban el esternón. La adrenalina todavía circulaba por sus venas a gran velocidad. Comenzó a llorar un llanto desgarrado y liberador, con desconsuelo, con gratitud por seguir viva. Ya había pasado todo, al menos de momento.

32

La huida

Ciudad del Vaticano, jueves 2 y viernes 3 de febrero de 1989

En cinco días Santini Ricci no logró averiguar nada en relación a la misión que le retenía en la Santa Sede, pero por algunos comentarios del mayordomo del Santo Pontífice supo que la Oficina de Gobierno, ubicada en el centro mismo de los jardines del papa, era el único edificio en el que existía una cámara acorazada, ya que hizo mención a ella en una ocasión.

La mañana del jueves 2 de febrero se dispuso a registrar aquel recinto y a analizar el modo en que se abría la puerta de seguridad. Pensó que era mejor hacerlo a la luz del día, porque de noche podría levantar sospechas. Si alguien le preguntaba, diría que cumplía órdenes de Juan Pablo II. Sin embargo, no tuvo que mentir porque a nadie le pareció extraño que el hombre que ejercía de mano derecha del Santo Padre, entrara en aquel lugar.

Varios miembros de la guardia suiza vigilaban la entrada. En el interior dos funcionarios trabajaban detrás de mesas de madera sobre las que se acumulaban distintos documentos y carpetas. Santini Ricci se dirigió a uno de ellos aparentando la mayor normalidad.

—¿Quién tiene la llave? —interrogó Ricci, con aire altivo y haciendo un gesto con la cabeza que indicaba hacia la cámara acorazada.

Uno de los hombres sacó una llave del cajón de su mesa, se levantó y tras meterla en la cerradura de la puerta de seguridad, marcó una clave. Tuvo que esperar cinco minutos debido al sistema de apertura retardada. Luego volteó una manecilla redonda y tiró de ella. Santini Ricci entró en la cámara y el funcionario le siguió.

—He tenido noticia de que hubo hace poco un intento de atraco —alegó el espía.

—Así es, Su Eminencia, algo inverosímil. Jamás había ocurrido, pero los tiempos están cambiando, ya no le tienen respeto a nada. Menos mal que se fueron con las manos vacías y aquello se quedó en un susto, eso sí, de muerte.

—Describame qué se guarda —pidió Santini con firmeza.

—El dinero de los empleados y algunas reliquias de valor incalculable sobre todo por su antigüedad: medallas, anillos, cálices, pinturas, tallas, esculturas y manuscritos.

—Traiga el inventario, porque supongo que habrá uno.

—Ahora mismo, Eminentísimo.

El funcionario salió de la cámara y se dirigió a uno de los archivadores de la sala contigua. Extrajo el documento y se lo llevo al cardenal.

Mientras, Santini Ricci observó una vitrina con hojas de cristal, que contenía en uno de los estantes diferentes copas doradas, algunas con incrustaciones de gemas; otro estante estaba repletos de medallas y uno de más abajo, de anillos. De inmediato reconoció en uno de ellos el grabado que le había descrito el duque. En ese momento llegó el funcionario y Santini Ricci prendió el inventario. Lo revisó y se dio cuenta de que comprobar las obras de arte que allí se enumeraban, sería una labor demasiado prolongada.

—Por favor, léalo e indíqueme dónde se aloja cada objeto.

El empleado obedeció. Y durante más de una hora estuvo leyendo y mostrando el lugar en el que se hallaban los distintos tesoros. No figuraba el nombre de *Iesus Nazarenus*.

—¿Es todo?

—Así es. Hemos terminado.

—No ha abierto ese aparador —expuso Santini que señalaba un armario de madera—. Además mencionó que también hay algunos manuscritos. No los he visto.

—En efecto, no figuran en este inventario sino en el de la biblioteca.

—Pero se guardan aquí, ¿no?

—Sí, Eminencia, precisamente en ese mueble.

—Pues ábralo.

El empleado salió de nuevo y sacó del cajón de la mesa la llave del armario, al regresar lo abrió y Ricci pudo contemplar una gran cantidad de ejemplares, dispuestos en vertical. Enseguida le llamó la atención uno de los lomos por su color rojo; el grosor y el tamaño coincidían con lo que había dicho el duque. Para no delatar el interés que tenía por él, estuvo hojeando varios volúmenes antes de cogerlo y comprobar si, en efecto, ese libro de tapas rojas contenía en el interior el título que buscaba, porque en el exterior no figuraba nada escrito, solo una pequeña y borrosa ilustración que parecía una estrella de David. Sus ojos se iluminaron al leer en la primera hoja *Iesus Nazarenus*. Lo depositó en su sitio y revisó otros cuantos.

—Lo dejaremos para otro día, son muchos y ahora no dispongo de más tiempo.

—Como quiera, aquí me tendrá, siempre disponible.

—Dígame, ¿cómo pudieron acceder los atracadores con la guardia suiza en la puerta?

—Antes solo vigilaban de noche. Nadie se imaginaba que en horario de trabajo y a plena luz del día pasaría algo así. Claro que se han tomado medidas. A partir del suceso se instaló el sistema de apertura retardada y, también desde entonces, nos custodia de forma continua la guardia suiza. La habrá visto en la puerta.

—¿Y qué se llevaron?

—Nada, se lo he comentado antes. Menos mal que Dios nos protegió. Mi compañero logró pulsar las alarmas y los ladrones salieron corriendo. No había nadie para detenerlos y consiguieron saltar por la tapia de atrás, al no ser muy alta lograron escapar. Cuando llegó la policía era tarde, los pillos andaban ya demasiado lejos, cualquiera sabe dónde.

Santini Ricci cruzó los jardines y regresó a su residencia. Iba pensando en cómo entrar de nuevo en aquella cámara sin levantar sospechas, burlar a la guardia suiza, apropiarse del anillo y del libro sin que su vida corriese peligro y, en especial, en cómo salir de allí con los tesoros en su poder. Después de darle muchas vueltas a distintas posibilidades, decidió que prepararía la huida al igual que los fallidos atracadores. Llamaría a Piero, su fiel ayudante, y le pediría que lo esperase en el vehículo detrás de la tapia de los jardines. Él volvería al día siguiente a la cámara acorazada y engañaría al funcionario del mismo modo, con la excusa de revisar el inventario y comprobar que todo estaba correcto. Y así lo hizo.

—Su Eminencia, ¿viene a verificar los manuscritos? —dijo el funcionario mientras abría el cajón y sacaba la llave de la cámara.

—No, traigo órdenes del Santo Padre. Debo llevarle un anillo azul y uno de los libros.

—Esto es muy irregular. El material no puede salir de aquí. —Se resistió el hombre.

—Compruébelo. —Santini Ricci le mostró un escrito con la orden firmada por el papa. La falsificación era perfecta.

El funcionario la releyó un par de veces, luego la enseñó al compañero. Ricci comenzaba a temer que le hubiesen descubierto, pensaba que tal vez se había precipitado, que ese error le impediría cumplir su misión. Imaginaba que el joven haría entrar a la guardia y lo detendrían allí mismo. Por fin, el

empleado se dirigió a la puerta de la cámara y la abrió. Santini cogió el anillo y el libro con el lomo rojo. Comprobó de nuevo el título en el interior y salió al jardín con paso decidido. Miró hacia atrás para comprobar que nadie le seguía. Cuando estuvo próximo a la tapia la saltó con facilidad. Se introdujo en el vehículo del ayudante que ya lo esperaba y ambos se alejaron a gran velocidad.

—Pisa el acelerador, Piero. No estaré tranquilo hasta que no salgamos de esta santa y bendita ciudad —le pidió el espía riendo, lleno de satisfacción.

El comisario Diego Jiménez

Sevilla, viernes 24 y sábado 25 de febrero de 2012

Después de andar dos horas por mitad del campo y dar vueltas como una peonza, Julia Soler logró llegar a una carretera. Estaba agotada y dolorida. Comenzó a caminar por la calzada sin saber en qué dirección iba, con el deseo de que pasara algún coche y la rescatara. Se había hecho de noche y en el último tramo ni siquiera veía dónde ponía los pies, a pesar de que la luna proyectaba una luz plateada e iluminaba con vaguedad el paraje. Una marea de sombras procedentes de los árboles parecían perseguirla y el sonido del viento aullaba como una manada de lobos. El frío apretaba sus dientes afilados y el hambre se hacía presente con intensidad. Tuvo la suerte de que un vehículo la recogió unos minutos más tarde y la dejó en el Hospital Virgen Macarena de Sevilla. Allí le curaron las heridas. Luego tomó un taxi y se dirigió a su apartamento. Necesitaba comer y descansar, había sido un día muy duro.

Al bajar del vehículo, se llevó una gran alegría. Diego Jiménez la esperaba en el portal de la casa.

—¡Dios, Julia! ¿Qué te ha pasado? Estaba muy preocupado. Te he llamado mil veces.

La detective, sin mediar palabra, se echó en sus brazos. Se mantuvo pegada a él durante un buen rato.

—Tú como siempre. ¿Es que no puedes avisar? —le reprochó Julia Soler cuando fue capaz de despegarse—. No sé qué haces aquí, pero me alegro de que hayas venido. No he visto tus llamadas porque se descargó la batería del móvil hace bastante tiempo. —Luego le toqueteó la cabeza—. Me encanta tu pelo rapado. Te sienta muy bien.

Subieron las escaleras hasta el primer piso y una vez arriba, Diego Jiménez le explicó por qué había venido y ella le contó lo ocurrido mientras preparaba unas tortillas francesas en la cocina.

—La duquesa me llamó para decirme que intentaron asesinarte, que te niegas a aceptar protección y que está pensando sustituirte. Quería que le recomendase a otro detective. La calmé y le prometí que yo mismo me ocuparía. De inmediato pedí unos días de vacaciones y decidí bajar a ayudarte. Pasé por la Jefatura Superior de Policía de Sevilla y he hablado con el inspector Molina. No está dispuesto a reabrir el caso, aun así me ha prometido colaboración. De otro modo hubiese recurrido al superior, el comisario Ibáñez.

—En otro momento no habría aceptado tu ofrecimiento, pero después de lo que ha pasado hoy, incluso te doy las gracias por venir. De verdad, creí que no saldría de allí, que aquel sujeto acabaría conmigo —confesó Julia Soler que daba unos platos a Diego Jiménez para que los llevase a la mesa—. Por cierto, ¿cuándo pensabas contarme que han escrito un libro sobre ti y el caso en el que trabajamos juntos, o es que no ibas a hacerlo?

—Unas semanas después de detener a los asesinos se puso en contacto conmigo una escritora y me hizo la propuesta de escribirlo. No le di importancia y, como siempre has querido permanecer en el anonimato, no creí que fuese necesario avisarte. Por supuesto le conté que tuve la ayuda de una investigadora inmejorable, pero no facilité tu nombre. Después me enteré que lo averiguó de algún modo y pensé que te enfadarías, así que evité hablarte de ello.

—Incuestionable. Me hubiese gustado saberlo.

—Lo lamento. No volverá a pasar —se disculpó el comisario y cambió de tema, porque deseaba desde hacía tiempo revelarles el nuevo proyecto que le rondaba la cabeza y conocer su opinión—. Estoy pensando pedir un traslado a Sevilla ya que tú no has querido venirte a Madrid.

—Diego... Jamás tendré nada contigo.

—Hacemos un buen equipo. Me apetece mucho que trabajemos juntos.

—Ahora eres comisario, tenías bastante interés en lograr el puesto. Tu equipo siempre ha sido importante para ti. Además, estás muy cómodo en Madrid. ¿Vas a perder lo que has conseguido solo por trabajar conmigo?

—Te echo de menos. Me cuesta soportar esta distancia. Y el puesto lo mantendré. Solo será un cambio de escenario.

—Tengo una relación con alguien —mintió Julia Soler, no del todo, porque no podía considerarse pareja de Ariadna, pero el enrevesado idilio que estaban a punto de iniciar le hacía sentir que quizá más adelante sí lo fuera.

—No me habías dicho... ¿Quién es ella?

—Eso no importa. ¿Y tu hijo, querrá vivir en Sevilla?

—Se lo he insinuado y no le hace mucha gracia, pero no tiene edad de decidir. Desde que murió la madre vive conmigo y pasa algunos fines de semana con las abuelas. Tendrá que ir donde yo vaya.

—Piénsalo, si le fuerzas quizá te lo reproche siempre y además aquí no tienes a nadie.

—Te tengo a ti, o al menos eso creía. —Diego Jiménez la miró con sus encantadores ojos grises, esperando una confirmación.

—Me refiero a nadie de tu familia. Por supuesto que me tienes a mí, pero solo como una amiga —puntualizó ella.

—Tenemos que avisar a la policía, para que examinen e identifiquen el cuerpo del hombre que has matado. Tal vez con suerte los datos que arroje nos conduzcan a los demás. —Cambió de tema el comisario porque le dolía aceptar la realidad y además no deseaba seguir escuchando que ella nunca lo amaría. Julia Soler siempre fue sincera en ese aspecto, jamás le dio muestras de que pudiese existir la más mínima posibilidad de mantener con él alguna relación sentimental y, sin embargo, se había aferrado a una brizna de esperanza. Y quería seguir haciéndolo.

—Lo dudo, esa gente debe estar muy bien organizada. Además no tengo ni idea de dónde he estado. Sé que era cerca de Cazalla de la Sierra porque, poco después de recogerme el hombre que me ayudó, vi un cartel en la carretera que anunciaba el final del municipio.

—¿Y cuáles son tus pistas, tus hipótesis, tus planes?

—Me siento en un callejón sin salida. Según León Bermejo, todo apunta a algunos miembros de la Orden de la Rosa Roja, pero tampoco descarto que la Iglesia esté detrás. No entiendo cómo pudieron entrar en la vivienda, matar al duque y salir de allí sin ser vistos y sin forzar puertas ni ventanas. No tengo ni idea de por dónde seguir para encontrar pruebas que confirmen una u otra conjetura. Esperaba que me dieras noticias de los registros telefónicos.

—Hoy pediré las transcripciones a la policía de Sevilla. En cuanto amanezca, porque estas no son horas de llamar a ningún sitio. Espero que me acojas en tu apartamento.

La investigadora le lanzó una mirada de complicidad y sonrió, a la vez que servía unas cervezas.

—Ya sabes que tendrás que dormir en el sofá.

—Sí, lo sé. No hace falta que me lo recuerdes. —Sonrió él también y encendió un cigarrillo.

Cuando comió, Julia Soler se dio una ducha y se fue a la cama. Durmió tan profundo que ni siquiera oyó el despertador cuando sonó a las ocho de la

mañana y eso que el estruendo que formaba era peor que una cacerolada. A las diez la despertó Diego con un magnífico desayuno y dándole buenas noticias.

—Esto sí que es un lujo. Nunca me habían traído el desayuno a la cama.

—Pues no te acostumbres.

—Te agradezco que hayas venido, de verdad, y que me hayas preparado estas ricas tostadas.

—Ya tengo las transcripciones de las escuchas, acabo de recibirlas. Aún no las he leído, pero en cuanto desayunemos me pondré en ello.

—Espero que encuentres un hilo del que tirar. —Deseó Julia Soler—. Hay que interrogar a un tal Basilio Navarro, integrante de la Rosa Roja. Es el principal sospechoso, según León Bermejo. Él me dio el contacto.

—Tú relájate que ya me ocupo yo. Vayamos por partes. Primero leeré las transcripciones y, dependiendo de lo que encuentre, ya decidiremos cómo continuar.

—Estoy magullada pero no inválida. Lo haremos juntos y dame las gracias porque te dejo participar. —Rio Julia.

—Como mande, señora detective, mujer autosuficiente. Había olvidado que te molesta que te cuide —ironizó Diego Jiménez.

34

La cita

Madrid, lunes 6 de febrero de 1989

Santini Ricci llamó al duque para adelantar unos días la cita acordada en la anterior entrevista y el lunes 6 de febrero volvieron a encontrarse en el café Gijón.

Cuando Christofer Wharton entró, buscó con la mirada al italiano. Al no verle se sentó y pidió un té verde. Santini ya estaba en el local, pero su maestría con el camuflaje le hizo irreconocible. Parecía un anciano de unos setenta años con el peluquín blanco y las cejas pobladas del mismo color. Sonrió en sus adentros. Apretó el botón de la silla de ruedas en la que había llegado y se acercó al lugar donde se hallaba el duque. Portaba una bolsa de papel con el logotipo de una marca de zapatos.

—Me alegra que no me haya reconocido. Es buen síntoma.

Christofer Wharton observó sus facciones un tanto asombrado. No podía creerlo, apenas a un metro de distancia aún dudaba de que fuese Santini Ricci.

—¿De verdad es usted?

—Lo soy. Puede llamarme Lucas. Toda seguridad es poca. Me buscan por todos sitios.

—Lamento que se halle en esta situación.

—No se preocupe, son gajes del oficio. Esta bolsa contiene lo que me pidió. No quise decirle por teléfono que tenía buenas noticias.

—¿Qué me dice? Creí que hoy solo me informaría de la investigación. ¿Ha encontrado...?

—Era lo previsto, pero lo he conseguido antes de lo que pensaba. ¿Qué misterio esconde el texto? Necesito saber la verdad o no podré entregárselo.

—Le dije lo que sabía en nuestro anterior encuentro. No tengo más que añadir.

—Discúlpeme, señor duque, pero ese cuento no se lo cree nadie. No tendría pisándome los talones a toda la curia de la Iglesia si se tratara de algo

banal. Se han dado prisa en averiguar que un impostor se coló en la cámara acorazada del Vaticano y sé que barajan mi nombre como el más probable.

—He pagado lo que me ha pedido y saldaré hoy mismo lo que resta. En el contrato no se habló de nada más.

—Mis honorarios dependen de su valor, ya se lo advertí. No podrá saldar la cuenta si no conozco en profundidad qué es lo que le entrego. Si le soy sincero, le diré que lo he hojeado, pero no sé en qué idioma está escrito y mire que yo manejo varios. No he querido llevarlo a ningún experto para que lo traduzca por preservarlo.

El duque se quedó pensativo. La información que ocultaba era demasiado importante y, por un lado, desconfiaba de Santini Ricci, ¿en realidad solo la quería para ajustar el presupuesto de los servicios o se negaría a entregar el texto cuando conociera lo que encerraba? Pero, por otro lado, contarle la verdad no era la única salida que le quedaba. Así que decidió desvelar solo una parte de ella.

—El manuscrito es único, está en arameo. Se divide en dos partes, la primera contiene un diario escrito de puño y letra del propio Jesucristo; la segunda parte la escribió María Magdalena cuando él murió. Jesús deja claro que no era hijo de ningún Dios sino un simple mortal, un hombre de carne y hueso como todos, con esposa y con hijos. Fue un revolucionario que luchó contra el imperio romano y que murió por cuestiones políticas y no religiosas. Como ya le dije, nunca lo he leído, ni siquiera lo he visto. Esto que le cuento lo sé porque me transmitieron esa enseñanza al conseguir el grado treinta y dos. Se imaginará por qué la Iglesia quiere tenerlo y ocultarlo, y el valor incalculable que posee. Estoy cometiendo una falta grave contra nuestra orden al hablar de ello.

—¿Y el anillo?

—Es el sello que debe llevar el Gran Maestro de la Rosa Roja en todas las ceremonias. Como ya sabe procedemos del Gran Oriente de España, fundada por mi antecesor, el duque Philip Wharton, que entonces ocupaba ese cargo. Poco antes de su muerte la Iglesia supo de la existencia del libro y de que estaba en nuestro poder. Hubo otra gran purga contra los masones, nada nuevo porque desde el siglo XIV cada dos por tres se nos persigue. La mayoría de sus miembros fueron asesinados y los pocos que quedaron huyeron. El entonces segundo de a bordo enterró el anillo y el libro en la tumba de mi antepasado con la intención de protegerlos, pero parece que la Iglesia lo descubrió y los robó. Como es lógico queremos recuperar lo que es nuestro.

—También hay un dibujo en el texto, en la última página. Parece un mapa y tengo la impresión de que se trata de algo muy relevante. ¿Qué sabe de él?

—Le aseguro que de eso no sé nada.

—¿No será el mapa de un tesoro?

—Jesucristo era pobre. ¿Qué riquezas iba a esconder?

Santini Ricci cogió la bolsa, extrajo el libro y lo puso sobre la mesa con la intención de enseñarle el dibujo al duque.

—¡Por Dios, no lo saque aquí!

—Cálmese, cuando algo se hace con naturalidad no llama la atención de nadie. Mire. Hay dos montañas, una línea curva, una equis y sobre ella un símbolo y una flecha, y una frase al final de la página. ¿Qué dice?

Christopher Wharton observó el extraño mapa. Se maravilló de él, del color amarillento de la hoja donde estaba impreso, de la tinta borrosa de las líneas y del olor a eterno que desprendía. Fascinado de contemplar aquella reliquia única, hasta le quemaban los ojos de ganas de llorar. ¡Tenía al menos dos mil años!

Dentro de la primera montaña rezaba una palabra indescifrable para cualquiera que no supiese hebreo antiguo: **Sion**. Dentro de la segunda podía verse: **Olivos**. Al lado de la X se hallaba la flecha señalando a la izquierda, hacia la posición de uno de los montes, y sobre ella un símbolo que parecía una T: **f**. Y al final se hallaba una cita:

**«El centro de la x
es la mitad del compás
y el extremo diestro
indica el encuentro».**

—¡Es fantástico! Un verdadero prodigio —exclamó con la voz emocionada—. No sé arameo y no tengo ni idea de lo que puede significar —mintió el duque. Sabía que el símbolo era el número siete y que este marcaba la distancia en estadios romanos; que la primera palabra significaba «Sion» y la segunda «Olivos», por lo que el mapa hacía referencia a esos dos montes, y que la frase decía: «El compás es la mitad de la X y el extremo derecho marca el encuentro»; pero no estaba dispuesto a desvelarlo—. No creo que sea imprescindible saberlo para calcular sus honorarios.

—Eso debo decidirlo yo. ¿No le parece?

—Pues el único modo de averiguarlo es llevandoselo a León Bermejo. Él sabrá traducirlo.

Santini Ricci sacó del bolsillo de la chaqueta una pequeña cámara fotográfica y, tras hacerle una fotografía al mapa, a la cubierta y a varias páginas más, entregó el libro y el anillo al duque.

—Espero que esas fotos no se las muestre a nadie —dijo Christofer Wharton con las facciones apretadas.

—No se preocupe. Puede estar tranquilo. Las destruiré y le entregaré el negativo cuando me traiga la traducción y el resto de mi pago, pero en caso contrario sabré cómo utilizarlas —concluyó el espía y, girando las ruedas de la silla, salió de la cafetería.

Al duque no le dio tiempo a decir que no permitía amenazas. Permaneció un rato en el bar, alarmado y pensativo. La alegría de haber recuperado aquellas reliquias se vio ensombrecida por la actitud de Santini Ricci. En sus adentros maldecía al italiano y temía que cumpliera la amenaza.

35

La posible pista

Sevilla, sábado 25 de febrero de 2012

La detective abrió el ordenador y Diego Jiménez buscó el correo electrónico con las transcripciones de las llamadas telefónicas que constaban en el registro. Pasaron juntos toda la mañana leyendo y comentando las conversaciones de los vigilados. Habían leído más de la mitad y hasta el momento ninguna tenía relación con el caso. Ariadna Wharton habló con el manager, con una amiga, con el primo, con Bruno Arjona y con la investigadora, sobre temas triviales relacionados con la música, eventos a los que pensaba asistir, o en relación a la administración de la casa, y sobre la desolación que le había causado la muerte del padre. Frederick Wharton gestionó algunos temas financieros con su banco y todo lo demás hacía referencia a apuestas, a fiestas, y a peticiones de la deuda que tenía con algunos prestamistas. Incluso en una de las llamadas lo amenazaban con matarlo si no pagaba en cierto plazo de tiempo lo que debía.

Hicieron un descanso y bajaron a comer a un restaurante cercano. Julia Soler sentía necesidad de despejarse. Ese día brillaba el sol y el invierno parecía alejarse a pasos agigantados, por lo que se sentaron en uno de los veladores. Julia cerró los ojos y alzó la barbilla para sentir la calidez de los rayos en la cara. Como lagartos en busca de la calidez temprana, en las mesas próximas se impregnaban del fulgor, al igual que ella, otros muchos comensales. Una Sevilla radiante se desplegaba como una rosa y anunciaba la cercanía de la primavera. Casi podía sentirse el aroma a incienso, a cera, a azahar y a feria. La luminosidad del cielo, de un azul límpido e intenso, se proyectaba sobre los edificios y evocaba al océano, a su profundidad y bravura.

—Lo que más me gusta de esta ciudad es el clima —comentó Diego.

—Eso es porque nunca has venido en verano y no te ha tocado soportarlo —contestó Julia sin despegar los párpados.

—¿Desde cuándo estás con ella? —preguntó él con cierto titubeo en la voz. El temor a la respuesta era grande, pero también necesitaba saber.

Julia Soler abrió los ojos y lo miró con ternura. Cogió su mano que estaba apoyada en la mesa y la acarició despacio. Lamentaba no corresponderle. Era muy guapo, se sentía cómoda y a gusto a su lado, pero no podía forzar lo que no surgía de forma espontánea.

—Es mejor que no sepas nada. Quiero que el tema quede zanjado. Solo precisas comprender que no te amo. Eres para mí como un hermano. Si te basta, podemos trabajar juntos, si no, márchate hoy.

El camarero llegó y pidieron unas tapas y un par de cervezas. Mientras los servía, Diego Jiménez se arrellanó en la silla y se fumó un pitillo en silencio. La detective sacó del bolso la pequeña libreta, en la que acostumbraba a tomar notas, y un bolígrafo. Él se incorporó y agarró el cuaderno.

—Ahora no, deja para luego el trabajo o no te despejarás.

—Sabes que no me gusta que me des órdenes.

—No es una orden, mujer suspicaz, solo un consejo —aclaró él mientras se mesaba la perilla recortada.

La investigadora obedeció y soltó la libreta en la mesa. Charlaron sobre temas triviales e incluso hicieron bromas y rieron mientras comían. Más tarde regresaron al apartamento de Julia Soler y continuaron leyendo transcripciones.

A media tarde, revisando una conversación de Thomas Wharton, a ella le pareció ver algo sospechoso.

—Mira lo que le dice al administrador. Es una charla que mantuvieron una semana antes de que me secuestraran —indicó la detective al comisario.

—No veo nada raro.

—¿No te parece que hablan en clave?

Diego Jiménez leyó en voz alta:

«—La inversión ya está hecha. Dentro de poco tendremos importantes ganancias —informa Thomas Wharton a Bruno Arjona—. Si todo sale bien, en unos días seguiremos con nuestro plan.

—Todo negocio entraña riesgos, no debes precipitarte. Hay que ir paso a paso —responde el administrador—. Recuerda que la vez anterior salió mal.

—En esa ocasión no me encargué yo. Tu gente deja mucho que desear —vuelve a hablar Thomas Wharton.

—Estás equivocado, no es cuestión de quién se encarga, pero no voy a discutir contigo. Espero que el asunto ya no de más problemas. Mantenme informado —exige Bruno Arjona.

—Será al contrario. Seguro que tú obtienes datos antes que yo —afirma el sobrino del duque.

—Por supuesto, ten la garantía de que si me entero primero, te lo haré saber enseguida —finaliza la conversación».

—Yo no veo ninguna clave. Bruno es el administrador de la familia y se refieren a un tema económico. Me parece que ves fantasmas donde no los hay. El secuestro te ha afectado —insinuó Diego Jiménez.

—¿Me estas llamando histérica?

—No empieces de nuevo con tus suspicacias.

—Pero... date cuenta, parece que Arjona fuese el jefe y Thomas el empleado, incluso lo tutea.

—Están hablando de una inversión. Lógico cuando uno trabaja como agente de bolsa y el otro administra los bienes de la familia. Tal vez, Bruno Arjona haya aconsejado al sobrino del duque sobre alguna operación. Puede que tenga buenos contactos y consiguiera información privilegiada. Además, sabemos que es amigo de la familia, tal vez por eso lo tutea.

—Vale, podría ser como supones, pero también es muy raro que diga «Dentro de poco tendremos importantes ganancias». No es normal que hagan una inversión conjunta. Y además el experto es Thomas Wharton que está al frente de la agencia White Rose.

—El mundo de las finanzas es complejo. Los contactos en las altas esferas permiten obtener grandes beneficios, la filtración y el asesoramiento se paga con cifras astronómicas. Es normal que se invierta si se sabe que unas determinadas acciones van a subir. Sería de estúpidos no hacerlo y limitarse a beneficiar a otros. No te rayes.

—Tal vez estés en lo cierto. Mi intuición no me funciona desde hace tiempo.

Continuaron varias horas hasta terminar las transcripciones y luego comprobaron los datos de los movimientos bancarios.

—No hay nada anómalo.

—Eso parece —confirmó Julia Soler—. Estamos como al principio.

—Al menos sabemos que la familia no está implicada ni los empleados tampoco. Yo los descartaría como sospechosos. En especial si creemos a León Bermejo.

—Aún no lo sabemos, Diego, simplemente no hemos hallado pruebas de que alguno sea asesino o cómplice.

—Diría que se han cambiado los papeles. Yo estoy más intuitivo y tú más empírica. Veo que algo has aprendido de mí, que siempre me baso en pruebas irrefutables. Voy a tener que darte la razón. —Rio el comisario y cerró las carpetas.

—No estaría mal que lo hicieras.

—De todos modos, podemos descartar a Frederick Wharton. Tiene coartada, en las transcripciones telefónicas no aparece nada sospechoso y sus movimientos bancarios demuestran que no tenía dinero suficiente para contratar a un asesino. También habría que descartar a Fidel Cazorla y a la madre, por las mismas razones.

—Todavía nos quedan tres: Thomas, Bruno y Ariadna.

—Creo que estás un poco ofuscada, Julia, te empeñas en que ha sido alguno de la familia. Deberíamos centrarnos en los nombres que te dio León Bermejo.

—Porque alguien tuvo que darle una llave al criminal, de otro modo no pudo entrar. Esa idea no se me quita de la cabeza.

—Pero no hay ninguna prueba que apoye esa hipótesis. Dame los nombres que te facilitó León Bermejo, yo me ocuparé de entrevistarlos.

—Eso ni lo sueñes.

—No hace falta que te hagas la fuerte, es gente demasiado peligrosa.

—De hecho León Bermejo me aconsejó que simulara dejar la investigación y por un instante me pareció buena idea, pero luego... No voy a permitir que nadie me amilane ¿entiendes? ¿Qué clase de detective sería si lo hiciera? Así que tú tampoco me apartarás del caso.

—Por hoy ya está bien, hemos trabajado mucho y nos merecemos un descanso. El resto de la tarde y mañana domingo haremos un poco de turismo por la ciudad. ¿Querrás hacer de cicerone?

El comisario esperaba la réplica de Julia Soler, pero ella esta vez no se quejó ni lanzó ningún sarcasmo, al contrario, se mostró humana.

—Estoy asustada, Diego. Esos criminales no pararán y no sé si nosotros seremos capaces de frenarlos.

Iesus Nazarenius

Madrid, lunes 6 de febrero de 1989

Christofer Wharton, Elián Mansilla y León Bermejo se reunieron esa misma tarde en casa de este último. El duque los puso al tanto de la amenaza de Santini Ricci y les mostró el anillo y el texto con sumo cuidado y reverencia.

—Por fin son nuestros.

—¡Madre mía, qué tesoro! Dios está de nuestra parte, eso es seguro. Hay que protegerlos a toda costa, incluso con la vida si fuese necesario — recomendó León Bermejo.

—¿Qué dice el libro? —Se interesaron al unísono el Gran Inquisidor y el Maestro Ilustre porque no sabían arameo.

El duque lo abrió al azar.

—Fijaos, es la letra de Jesucristo. Admirarla me produce una emoción... indescriptible. —Al terminar la frase comenzó a leer.

*«Hoy mi pesar es grande porque mis hijos
crecerán sin raíz y mi amada mujer sentirá
las heridas del abandono. Las acusaciones
que vierten sobre mí sacuden mi alma y
remueven los cimientos de mi pueblo
sometido, pero nada acallará mi grito ni
apagará mi lucha. Porque las lenguas
dejarán de ser lenguas y se convertirán en
lanzas. Hermanos de todos sitios seguirán
mis pasos para lograr la libertad ansiada.
Los pies caminarán juntos por el sendero
de la luz. Hasta el fin de los tiempos la
rebelión mansa se mantendrá. Roma*

sucumbirá y esta tierra de Dios será devuelta a quien le corresponde».

Después el duque abrió otra hoja al azar y también la leyó.

«He elegido a once hombres y una hembra de fe y de espada en los que confío para extender la justa causa de la liberación, hermanos de la verdad y de la unidad. Ellos no aceptaban mujeres y yo les dije: "He aquí que le inspiraré a ella para que se convierta en varón, para que ella misma se haga un espíritu viviente semejante a vosotros varones. Cuando hagáis de los dos uno, y hagáis el interior como el exterior y el exterior como el interior y lo de arriba como lo de abajo, y cuando establezcáis el varón con la hembra como una sola unidad de tal modo que el hombre no sea masculino ni la mujer femenina, cuando establezcáis un ojo en el lugar de un ojo y una mano en el lugar de una mano y un pie en el lugar de un pie y una imagen en el lugar de una imagen, entonces entraréis en el Reino". En la hermandad hallaremos el uno. Ellos serán mi continuación y mi apoyo. Las manos crecerán en mi cuerpo como en Hecatónquiros. El peligro cada vez está más cerca. Los romanos recelan mi poder. Confunden el cielo con la tierra y a Dios con el César. Temen que las revueltas sean incontrollables y que mis ideas acaben con su imperio. Los tiranos se sostienen sobre pies de pánico. El odio vive en sus corazones. Torturan a los hombres y los crucifican para sojuzgarlos. Sospechan que mi liderazgo cortará cabezas y así será, pero no de barro sino de laureles».

Christofer tenía los ojos humedecidos. Se detuvo un momento porque la emoción lo embargaba. Un silencio de vapor se elevó en la atmósfera. León Bermejo y Elián Mansilla casi contenían la respiración. Todos parecían haberse trasladado en el tiempo y en el espacio. Luego continuó leyendo.

«Nuestra reunión secreta alegró mi corazón. Todos confían en mí. Me ven su rey, el rey que necesitan, benévolo con ellos y tenaz con los enemigos. El Reino nuevo llegará pronto. Un reino de hermanos en el que Roma no tendrá sitio. El plan se perfila, es bien acogido y sigue su curso. El número de adeptos se multiplica. Pronto empezará el combate de la razón y de la palabra. Rezaré para que nuestro Dios también sea partidario y nos bendiga con sus dones, porque la justicia no viene de la nada, ella se engendra en los corazones cuando el amor inunda los campos y los soles. No mancharemos nuestras manos de sangre ni las espadas serán de hierro. Ecos de alegría se alzarán en el aire y darán paso a un flamante amanecer».

—Como veis en estos párrafos, queda claro que era un líder político, un guerrero que luchaba contra Roma de forma pacífica. Las pocas alusiones que hace a Dios, confirman su religiosidad y sus creencias, algo normal en aquella época, pero no hay ningún dato que apunte a que fuese hijo de Dios ni él lo sintiera o lo proclamara así. Además defiende la participación de la mujer en la hermandad. La segunda parte del libro está escrita por su discípula y esposa María Magdalena.

«He de tener entereza, por mis hijos, por la causa, por la continuación de su obra. Jesús ha dejado en mí este peso enorme y honraré su memoria. Ponerme al frente de esta lucha de amor me turba y me conmueve. Los hombres tal vez rechacen mi timón y a ellos dirigiré estas palabras: “No lloréis y no os entristezcáis; no vaciléis más, pues su gracia descenderá sobre vosotros y os protegerá. Antes bien,

alabemos su grandeza, ya que nos ha preparado y nos ha hecho hombres”. Buscaré en Pedro la alianza necesaria, él será mi sostén porque sé que le amó como ninguno y en las enseñanzas encontró su destino».

—Esto es una bomba, confirma la verdad que siempre ha protegido nuestra orden. La continuadora fue María Magdalena y no Pedro como nos ha hecho creer la Iglesia, en ella delegó el liderazgo. Si se hiciera público... —comentó Elián Mansilla que no terminó la frase porque lo interrumpió León Bermejo.

—Sería un verdadero escándalo, pero no creas que la gente dejará de lado las creencias que les han inculcado durante siglos. La mayoría prefiere aferrarse a la mentira antes de aceptar una verdad dolorosa. Así de miserables somos. Desde que el hombre es hombre ha evitado responsabilizarse de sí mismo y ha necesitado creer en supercherías. Dios no requiere de intermediarios para llevar a cabo su Gran Obra. Él es el único Arquitecto del Infinito Universo y su plan divino se plasma y desarrolla en cada una de sus creaciones —apostilló con vehemencia León Bermejo.

—Sí, es una pena que la humanidad necesite dogmas falsos para sobrevivir. Siempre habrá quien se aproveche de ello —se lamentó el duque—. Pero dejemos estas cuestiones de momento, lo más interesante está al final del libro. —Christofer Wharton se dirigió a la última hoja, la del mapa, y tradujo el texto alojado en la página anterior.

«Mañana partiré de mi tierra hacia una región lejana y desconocida donde me aguardan fieles seguidores. He de mantenerme con vida para propagar la visión de mi amado y proteger a nuestros hijos. El mundo sabrá de su causa y evitaré que su esfuerzo caiga en el olvido. Así será hasta el fin de mis días. Pedro me ha traicionado. El varón quiere triunfar sobre la hembra a pesar de las directrices de Jesús. La ambición del líder empaña la verdad y encubre lo importante. No tomaré lucha por cuestiones vanas. A la pena de la ausencia de mi esposo se une la de la traición del amigo. No es tiempo de lamentos. Todo ha sido preparado según su voluntad. El cuerpo robado, gracias al soborno de los centinelas, yace embalsamado en lugar seguro. La tumba oculta permanecerá sellada y visible solo a los ojos de los elegidos».

—Este es el mapa que indica el lugar del enterramiento. Mirad. Dentro de la primera montaña puede leerse: «**Sion**». Significa Sion. Por tanto se refiere al monte Sion. Dentro de la segunda hay otro nombre: «**Olivos**» que significa Olivos y hace referencia al monte de los Olivos. Sobre la equis hay un símbolo que parece una T: «**f**». En realidad es el número 7. Y al lado una flecha que señala a la izquierda, hacia la posición del monte Sion. Por tanto desde este hasta la X hay una distancia de 7 estadios. Y mirad la belleza del párrafo que reza al final del mapa. Solo las letras del hebreo antiguo ya son preciosas.

El duque mostró el texto a los acompañantes y todos guardaron silencio unos segundos como si estuvieran en éxtasis.

**«El compás
es la mitad de la x
y el extremo diestro
muestra el encuentro».**

Luego Christofer Wharton lo tradujo.

—Dice que el compás es la mitad de la equis y que el extremo diestro muestra el encuentro. Si colocamos el anillo tal como se indica, poniendo la intersección del compás sobre el centro de la X para que concuerde justo con la mitad, el extremo derecho nos señala la tumba de Jesucristo. ¿Tienes un atlas universal, León? Necesitamos al menos un callejero de Jerusalén.

—Sí, seguro que en la biblioteca tengo uno. Enseguida lo traigo.

León Bermejo fue a buscarlo y volvió al cabo de unos minutos.

El duque lo abrió y, después de mirar el índice, localizó el plano de Jerusalén.

—Veamos dónde queda.

—Pero esto... Mira, estoy temblando. —Mostró Elián Mansilla las manos que, por la emoción, parecían padecer párkinson.

Christofer comparó el callejero con el croquis del *Iesus Nazarenius*, calculó la distancia en estadios desde el monte Sion hasta la X, y señaló con un punto rojo el centro de la misma. Luego embadurnó el anillo azul con tinta y colocó la intersección del compás sobre la de la equis. En el extremo derecho dibujó un minúsculo círculo de color negro.

—Aquí está, en el Liberty Bell Park, situado fuera de la muralla de la ciudad vieja, a tres metros de la campana de la libertad —señaló Christofer Wharton.

—¡Será imposible acceder al sepulcro! —afirmó León Bermejo que hasta entonces había estado en silencio, atrapado en una especie de trance—. Esa campana representa un gran símbolo para Israel. El parque es transitado por miles de turistas durante el día y por la noche está cerrado y vigilado. Lo sé porque lo visité hace unos años.

—Eso no me importa tanto. Ya prepararemos alguna estrategia. Lo que de verdad me preocupa es cómo eliminar a Santini Ricci. No podemos permitir que nos haga chantaje —declaró el duque con visibles signos de desasosiego.

—Dicen en el amor que una mancha de mora con otra verde se quita, pues solo hay que aplicar el refrán. A un desalmado con otro se le ejecuta. Sé de un sicario que no tendrá el menor escrúpulo —respondió León Bermejo.

—Santini Ricci es taimado y un verdadero maestro del camuflaje. No será fácil hallarlo y menos reconocerlo. Además, ya no me fio de dejar en manos de nadie ese asunto. Necesitamos recuperar la cámara fotográfica y los negativos. Podríamos encontrarnos con otro chantajista —temió el duque.

—Entonces, ¿qué propones?

—Tu sugerencia me parece magnífica para localizarlo, pero una vez que sepamos donde se hospeda me ocuparé yo mismo. Haz las gestiones cuanto antes, León. Debemos darnos prisa y evitar que tenga tiempo de hacer copias o vender las fotos.

—Pero... ¿serás capaz de hacerlo? Se requiere mucho estómago. Te mancharás las manos de sangre y...

—Estoy dispuesto a dar mi vida por defender la Verdad. No en vano hice el juramento de proteger a la Orden de la Rosa Roja y todos sus preceptos. De igual modo estoy dispuesto a matar.

—Hay que poner fecha para el cónclave. Ya puedes celebrarlo tal como querías, luciendo el anillo de Gran Maestro y con el libro en tu poder. —Cambió de tema Elián Mansilla que era el único al que la idea del asesinato lo desbarataba.

—Sí, sí —repitió el duque con satisfacción—. Llevaré el sello con honor, tal como corresponde a mi cargo. Envía misiva a los miembros convocándolos para el viernes 10 de febrero. Espero que para esa fecha todo esté resuelto. Mi mayor deseo es que el cónclave se desarrolle con normalidad y podamos brindar con alegría.

37

El vídeo

Sevilla, lunes 27 de febrero de 2012

Ariadna Wharton llamó a la investigadora y le pidió que fuese con urgencia a su vivienda. Ella quiso saber qué ocurría, sin embargo la joven se negó a dar explicaciones por teléfono. Julia Soler fue acompañada de Diego Jiménez porque él insistió a pesar de que hubiese preferido ir sola. Al llegar, los recibió la duquesa que esperaba en el patio. Daba vueltas sin cesar y se friccionaba una mano contra otra con visibles signos de alteración.

—Ahora entiendo por qué mi padre siempre estaba presente cuando limpiaban el despacho y no permitía que tocaran ni la estantería ni la lámpara del techo —confesó Ariadna Wharton sin ningún preámbulo.

—Explícate —pidió Julia.

—Buenos días, señorita Wharton. —La saludó Diego Jiménez y se mesó la perilla recortada.

—Hola, comisario. Disculpe que le haya ignorado. Estoy muy nerviosa —se justificó—. Esta mañana pedí a Roberta que limpiase a fondo el despacho de mi padre y, al rato de estar allí, la mujer me avisó para que viese algo que le pareció extraño. Vamos a subir.

Los tres se dirigieron a la planta superior. Julia Soler estaba impaciente, deseosa de que Ariadna Wharton terminase de aclarar qué habían encontrado, pero esta guardó silencio hasta llegar a la habitación. Entró con cierta aprensión; desde que murió Christofer Wharton ese despacho le imponía. Una escalera de metal se exhibía abierta en mitad de la sala, debajo de la gran lámpara de madera que alumbraba la pieza. Tenía forma de barca, seis orificios redondos rematados con cristal por donde se proyectaba la luz y varios focos en el hueco interior. Diego Jiménez trepó los peldaños con rapidez y tras apartar unos cables descubrió algo sorprendente.

—Esto es una cámara. —La desconectó de la fuente de alimentación y la bajó.

—Tal vez se haya grabado la muerte del duque y consigamos la imagen del asesino —conjeturó Julia Soler.

—Nunca hubiese imaginado que mi padre tuviese algo así. ¿Será de ayuda, verdad?

—Esperemos que sí —aventuró el comisario mientras sacaba la tarjeta de memoria—. Hay que introducirla en el ordenador.

—También hemos hallado otra cosa. Mirad —expuso la duquesa que se dirigió a la estantería y extrajo uno de los libros.

—¡*El manual del aprendiz!* —exclamó la detective. Era el mismo título que tuvo que mencionar a Gael Martín para que la condujera ante la presencia de Elián Mansilla cuando la citó en la librería Nueva Luz.

Detrás del texto había un pulsador redondo de color blanco. Ariadna Wharton lo presionó y la estantería se despegó de la pared. Tiró de ella y dejó al descubierto una pequeña y lisa puerta de idéntico color que la pintura del tabique.

—El mismo sistema de la librería —apuntó Julia—. ¿Sabes con qué se comunica? —quiso saber.

—La descubrí poco antes de llamarte. Bueno, la descubrió Roberta que me buscó de inmediato. Ni siquiera he intentado abrirla.

Diego la inspeccionó para ver qué tipo de cerradura tenía.

—Tal vez la llave se encuentre en algún cajón de la mesa —sugirió el comisario.

La duquesa buscó en ella y en un armario cajonero que había en el despacho, volcó una caja redonda que contenía bolígrafos y lapiceros, por si el padre la hubiese guardado en el fondo, retiró varios libros de la estantería, miró alrededor de la sala en busca de algún sitio en el que pudiese estar, pero no apareció por ninguna parte.

—Déjelo. Habrá que forzarla.

Diego Jiménez sacó una ganzúa de la riñonera que solía llevar, pero no le sirvió para nada.

—Si tiene un pequeño cincel o un destornillador grande y aplanado...

—Ahora mismo se lo pido a Fidel.

Ariadna Wharton salió y volvió al cabo de un rato con las herramientas que necesitaba el comisario. El cincel era demasiado grueso y no cabía por la finísima ranura, por lo que no podía hacer palanca. Tras introducir el destornillador y darle varios golpes, la puerta cedió. Daba acceso a una estrecha escalera de madera que giraba sobre sí misma como la concha de una

caracola. Los tres bajaron por ella, Julia Soler iba primera. Al llegar abajo encontraron un pequeño rellano y un muro de piedra.

—No tiene sentido. Esto no conduce a ninguna parte —arguyó Diego Jiménez.

—Debe existir algún otro interruptor —supuso Julia.

El comisario palpó la roca, centímetro a centímetro, la empujó con todas sus fuerzas y nada consiguió. La detective examinó las losetas del suelo. Se posó sobre cada una de ellas y con el pie les dio golpecitos. Tampoco logró nada. Luego escudriñó los peldaños de la escalera. Entre uno y otro quedaba un pequeño hueco por el que metió la mano para ver si hallaba algo en el envés y, por fin, el quinto de ellos contando desde abajo se movió y al unísono el muro fue virando hasta formar un ángulo de ochenta grados y dejar paso a la capilla.

—Alguien más conocía este acceso secreto —dedujo la detective—. Ya sabemos por donde entró y salió el criminal. La capilla tiene dos entradas y una de ellas da a la calle de atrás —señaló Julia Soler la puerta que descubrió el día que entrevistó allí a Fidel Cazorla.

—Sí, debieron entrar por ella. Y se introdujeron en el despacho por la escalera secreta, luego salieron del mismo modo. Es la única explicación posible. Quien lo hiciera tenía una llave —infería Diego porque era evidente que en la puerta de la iglesia no había señales de haber sido forzada, como tampoco las había en la de acceso a la oficina del duque.

—¿Quién más sabía de este pasadizo? —preguntó Julia Soler.

—No tengo ni idea. Ni siquiera yo lo conocía —respondió la duquesa.

—Veamos las grabaciones —sugirió Diego Jiménez.

Volvieron a subir al despacho e introdujeron la tarjeta de memoria de la cámara en el PC. Los primeros diez minutos no hallaron nada anómalo, luego Diego avanzó el video con bastante rapidez sin prestar atención a las imágenes. Las grabaciones estaban fechadas por lo que lo adelantó hasta las proximidades de la fecha del crimen.

—Esto es de una semana antes, espero que haya memoria suficiente para llegar al día del asesinato —deseó Diego Jiménez.

—Es una pena que no tenga voz —se quejó la hija del duque.

—Si el crimen está grabado, el sonido es lo de menos —aclaró Diego.

—Incuestionable, comisario —concluyó Julia.

El martes 14 de febrero la cámara grabó al duque entrando en el despacho. Se sentó detrás de la mesa a las nueve menos cuarto de la mañana, habló por

teléfono con varias personas y leyó, primero el periódico y después unos documentos que había imprimido.

A las diez menos veinte se ve entrar a una persona conocida con un maletín y tras mantener una breve charla con el duque, este se levantó y abrió la caja fuerte. Sacó un estuche, extrajo la pistola Reina Ana y se la mostró al visitante. Christofer Wharton volvió a sentarse en el sillón mientras el hombre inspeccionaba el arma. Antes de que se diese cuenta se la acercó a la frente, le apuntó en la sien y le disparó.

El homicida se enfundó unos guantes. Luego se dirigió a la caja fuerte que todavía permanecía abierta, buscó algo que pareció no encontrar y la cerró. Limpió la pistola con un pañuelo que cogió del bolsillo para borrar cualquier rastro que pudiera identificarle, la frotó en la mano del duque con la intención de transferirle restos de pólvora, y le colocó el dedo en el gatillo impregnándolo de sus huellas dactilares, a continuación la soltó sobre el suelo. Escribió la nota de suicidio en el ordenador portátil y enseguida apareció un folio al filo de la impresora. Revolvió el despacho en busca de aquello que no encontró en la caja de seguridad, con la precaución de dejarlo todo tal como estaba antes de que él entrase. Abrió el cajón de la mesa y extrajo una llave del llavero que en él guardaba el duque. Fue hacia la estantería, retiró *El manual del aprendiz* y presionó el pulsador redondo. Colocó el libro en su sitio. Echó una mirada al despacho desde la posición en la que se hallaba, para confirmar que no quedaba nada fuera de su lugar. Abrió la puerta secreta y se introdujo por ella. El hombre desapareció de la imagen y la librería se desplazó despacio hasta quedar de nuevo pegada a la pared.

—¡Dios mío! ¡Maldito! ¡Criminal! Jamás hubiese imaginado que él... — gritó Ariadna Wharton casi fuera de sí, llevándose las manos a la cabeza.

Diego Jiménez y la investigadora se miraron, el primero con cara de estupor, ella con un gesto que delataba una comprensión profunda de por qué la intuición le hizo desconfiar de aquel hombre desde el primer momento.

—¡Julia, dime por qué!, ¿por qué le mató ese malnacido? —vociferaba la duquesa, gemía, hacía aspavientos con las manos y a la mirada le asomaba un atisbo de locura.

—Lo averiguaremos, puedes estar segura —respondió la detective y la abrazó esperando que el contacto la calmase un poco.

—El asesino salió por la puerta secreta pero entró en el despacho por la principal. Es raro que nadie lo viese llegar. Voy a llevar la tarjeta de memoria

a la policía para que procedan a su inmediata detención —expuso el comisario.

—Te acompaño.

—Yo también voy —dijo Ariadna Wharton todavía sollozando.

—Es mejor que esperes aquí —le aconsejó Julia Soler.

—Ni lo sueñes, voy con vosotros —insistió tajante la duquesa.

—Ella tiene razón, le conviene calmarse, no está en las mejores condiciones de afrontar un encuentro con el asesino y una detención de estas características siempre es desagradable y peligrosa —apoyó Diego Jiménez a la detective.

—He dicho que voy y nadie me lo va a impedir —soltó la joven mientras se restregaba los ojos con el puño de la camiseta para borrar las lágrimas que aún derramaba.

—Está bien —consintió Julia Soler viendo que contra el empeño de la duquesa poco podía hacer.

Mientras se dirigían a comisaría sonó el móvil de Julia Soler. La llamaban del laboratorio para comunicarle que solo hallaron las huellas del duque en el teclado del ordenador, pero que les llamaba la atención el hecho de que en ciertas letras no hubiese huella alguna, por lo que sospechaban que alguien con guantes las había pulsado y por ello, con total probabilidad, se borraron las anteriores.

—Incuestionable. Así ha sido en efecto. Ya no es necesaria esa prueba, pero muchas gracias por todo.

38

El cónclave

Madrid, viernes 10 de febrero de 1989

En la *suite* presidencial del hotel Tres Flores de Lis se hallaban León Bermejo, Elián Mansilla y el duque. Se reunieron con antelación al cónclave que se iba a celebrar ese día en el que se produciría el nombramiento oficial de Christofer Wharton como Gran Maestro de la Orden de la Rosa Roja.

—¿Cómo fue todo? —preguntó el Sublime Príncipe del Real Secreto a Christofer Wharton.

—Mejor de lo que esperaba. Tengo la cámara en mi poder. Santini Ricci aún no había revelado las fotos porque el coche se hallaba dentro. Lo he destruido. Y el italiano no nos dará más problemas. Nadie podrá hallar el cadáver.

—Espero que elimines cualquier indicio que pueda relacionarte con la desaparición. —Deseó León Bermejo.

—Quédate tranquilo. En caso de que descubrieran e identificaran el cuerpo, cosa que dudo, la policía tendrá una larga lista de sospechosos. El espía se agenció demasiados enemigos, entre ellos muchos eclesiásticos, pero también gente de la CIA y de poderosas multinacionales.

—Eres formidable. De verdad que te admiro. Te mereces de sobra el cargo de Gran Maestro —lo aduló León Bermejo y el duque se ensanchó como un globo que llenasen de gas. La vanidad era uno de sus puntos débiles.

Elián Mansilla, que se sentía incómodo con la conversación y no quería saber nada del tema, dio un giro al diálogo.

—Es mejor que nos aderecemos con nuestros trajes de gala, en media hora celebramos el cónclave. Debes estar contento, Christofer, fue un gran acierto retrasarlo. Ahora podrás lucir el sello y leer el *Iesus Nazarenius* ante los miembros de nuestra querida y venerada orden.

—Sí, me siento feliz y satisfecho. Será un gran honor llevar el anillo, pero he decidido que por ahora mantendremos en secreto que poseemos el libro.

—¿Y tienes ya algún plan para rescatar los restos del sepulcro sagrado?
—quiso saber León Bermejo.

—No lo haremos. Solo nosotros sabemos dónde se halla el lugar del enterramiento. El cuerpo embalsamado lleva allí dos milenios. Sería una locura y muy peligroso intentar rescatarlo. Estará más seguro si no lo movemos. Lo importante es proteger el texto —declaró el duque.

—Me parece una buena resolución —le apoyó Elián Mansilla.

—¡Oh, qué decepción! —exclamó León Bermejo—. Esperaba poder admirar el cuerpo del ídolo y disfrutar de la caída de la Iglesia, pero aceptaré lo que decidas. Sé que siempre piensas en lo mejor para la Orden de la Rosa Roja.

Elián Mansilla y León Bermejo se dirigieron a sus habitaciones y el duque comenzó a vestirse con la indumentaria reglamentaria en ese tipo de evento. Se enfundó en un traje oscuro, con corbata negra, camisa blanca, guantes también blancos y el característico mandil de los constructores de templos. Además se colocó una gran cadena sobre el pecho.

Bajó al sótano del hotel, lugar donde se hallaba una zona noble, con sillones orejeros de madera, tapizados en piel. El techo estaba cubierto por los doce signos zodiacales, representando el universo, y en un testero colgaban los retratos de los anteriores grandes maestros. Tras cruzar aquella sala, se introdujo en el templo que tenía el suelo ajedrezado. Una cuerda con doce nudos rodeaba el perímetro junto a espadas y plomadas. El dibujo del sol y la luna presidían el recinto al lado del lema «Libertad, Igualdad, Fraternidad» y de las letras «A.L.G.D.G.A.D.U.», cuyo significado era: A la gloria del Gran Arquitecto del Universo. Una piedra en bruto, irregular y amorfa, y otra pulida de forma cúbica se hallaban en el centro. Y en uno de los testeros, un cuadro con la imagen del Templo de Salomón en Jerusalén. Un pequeño púlpito ocupaba una esquina, forrado en la parte superior con tela roja. Más de doscientas sillas esperaban ocuparse por los asistentes. En el oriente, un trono al lado de una mesa completaban el mobiliario de la habitación, y sobre ella reposaba una biblia. En la puerta, un miembro de la hermandad, con espada en mano, vigilaba la entrada para impedir que pudiera acceder algún profano.

Al llegar Christofer Wharton ya le esperaban Elián Mansilla y León Bermejo. Cada uno se colocó a un lado del líder. Y al cruzar el pórtico del templo, una voz gritó: «¡Hermanos! ¡Prestad atención a la entrada del venerable maestro acompañado de los oficiales!». En ese momento sonó una melodía sublime: *Las cuatro estaciones de Vivaldi*. Los acordes reverberaban

en la sala y se introducían en los corazones de los presentes impregnándolos de alegría. Dentro, unos ciento noventa y cinco miembros giraron en torno al damero del suelo con paso marcial. El duque ocupó el trono y los oficiales fueron llevados de la mano hasta sus asientos por los demás integrantes de la orden mientras danzaban en círculo.

Cuando terminó la danza se oyeron tres golpes secos: toc, toc, toc. León Bermejo se levantó y se dirigió al púlpito. Tras un acalorado discurso y múltiples referencias a los templarios, a las logias de oriente y occidente, y a las normas de la Rosa Roja, en especial a la que tenía que ver con la estricta obediencia, procedió con extraordinaria solemnidad a nombrar Gran Maestro al duque. Este se arrodilló y el Sublime Príncipe del Real Secreto tomó una espada y con ella rozó sus hombros y su cabeza. Luego dibujó con ceniza un círculo en la frente de Christofer Wharton y le entregó un báculo dorado, símbolo de que, desde ese momento, se convertía en soberano y guía de la hermandad.

—Por elección de los hombres y de Dios yo te nombro Gran Maestro de la Orden de la Rosa Roja. Los hermanos te seremos fieles y acataremos tus sabias decisiones.

El Gran Maestro se acercó al púlpito y se dirigió al público.

—Acepto la responsabilidad de guiar a la Orden de la Rosa Roja que yo mismo fundé. Prometo por mi honor que la protegeré incluso con mi vida al igual que a mis hermanos y a la Verdad. Hoy solo habéis podido asistir ciento noventa y cinco, pero sé que han votado otros cuatrocientos. Quiero agradecer a los ausentes y a los presentes la confianza que habéis depositado en mí. Cumpliré mi misión con lealtad y me encomendaré a Dios para que guíe mis pasos y mis resoluciones.

—¡Bravo! ¡Bravo por nuestro Gran Maestro! ¡Viva por muchos años nuestro líder y nos conduzca con sabiduría! —gritaron los allí congregados y aplaudieron a la vez durante más de diez minutos.

Luego repartieron unos canapés y buen vino con el que brindaron y celebraron la dicha.

El interrogatorio

Sevilla, lunes 27 de febrero de 2012

Diego Jiménez, Julia Soler y Ariadna Wharton entraron en el despacho del inspector Molina. Después de explicarle lo que habían encontrado en casa del duque, le facilitaron la tarjeta de memoria para que visionara la grabación.

—Hay que proceder a la detención de inmediato. Acompañeme, comisario Jiménez. Ellas no pueden venir —dijo el policía de Sevilla.

—Es mejor que os vayáis a casa. Cuando termine todo os informaré —aconsejó Diego Jiménez a las mujeres.

—Prefiero esperar aquí —aclaró la detective.

—Yo tampoco me voy. ¿Qué le dije? Mi padre no se suicidó —reprochó Ariadna Wharton al inspector Molina.

—No es momento de críticas. Hice lo que tenía que hacer y ahora haré lo mismo. Si se quedan, esperen fuera. Vámonos —sentenció el inspector Molina.

Los dos hombres, acompañados de varios agentes, se dirigieron a la oficina de Bruno Arjona y allí lo encontraron.

—Queda detenido por el asesinato del duque Christofer Wharton —anunció el inspector Molina.

Los agentes lo esposaron ante el asombro de Bruno y las réplicas que articulaba.

—Esto es un error. Se están equivocando. Yo no he matado a nadie. ¿Se han vuelto locos?

—No es necesario que nos mienta, tenemos grabada la escena del asesinato. El duque era un hombre precavido y gracias a ello vigilaba el despacho —argumentó Diego Jiménez.

Al administrador se le cambió la cara, se le cayó el alma al suelo y el silencio selló sus labios. Los agentes lo acompañaron al coche policial y tras bajarle la cabeza lo introdujeron en él. Cuando llegaron a la comisaría

entraron por la puerta de atrás, para que Ariadna no se encontrase con el asesino. Fue una recomendación del comisario Jiménez que quería evitar que la duquesa montase un número.

A Bruno Arjona lo dejaron un buen rato solo en la sala de interrogatorios. Luego se reunieron con él los dos policías.

—Como ya le hemos dicho, la escena del crimen está grabada y es usted el protagonista principal, pero si colabora con nosotros recibirá un mejor trato —expuso el inspector Molina.

—Si cuento lo que sé, ¿qué tipo de pacto me ofrecen?

—Eso depende de la información que nos dé —contestó el policía.

—No diré nada hasta firmar un acuerdo.

—Está bien. Un asesinato con alevosía son veinte años, le ofrezco una rebaja de cinco.

—Ariadna no lo aceptará —intervino Diego.

—Quien tiene que aceptar es el fiscal —apuntó el inspector Molina.

—Este tipejo no merece ninguna reducción de condena.

—Yo también lo pienso, pero será el precio de su colaboración. ¿Qué dice? —se dirigió el inspector Molina a Bruno.

—Una rebaja de cinco años y la garantía de que me quedaré en la cárcel de Sevilla —propuso el administrador.

—Vamos a hablar con el abogado del Estado.

Al salir, hicieron tiempo para fingir que se ocupaban de convencer al fiscal y preparar el acuerdo. Mientras, Diego Jiménez habló con Julia Soler y Ariadna Wharton para convencer a esta última de que esperase noticias en su casa. Ella se resistía a irse y la detective se ofreció a acompañarla. Fue el único modo de lograr que se marchara. Julia Soler regresó a comisaría después de dejarla en la vivienda.

—Inspector Molina, supongo que comprobó la coartada de Bruno Arjona, sin embargo hay algo que no cuadra —conjeturó el comisario Jiménez.

—Ya me he dado cuenta. Nos facilitó una grabación de su oficina y en ella se le ve trabajando a la hora del crimen. Imagino que debe estar trucada. Le he pedido a un subordinado que la revise.

Una hora más tarde los dos hombres volvieron a entrar en la sala de interrogatorio y la investigadora se quedó fuera en una habitación contigua, escuchando la conversación por unos altavoces externos y viendo lo que ocurría a través de un cristal que al otro lado de la pared era un espejo semiplateado. La luz, dentro del cuarto, se proyectaba con intensidad mientras

que donde se hallaba Julia Soler, la semipenumbra se dispersaba en la atmósfera.

—Aquí tiene el escrito firmado, puede comprobarlo. —Entregó el inspector Molina el documento al preso.

Bruno Arjona lo leyó y observó la firma. Dudó un buen rato si fiarse de ellos, pero el policía sevillano, que era muy sagaz, también le mostró otro documento oficial en el que figuraba la firma del fiscal; iba preparado por si surgía algún inconveniente.

—Compare las firmas, verá que son auténticas. Y ahora díganos por qué mató al duque y quién más está implicado en el crimen. —Al terminar la frase, el inspector Molina pulsó el botón de una grabadora que se hallaba en la mesa de interrogatorio.

—León Bermejo, Fernando Vázquez y Regino Gómez. Todos miembros de la Orden de la Rosa Roja. El cabecilla es el primero. Él lo ha urdido todo y los demás estábamos de acuerdo con el plan. Sabemos que hay muchos miembros que no comulgaban con la idea del duque de admitir mujeres en la logia, pero no eran capaces de oponerse, ni siquiera de quejarse. Y algunos tampoco aceptamos la decisión de no... —Bruno Arjona hizo una pausa. Dudó desvelar lo que sabía sobre el sepulcro, pero continuó sin hacer mención a él—. Rechazábamos la decisión de no utilizar la información que contenía uno de nuestros libros sagrados. Fue León Bermejo quien propuso eliminar al Gran Maestro y a Elián Mansilla —le acusó el administrador—. Si poníamos fuera de juego al cargo más importante de la Orden de la Rosa Roja, él tendría el camino despejado para asumir el poder y cambiar aquello que no nos gustaba.

—León Bermejo es el cabecilla, usted el ejecutor, ¿y los demás qué papel han cumplido?

—Acataban sus órdenes igual que yo. Fernando Vázquez envenenó al Gran Inquisidor. Aunque no estaba en nuestros planes eliminar a Elián, este se empeñaba en iniciar a Ariadna para que sucediera al duque y se estaba convirtiendo en un gran obstáculo. También Fernando intentó acabar con la detective Soler cuando conducía por la carretera de Aracena, porque estaba resultando muy molesta y el Maestro Ilustre temía que descubriese la trama. Luego la secuestró junto a Regino Gómez, pero la muy perra se escapó y mató a este último.

—¿Qué pruebas tiene de todo lo que nos cuenta? —siguió interrogándolo el inspector Molina.

—No soy un ingenuo y quería tener la sartén por el mango si algo salía mal. Así que grabé varias conversaciones. Las guardo en mi casa, dentro de una caja de zapatos que tengo en el armario del dormitorio principal.

—En cuanto el juez dé el permiso para registrar su vivienda, lo comprobaremos.

—Fue una buena jugada intentar desviar la sospecha hacia otros miembros de su orden, pero no le salió bien porque ni siquiera los interrogamos. ¿Dónde están el libro y el anillo del duque? —intervino Diego Jiménez.

—Eso quisiera saber yo. Esperaba hallarlo en la caja fuerte de su despacho. Los vi una vez que Christofer Wharton la abrió para coger unos documentos. Tuve que irme sin ellos porque no los encontré. Imaginamos que los cambiaría de sitio o tal vez se los diera a Elián Mansilla, pero tampoco aparecieron en la vivienda de este.

—¿No hay nadie de la familia implicado? —continuó el comisario Jiménez.

—No. Ninguno estaba al tanto de la pertenencia del duque a la Orden de la Rosa Roja ni del cargo que ocupaba en ella, a pesar de que eran miembros desde el bautismo. No sé por qué Christofer se lo ocultó a todos. Iba a comunicárselo a la hija en unos meses, al cumplir los veinticinco años, fecha en que pretendía iniciarla, así que nos interesaba quitarlo antes de en medio.

—Mantuvo una conversación con Thomas en relación a una inversión conjunta, ¿de qué negocio se trataba?

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Responda —exigió Diego.

—Un contacto me reveló una noticia que haría subir las acciones de KoslWeb, una empresa informática. Me pareció un buen negocio hacer partícipe al sobrino del duque a cambio de que comprase para mí un porcentaje.

—¿Cómo sabía que hay una puerta secreta en el despacho?

—Christofer Wharton confiaba en mí. Trabajo para él desde hace muchos años y además de la relación profesional entablamos amistad. Ingresé en la Orden de la Rosa Roja por recomendación suya. En una ocasión, al entrar en su despacho vi al duque trasteando en un botón que había quedado descubierto tras retirar unos libros de la estantería, y esta se hallaba despegada de la pared. Me confesó que temía por su vida y estaba comprobando que el funcionamiento del pulsador era correcto. Él sospechaba de un tal Basilio Navarro, porque en más de una ocasión se quejó de las normas, creía que

preparaba una conspiración, pero no tenía pruebas. No imaginaba que estaba equivocado, que el conspirador era su segundo de a bordo y que yo también formaba parte del motín.

—¿Cómo es que nadie le vio entrar en el despacho del duque?

—Estaba citado con él esa mañana. Esperaba el momento apropiado para quitarlo de en medio y aquel día tuve suerte. Entré en la vivienda con mi llave, como muchas otras veces y, al no toparme con nadie mientras subía, aproveché la oportunidad. Luego no quise arriesgarme y salí por la puerta secreta.

—¿Y por qué le facilitó Christofer Wharton la pistola?

—Lo conocía bien. Sabía que si le contaba que me había comprado una igual, me mostraría la suya para convencerme de que no podía ser idéntica, como así fue. Estaba demasiado orgulloso de ella.

El inspector Molina dio al detenido unos folios y un bolígrafo.

—Bien, ponga por escrito su declaración y fírmela.

—¿Para qué, si lo tiene todo grabado?

—Es el protocolo. Y anote también los teléfonos y direcciones de sus cómplices.

Mientras Bruno Arjona escribía, los policías salieron de la sala y se reunieron con Julia Soler.

—¡El muy canalla de León Bermejo! Me ha embaucado como a una tonta. Apuntó a Basilio Navarro y a otros inocentes para que cargasen con el crimen. Suerte que no hemos tenido tiempo de interrogarles, si no, hubiésemos arremetido contra ellos sin motivo.

—Con esta gente nunca se sabe, son adictos al misterio y al engaño. —Trató Diego Jiménez de quitarle hierro al asunto y evitar que la detective se sintiese estúpida por haber picado el anzuelo del asesino.

—Bruno Arjona debe decir la verdad, al menos en lo referente al libro y al anillo, porque en la cinta no se ve que coja nada de la caja fuerte y registra el despacho antes de irse —planteó la detective.

—Habrà que detener a León Bermejo y a ese tal Fernando. E informar a Ariadna de todo —propuso Diego Jiménez.

—Hay que revisar el vídeo, solo hemos visionado desde una semana antes, pero si retrocedemos, tal vez con suerte hallemos algo interesante sobre los objetos desaparecidos. Y también llamaré a León, le haré creer que hemos detenido a aquellos que él acusó y también al administrador, por si puedo sonsacarle algo —sugirió Julia Soler.

—Muy buena idea. —Se complació el inspector Molina.

—Encárgate tú de la grabación, Diego, si te parece bien. Yo iré a ver a la duquesa. No estoy tranquila, la dejé muy afectada. Luego nos vemos en mi apartamento.

—Mejor vente para acá de nuevo cuando termines, aún nos queda un buen rato de trabajo —le recomendó Diego Jiménez.

—Y yo daré orden a mis agentes de que detengan de inmediato a los demás implicados —informó el inspector Molina.

Mientras la detective iba a casa de Ariadna Wharton llamó por teléfono a León Bermejo.

—Hemos descubierto a los asesinos del duque y de Elián Mansilla. Tenía razón al sospechar de los miembros discordantes de la Orden de la Rosa Roja. Hay varios implicados y entre ellos está Bruno Arjona que fue quien mató a Christofer Wharton.

—¡Traidor! Eso no lo esperaba. Él nunca dio muestras de estar en contra. —Se hizo el asombrado el Maestro Ilustre, pero sus tripas se revolvieron por temor a que el administrador lo delatara—. ¿Ha confesado?

—Está declarando en estos momentos —le reveló Julia Soler esperando que se pusiera nervioso—. También sabemos que ellos no poseen ni el libro ni el anillo. ¿No se lo daría el duque a usted?

—Desde luego que no.

—Si lo tiene, me enteraré.

—¿Me está llamando mentiroso?

—En su orden ocultan demasiadas cosas, sobre todo en relación a esos objetos. ¿No cree que tengo motivos de sobra para desconfiar?

—Hay cuestiones que solo podemos desvelar a nuestros hermanos y... en función del grado de compromiso que adquieren, pero eso... no le da derecho a decir que miento —titubeó León Bermejo que sudaba como un pollo asado y trataba de mantener temple.

—Solo hago mi trabajo.

—Pues ya podría hacerlo con más delicadeza y menos soberbia. La humildad no es incompatible con la eficacia. Y los buenos modales son una virtud muy necesaria en esta sociedad decadente.

—No me dé lecciones de moral, señor Bermejo, ni sigamos hablando de mí. Lo que me interesa es descubrir qué ha pasado con el anillo y la reliquia.

—Tal vez el duque se lo diera a Elián. Es lo único que se me ocurre. Buscaremos en la casa —mintió de nuevo León Bermejo que ya sabía que los objetos no se hallaban en la vivienda del Gran Inquisidor.

—Yo también indagaré, puede estar seguro.

40

La farsa

Sevilla, lunes 27 de febrero de 2012

Julia Soler había llegado a la puerta de la mansión de la duquesa. Antes de que le diese tiempo a pulsar el timbre, esta se abrió. Thomas Wharton se disponía a salir.

—Señorita Soler, quiero darle las gracias. Me ha dicho mi prima que han detenido al asesino de mi tío. Jamás hubiésemos sospechado que se trataba de Bruno. Aún no me lo puedo creer.

—Así es. Venía a hablar con Ariadna, pero... quizá sepa usted si en esta casa, aparte de la caja de seguridad del despacho del duque, hay alguna otra.

—En la vivienda no, pero en las oficinas sí.

—¿Y puede abrirla?

—Mi tío me confió la clave, sin embargo hasta ahora nunca he precisado hacerlo.

—Pues vamos a la agencia. Necesito registrarla. Si me espera un minuto, subo y le digo a Ariadna que nos acompañe.

—No se moleste. Se ha echado un rato. Seguro que ya se habrá dormido. Tomó un sedante porque estaba destrozada. Tanta desdicha junta ha sido demasiado para ella. La pobre ha sufrido mucho a lo largo de su vida.

Ambos fueron juntos a la agencia en el vehículo de Thomas. Al llegar al despacho que el duque tenía en la empresa, Thomas Wharton retiró un cuadro e introdujo la clave que le permitió abrir la caja de seguridad. Julia Soler miró en ella y comprobó que allí se hallaban el anillo azul y el libro rojo.

—Esto es lo que busco —dijo la detective mientras extraía los objetos.

—¿Y de qué se trata?

—Debo llevármelos. Son una prueba. Es el motivo por el que han muerto dos personas. ¿No estaba al tanto de la pertenencia de su tío a la Orden de la Rosa Roja y de que era Gran Maestro?

—La verdad es que algo sospechaba por un comentario que escuché en una ocasión. Un día que mi tío estaba reunido en su oficina con Elián Mansilla, mencionaron ese nombre. Entré sin llamar creyendo que se encontraba solo y le molestó bastante mi intromisión. Me echó una bronca monumental y eso que él nunca solía reñirnos. Indagué un poco y supe que se trataba de una logia de masones, aunque no le di mucha importancia porque pensé que tal vez fuesen clientes y estaba seguro de que él no se hubiese metido en algo así. Luego, en la lectura del testamento, me di cuenta de mi error. No es normal que les haya legado un par de las mejores propiedades y bastante dinero. Lo que no imaginaba era que mi tío fuese quien dirigía esa orden.

—Pues sepa que usted también es miembro, lo inscribieron al nacer, al igual que a sus primos.

—¿A mí? ¿Y a mis primos? ¿Por qué?

—Exacto, Frederick y Ariadna también fueron inscritos y tampoco saben de ello, al igual que su hermana Cintia. Es una historia demasiado larga para que se la cuente ahora. Debo regresar a comisaría y llevar las pruebas.

—Pero... ¿me va a dejar así?

—Ya sabe que es una hermandad religiosa. Se han constituido en guardianes de lo que llaman la Verdad y de un secreto relacionado con Jesucristo. Su tío quería asegurarse de que algún miembro de la familia le sucediera en el puesto y por ello los inscribió. En realidad tenía en mente a Ariadna para sustituirle, lo que le provocó bastantes complicaciones. En realidad ha sido la excusa para matarle, yo pienso que en el fondo de todo estaba el deseo de poder.

—Sí, conocía lo primero. Como le he dicho, indagué un poco porque me llamaba la atención esa parte enigmática de mi tío y la extraña relación que mantenía con Elián Mansilla, las reservas ante ciertas reuniones, los numerosos viajes que hacía sin que nadie supiese adónde iba, la manías con la limpieza de su despacho, el comentario que escuché, la extraña bronca tan inusual en él... No me gustó descubrir que se trataba de una sociedad secreta. Y lo que no comprendo es cómo pensaba que uno de nosotros le sucedería sin que ni siquiera tuviésemos conocimiento de ello, y menos que pensara en mi prima.

—Eso ya no puedo explicárselo yo. También debe saber que el cabecilla de la conspiración es León Bermejo. Él ordeno su muerte. Tengo que dejarle, si me hace el favor de comunicarle a Ariadna que el libro y el anillo han aparecido, se lo agradeceré.

—En cuanto despierte se lo diré.

Julia Soler regresó a comisaría y fue informada de que los implicados habían sido detenidos y en unas horas pasarían a disposición judicial. Ella y los dos policías estuvieron admirando el *Iesus Nazarenius*, del que nada entendían. Se hallaban de pie en la oficina del policía, delante de la mesa de trabajo, uno a cada lado de la detective, tan próximos que parecían pegados. La investigadora sostenía el manuscrito y con gran cuidado pasaba las páginas. Los tres, con la vista fija en ellas y embobados.

—¿Será necesario dejar estos objetos aquí como prueba o puedo entregárselos a Basilio? Ahora es el miembro de mayor rango en la Rosa Roja y, después de todo, les pertenece a ellos.

—No hace falta. Ya tenemos la grabación y la declaración de Bruno Arjona —respondió el inspector Molina.

—No concibo cómo ha hecho un pacto con ese miserable —le recriminó Julia Soler con un gesto de desprecio en el rostro.

—No he pactado nada, detective. Todo ha sido una farsa. En cuanto ha firmado la declaración he roto en su cara el documento que le entregué con la falsa firma del fiscal. Son estrategias de la policía.

—Qué buena jugada. —Se regocijó la detective.

—Por cierto, acaban de confirmarme que la coartada de Bruno Arjona era un montaje. La grabación que nos dejó está trucada, es del día anterior, pero cambió la fecha con tal habilidad que se nos pasó por alto. Debo darle las gracias y alabarla por la investigación que ha llevado a cabo. Sin usted nunca hubiésemos descubierto esos crímenes.

—Todas las piezas encajan como en un puzle. —Rio Julia al saber que el policía había engañado al administrador, y por su elogio y reconocimiento, pero unos minutos después le cambió la cara, sus facciones languidieron y su mirada se humedeció porque recibió una llamada de Thomas Wharton y le comunicó una muy mala noticia.

—¡Dios mío, Diego! ¡No es posible! ¡No es posible!

—¿Qué ocurre, Julia?

—Ariadna... Ariadna... se ha suicidado.

—¿Cómo?

—Acaba de decírmelo Thomas. Se la ha encontrado... encima del piano, al lado de un frasco de pastillas vacío, con una rosa roja en las manos. Han llamado a emergencias, pero... nada han podido hacer por ella.

Julia Soler comenzó a llorar, el impacto del acontecimiento fue demasiado fuerte. Sintió en el pecho como si le hubieran asestado una puñalada. Tuvo

que sentarse porque las piernas no la sostenían. Apoyó un codo en la mesa y con la mano se sujetó la cabeza. Tal vez... si no hubiese ido con Thomas a la oficina... Si hubiera entrado en la vivienda y la hubiese acompañado como era su intención, quizá todavía seguiría viva, imaginó. El remordimiento la carcomía. El cerebro se le nublaba. No entendía por qué la duquesa cometió semejante acto a pesar de que sabía que ya lo había intentado en otra ocasión. Pensó que aquel incipiente idilio que mantenían, debía haber sido motivo suficiente para que la duquesa superase los traumas de la infancia, dejara atrás la culpa y volviera a ilusionarse. Tomaba consciencia de que había proyectado en ella deseos que tenían más que ver consigo misma. Sí, en el fondo no era más que su propio deseo de empezar una nueva vida, plena de amor y entusiasmo. Se daba cuenta de que el azar se repetía al igual que las estaciones, de modo cíclico.

Permaneció abatida y confusa, con el desánimo aferrado al alma y multitud de preguntas rondándole en la mente: ¿Qué había llevado a Ariadna a truncar su vida y a una edad tan corta? ¿Qué significaba esa rosa roja en sus manos? ¿Cómo era posible que siempre que se disponía a abrirse y a entregar su corazón surgiese algún obstáculo? ¿Por qué el destino se empeñaba en dejarla sola? ¿Es que estaba condenada al abandono? ¿No tenía derecho a ser feliz?

Diego la abrazó con ternura. Tratava de consolarla con ese gesto cálido. Verla sufrir se le hacía insoportable.

—Lo lamento. Si pudiera... haría cualquier cosa por arrancarte esa enorme pena que te embarga.

—Lo sé.

Julia apoyó la cabeza en su hombro, dejó que el llanto la inundara y se acurrucó en sus brazos. Esperaba que ellos fuesen un bálsamo para su desconsuelo, una pócima mágica que lo hiciera desaparecer y junto a él se llevara el dolor, pero eran tan profundos que nada podía suprimirlos. Sabía que él siempre estaría a su lado, que la quería como nadie jamás la había querido y ni siquiera eso la aliviaba. Cuando se recompuso un poco se secó las lágrimas y susurró:

—Creo que Ariadna tenía razón. Esa maldita casa debe estar embrujada.

Nota aclaratoria

Aunque esta obra es pura ficción, he de anunciar que algunos datos son reales. En concreto me refiero a los relativos al duque de Philip Wharton que como tal existió y casi todo lo aportado sobre él es histórico. En efecto fue enterrado en el monasterio de Santa María de Poblet, sirvió en el ejército español y se convirtió al catolicismo, a la vez que fue Gran Maestro de la Gran Logia de Inglaterra y fundó la primera logia masónica de España.

También es verdad que el monasterio fue saqueado. Muchas tumbas se encontraron vacías después del saqueo y la de Philip Wharton también, y aunque no fue hallado su cuerpo, su lápida fue trasladada del emplazamiento original al que ocupa ahora en la parte exterior de la girola de la iglesia, dato que ha sido modificado en la novela.

Hay que tener en cuenta que no es cierto nada de lo que menciono en la obra sobre la excomunión del duque por la Iglesia, ya que en aquella época no había ninguna prohibición o impedimento para que los católicos fuesen masones.

Al título de duque renunció para demostrar su respaldo a la causa jacobina y el resto de sus títulos se extinguieron con él, puesto que murió sin herederos.

Y en relación a las elecciones en las logias, estas suelen celebrarse cada doce meses.

(Puede consultarse la historia de Philip Wharton en el libro *La masonería española en el siglo XVIII*, de José A. Ferrer Benimeli, del que se han extraído algunos de los datos aquí expuestos).



PILAR GONZÁLEZ ÁLVAREZ (Sevilla, 1962), es Diplomada en Trabajo Social, experta en Psicopatología y Salud, y terapeuta Gestalt. Colabora con el programa *Vivir mejor es posible* de Solúcar Radio en la sección *Libros para vivir mejor*.

Desde niña ya sentía afición por la lectura y también por la escritura, pero no será hasta el año 2004 que publique su primer libro *El despertar de Abelia*, influenciada por su profesión de ayuda, en el que la protagonista viaja al interior de sí misma. Las siguientes obras también se encaminaron hacia el desarrollo personal. *Fluir con la vida*, que había sido preseleccionada Finalista del Premio Espiritualidad convocado por la editorial Martínez Roca en el año 2000, no se publicaría hasta el 2015.

En 2018 dio un giro a su trayectoria y se adentró en la novela, ya que es lo que en realidad le apasiona escribir. Le gusta mezclar géneros, aunque en la actualidad se está centrando sobre todo en escribir *thriller* y novela negra. En 2018 publica *El espejo egipcio*, una novela de misterio y ficción histórica. Le siguieron: *La constelación del olvido*, novela costumbrista y de realismo mágico, *Héroes blancos*, centrada en la pandemia, y *Miradas de humo*, *thriller* policíaco con un toque sobrenatural y un trasfondo religioso que ha logrado ser Finalista en el Premio Ateneo de Sevilla 2019, entre otras.

Se define como una persona sencilla, honesta, leal, generosa, a la que le gusta rodearse de su familia y amigos.